

L. Alejandro CÁNEPA
Manuel L. GÓMEZ
(editores)

Crónicas Universitarias Morenenses

2010 - 14 de octubre - 2025

M. Beatriz ARIAS - Alejandro M. CARBONE - Julián CONTRERAS IRIARTE -

C. Fabián DADDARIO - Natalia DÍAZ - Ecila ECHENIQUE - A. Belén FERREYRA -

Miriam V. HERNÁNDEZ - M. Patricia JORGE - Tomás LÓPEZ MATEO - Julio C. NEFFA -

Oscar R. PÉREZ - Roxana R. PÉREZ - Leonardo RABINOVICH - Lucía ROMERO

Crónicas Universitarias Morenenses

2010 - 14 de octubre - 2025

L. Alejandro CÁNEPA y Manuel L. GÓMEZ
(editores)

Testimonios:

M. Beatriz ARIAS - Alejandro M. CARBONE -
Julián CONTRERAS IRIARTE - C. Fabián DADDARIO -
Natalia DÍAZ - Ecila ECHENIQUE -
A. Belén FERREYRA - Miriam V. HERNÁNDEZ -
M. Patricia JORGE - Tomás LÓPEZ MATEO -
Julio C. NEFFA - Oscar R. PÉREZ - Roxana R. PÉREZ -
Leonardo RABINOVICH - Lucía ROMERO

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO

Autoridades

Rector

Hugo O. ANDRADE

Vicerrector

Alejandro L. ROBBA

Directora-Decana del Departamento de Ciencias Aplicadas y Tecnología

M. Liliana TARAMASSO

Director-Decano del Departamento de Ciencias Económicas y Jurídicas

Marcelo A. MONZÓN

Director-Decano del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales

J. Martín ETCHEVERRY

Consejo Superior

Autoridades

Hugo O. ANDRADE (presidente)

Alejandro L. ROBBA

M. Liliana TARAMASSO

Marcelo A. MONZÓN

J. Martín ETCHEVERRY

Consejeros

Claustro docente:

M. Beatriz ARIAS

Pablo A. TAVILLA

M. Patricia JORGE

Esteban SÁNCHEZ (s)

Claustro estudiantil:

Miguel A. UREÑA

Johanna E. GODOY

Claustro nodocente:

Vanesa A. CATTANEO

Secretario:

Alejandro A. OTERO

Crónicas Universitarias Morenenses

2010 - 14 de octubre - 2025

L. Alejandro CÁNEPA y Manuel L. GÓMEZ
(editores)

Testimonios:

M. Beatriz ARIAS - Alejandro M. CARBONE -
Julián CONTRERAS IRIARTE - C. Fabián DADDARIO -
Natalia DÍAZ - Ecila ECHENIQUE -
A. Belén FERREYRA - Miriam V. HERNÁNDEZ -
M. Patricia JORGE - Tomás LÓPEZ MATEO -
Julio C. NEFFA - Oscar R. PÉREZ - Roxana R. PÉREZ -
Leonardo RABINOVICH - Lucía ROMERO

Crónicas Universitarias Morenenses: 2010-14 de octubre-2025 / L. Alejandro Canepa y Manuel Gómez [editores] / Alejandro Canepa... [et al.].

1a ed. - Moreno: UNM Editora, 2025.

224 p. ; 23 x 13 cm.

ISBN 978-987-782-094-2

1. Educación Universitaria. 2. Universidades Públicas. I. Canepa, Alejandro
CDD 378.05

Colección: Institucional

Director: Secretaría General, Alejandro A.
OTERO

1a. edición: octubre 2025

Tirada: 500 ejemplares

© UNM Editora, 2025

Av. Bartolomé Mitre 1891, Moreno

(B1744OHC), prov. de Buenos Aires, Argentina

Teléfonos: 0237 460-9300 // 011 2078-9170

Interno: 3154

Correo electrónico: unmeditora@unm.edu.ar

Página web: www.unmeditora.unm.edu.ar

Facebook: UNM Editora

ISBN (edición impresa): 978-987-782-094-2

ISBN (edición digital): 978-987-782-097-3

Este libro se terminó de imprimir en octubre de 2025 en los talleres gráficos de la Universidad Nacional de Moreno en Av. Bartolomé Mitre 1891, Moreno, Buenos Aires, Argentina

Las ediciones electrónicas (E-Book) de UNM Editora pueden adquirirse a través de la página web de la editorial: www.unmeditora.unm.edu.ar, en formato pdf

La reproducción total o parcial de esta obra está autorizada a condición de mencionarla expresamente como fuente, incluyendo el título completo del trabajo correspondiente y el nombre de su autor.

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

UNM Editora

Consejo Editorial

Miembros ejecutivos:

Roxana S. CARELLI (presidenta)

Adriana M. del H. SÁNCHEZ

M. Liliana TARAMASSO

Marcelo MONZÓN

Juan M. ETCHEVERRY

Gabriel F.C. VENTURINO

Pablo E. COLL

Mirtha ANZOATEGUI

Ana B. FERREYRA

Adriana A. M. SPERANZA

Luis A. CANEPA

Miembros honorarios:

Hugo O. ANDRADE

Manuel L. GÓMEZ

Alejandro L. ROBBA

Departamento de Asuntos Editoriales:

Pablo N. PENELA a/c

Área Arte y Diseño:

Sebastián D. HERMOSA ACUÑA

Área Servicios Gráficos:

Damián O. FUENTES

Área Supervisión y Corrección:

Gisela COGO

Área Legal:

Martín A. RODRÍGUEZ

Staff:

Daiana BARRETO

María N. PÉREZ

Sofía C. PUCH

P. Micaela REPETTO

Diagramación:

Ja! Design de Josefina D'ARRIBA MAGADAN

Corrección:

Cecilia TALLATA



Libro
Universitario
Argentino



Prólogo

Como parte de las celebraciones del 15° aniversario de la UNM, en esta fecha que configura otro hito en la historia institucional de la Universidad, presentamos una publicación conmemorativa que aspiramos tenga nuevas ediciones en el futuro, con testimonios de más miembros de esta comunidad universitaria, dando cuenta de sus vivencias en su paso por la UNM, en definitiva, del impacto que produjo la Universidad en sus vidas y, por tanto, en este territorio.

Con Crónicas Universitarias Morenenses, recordamos el 15° aniversario del 14 de octubre de 2010, cuando fue inaugurada oficialmente la UNM, a partir de los testimonios de algunos de los miembros de esta comunidad universitaria que cimentaron parte de su construcción institucional y su identidad. El objetivo del trabajo es retratar las vivencias de los miembros de la comunidad universitaria, docentes, estudiantes y nodocentes, enlazando lo personal y lo comunitario de un modo ciertamente singular y atractivo para el lector.

Como hemos dicho en ocasiones anteriores, al otorgar relevancia a estos aniversarios, como lo ha sido el pasado 2 de diciembre de 2024, por el 15° aniversario de la sanción de la Ley N° 26.575 de creación de la Universidad, el 14 de junio último, por el 15° aniversario de la designación del rector organizador que da comienzo al efectivo nacimiento de la UNM y en esta oportunidad, cuando celebramos los 15 años de la inauguración oficial de la UNM, el 14 de octubre de 2010, intentamos consolidar esta comunidad y enriquecer su identidad.

Se trata de múltiples producciones realizadas por varios integrantes de la comunidad universitaria, motivados por su compromiso con la trascendencia de este proyecto educativo y emancipador a las que se puede acceder desde el espacio especialmente habilitado en el sitio web de la UNM, con la finalidad de dar la más amplia difusión a todas ellas, a fin de cimentar esta institución llamada a perdurar,

a crecer en el tiempo y a contribuir al desarrollo local, regional y nacional.

Las reflexiones e historias de vida retratadas en esta obra son también un pequeño homenaje a los mismos, cuyos sueños y esfuerzos son parte constitutiva de la construcción de la UNM.

Moreno, octubre de 2025
Hugo O. ANDRADE
Rector de la Universidad Nacional de Moreno

Índice

1. Presentación: Universidad y transformación de vidas, por L. Alejandro CÁNEPA y Manuel L. GÓMEZ	11
2. M. Beatriz ARIAS: planificar para crecer, por Lucas CHRISTIN	13
3. Alejandro M. CARBONE: las redes de la universidad, por Ornella N. GUGLIELMO	25
4. Julián CONTRERAS IRIARTE: la arquitectura y sus proyecciones, por Rocío B. CRESPO	41
5. C. Fabián DADDARIO: del Riglos a la UNM, por Sonia S. CAROSELLA	57
6. Natalia DÍAZ: del kiosco familiar a ser ingeniera elec- trónica, por Victoria A. AGUIRRE	67
7. Ecila ECHENIQUE: dedicación y paciencia ante los estudiantes, por Mathias F. SCHÄFER	81
8. Ana Belén FERREYRA: pensar el mundo del trabajo desde Moreno, por Milton A. OUHARRIET	99
9. Miriam V. HERNÁNDEZ: la suma de Matemática y Educación, por Agustina GARCÍA	113
10. M. Patricia JORGE: la trabajadora social de la espe- ranza activa, por Nazarena B. BORRACCHIA	127
11. Tomás LÓPEZ MATEO: el piano y el pizarrón, por Camila ESPÍNOLA	143
12. Julio C. NEFFA: el cuerpo y el trabajo, por Catalina N. MÁRQUEZ	157
13. Oscar R. PÉREZ: una ingeniería para el territorio, por Ludmila A. LUDUEÑA	171
14. Roxana R. PÉREZ: una vida construida por la educa- ción pública, por Sasha S. GERBER	185
15. Leonardo RABINOVICH: el sociólogo de las reinven- ciones, por L. Alejandro CÁNEPA	199
16. Lucía ROMERO: con Paulo Freire en el bolso, por Pablo A. ABELENDIA	209

Presentación

Universidad y transformación de vidas

Quince historias, quince trayectorias, quince recorridos. Si esa cifra es la cantidad de años que cumple la Universidad Nacional de Moreno, era justo y hasta poético que igualara lo que lleva de vida con el reconocimiento a un número de personas que ha hecho de su pertenencia a ella su centro de gravedad.

Todo recorte es arbitrario y este no lo es menos. Pero en estos perfiles se condensa un catálogo representativo de las vidas que pueblan la UNM. Hay una representación equitativa por Departamentos; están representados tanto docentes como graduadas y graduados propios. Hay trabajadores nodocentes. Y hay más mujeres “perfiladas” que hombres, lo que en cierto modo refleja que en la vida universitaria aquellas son mayoría.

Quienes llevaron adelante las entrevistas y redactaron los perfiles son estudiantes, graduadas y graduados de la Licenciatura en Comunicación Social de la UNM, que aceptaron gustosos la propuesta para armar este libro. Se reunieron con las personas a entrevistar y plasmaron en estos escritos las vicisitudes de cada vida, las vueltas laborales, los recuerdos del paso por la UNM, los logros, las complejidades, las ilusiones...

Las historias de vida relatadas muestran la potencia de la idea de comunidad universitaria. Trayectorias de investigación y docencia, búsqueda de sueños compartidos para enriquecer el territorio, experiencias laborales y expectativas de formación y superación personal y familiar, se conjugan en un tiempo y espacio puntual, propiciado por las virtudes de la política pública y generan un ámbito compartido de realizaciones personales.

Se enlazan lo personal y lo comunitario en una visión dinámica de lo institucional. No hay referencias a normas y estatutos, solo a

deseos, sorpresa, compromiso y logros; cada quien desde su tarea. La muestra nos describe la complejidad que conlleva la construcción de una universidad en términos de organización administrativa, docencia, investigación y extensión. Nos aporta además la relevancia y el impacto que produce en los habitantes del territorio y cómo se modifican sus historias.

Si bien hemos conocido la perspectiva de personas a las que hemos invitado a participar por el peso que le reconocemos en la universidad, seguramente expresan sentimientos y pensamientos comunes a quienes hemos tenido el privilegio de ser actores de un hecho relevante para la historia de la región y de la vida universitaria argentina. Desde otra mirada, muestran también la pasión puesta al servicio de la obra. Traducen respeto y cariño, superan la mera adhesión técnica o burocrática. Es lo que emerge de nuestra universidad; seriedad, entusiasmo y preocupación por la tarea...no es poco en tiempos de posverdad y relativismo.

Manuel L. GÓMEZ
Profesor Emérito de la UNM

L. Alejandro CÁNEPA
Coordinador-Vicedecano de la carrera de LICENCIATURA EN
COMUNICACIÓN SOCIAL de la UNM

M. Beatriz ARIAS: planificar para crecer

Directora del Centro de Estudios para el Desarrollo Territorial (CEDET)

Por Lucas CHRISTIN



Enero, 2025. Encomendado a escribir un perfil, un género poco habituado en mis lecturas previas, debo apreciar la gentileza de la Universidad Nacional de Moreno (UNM, en adelante) por hacerme parte de sus 15 años de vida. Es un gran broche de oro a mi trayectoria estudiantil, una posta en el camino y un punto de inflexión que da paso al futuro profesional. Aunque, claro está, uno nunca abandona su condición de estudiante: todo así tiene más sentido. Para dar pie, quiero agradecer la gentileza de la protagonista de esta historia. Beatriz combinó una entrevista conmigo de más de una hora, y no dejó de responder mis preguntas por otros medios, en un verano sofocante y en medio de sus vacaciones. Su generosidad es, entonces, lo primero que puedo contar sobre ella.

Orígenes

María Beatriz Arias nació el 30 de abril de 1952 en Tres Lomas, un pueblo pequeño ubicado en la zona oeste de la provincia de Buenos Aires. Es hija de María Emilia López, ama de casa, y Ricardo Arias, representante de ventas de maquinaria vial. Beatriz destaca que ambos contaban únicamente con estudios primarios finalizados. Se trasladaron a la ciudad cuando apenas tenía 5 años, lo que la hizo volver al pueblo todos los veranos, durante varios meses.

– “Por esto recuerdo mi infancia con mucha felicidad. Mis recuerdos están asociados al contacto con la naturaleza”–, afirma Beatriz. A esta reflexión agrega que esos viajes de 500 kilómetros entre su pueblo natal y la ciudad, posiblemente, hayan influido sobre el interés en el territorio.

- “Durante muchos años hice ese viaje, de forma muy periódica. Puede haber una conexión. No lo había pensado”-, asegura.

El deseo por la planificación urbana

Beatriz se graduó como Arquitecta en 1976. Sin embargo, su dedicación al planeamiento urbano surge de una motivación. Las motivaciones son un eje fundamental en la vida humana. El impulso emocional puede ser clave, y Beatriz recuerda brevemente sobre esos momentos embrionarios de su formación, repletos de interés. Su motivación por el planeamiento urbano, como área profesional y académica a la que le dedicó gran parte de su vida, la encuentra en su trayecto por una materia de la formación superior en Arquitectura. Una de las asignaturas finales de dicha carrera, “Introducción al Planeamiento Urbano”, aportaba con ciertos enfoques que a ella le resultaban interesantes.

Uno de sus profesores, agrega, es pionero en los avances que se han hecho en nuestro país, referidos al tema en cuestión.

- “A Eduardo Sarrailh le debemos el plan de puesta en valor y remediación del Parque Almirante Brown, de la Ciudad de Buenos Aires. Le debemos la localización de la Terminal de Retiro en ese sitio. ¡Le debemos el Mercado Central! Fue uno de los iniciadores del planeamiento en CABA y otros lugares de Argentina, en la década de 1960”-, explica.

Sarrailh es uno de los que despertó en Beatriz el interés por la planificación urbana. Si bien terminó su carrera de grado en el 76, sus estudios sobre planeamiento los comenzó en 1981, graduándose en 1984, aproximadamente.

Luego de terminar sus estudios de planeamiento, uno de sus docentes la invitó a trabajar en el Plan director del Puerto de Chimbote, en Perú. - “Me dijo: ‘Vos te hacés cargo de escribir cómo vamos a

desarrollar este Plan director', cosa que, para mí, recién graduada, fue muy importante"- . Allí comenzó su trayectoria profesional.

Sus primeros pasos en el área del planeamiento se involucraron, curiosamente, con una de las primeras empresas de la planificación del transporte: CONARSUD - SA. Fue la primera empresa privatizada durante el gobierno de Carlos Menem.

- "Daba muy buenas ganancias. Ellos hacían planes de transporte para toda América Latina, y vendían muy bien, pero fue cerrada en la etapa de las privatizaciones".

Los modelos de planeamiento, explica Beatriz, eran norteamericanos, ingleses o franceses. Durante su desarrollo profesional, se encontró con diversas perspectivas que brindaba cada modelo. Los franceses, por un lado, han trabajado mucho con el concepto de la *nouvelle cité* (ciudad nueva). Por su parte, en Inglaterra se trabajaba con las *new town in towns*, o "ciudades dentro de las ciudades". Para el caso de los estadounidenses, Beatriz relata que trabajaron mucho con el estudio de los usos del suelo. Esos tres temas derivaron en otras corrientes, pero los recuerda como temas "en boga" en el transcurso de su formación.

El avance más importante del planeamiento en estos últimos años, resalta Beatriz, tiene que ver con la puesta en marcha de un discurso que tomó solidez a mediados del siglo XX.

- "En los 60 se establece un discurso que prende en los 70, se desarrolla en los 80, cae en los 90 y luego vuelve a surgir".

Planificar una guía de vida para construir el futuro es apropiado para la comunidad. El valor del planeamiento implica estabilidad y aminora tensiones diversas. Sobre este aspecto histórico, Beatriz agrega algunos detalles. - "En 1980, en Buenos Aires, existía un código de zonificación para restringir aprovechamientos constructivos excesivos".

Luego, continúa, vino otra oleada donde se abrió el mercado inmobiliario y, con ello, los aprovechamientos constructivos siguieron el mismo camino. La comunidad de vecinos, entonces, tomó una posición de disconformidad frente a las construcciones desmesuradas.

– “La idea de que te construyan una torre de 40 pisos al lado de tu casa afecta tu vida, tu hogar y hasta las visuales. Este fue un movimiento que limitó dichas obras, pero no duró mucho y, en CABA, estas planificaciones han vuelto a surgir. No obstante, todo esto, en estos últimos tiempos se quiere volver a las restricciones de los años 80”–, con esto, Beatriz resalta el movimiento pendular de etapas cíclicas y desconoce qué tan ciertas son. Reconoce unas discusiones de norte y sur en la Ciudad de Buenos Aires en las que se evalúan mejoras, pero que nunca aparecen. En el AMBA, a su vez, existe la necesidad de una autoridad que regule todos los sistemas completos y los integren. Todo está diseñado, reconoce, pero nunca aparece. –Parece ser que es una cuestión de fe.

¿Carrera profesional en el sector público o en el privado? ¿En ambas? Sobre este tópico, Beatriz destaca la relevancia, dentro de su área de trabajo, de realizar planes que permitan una realización efectiva: un trabajo útil para mejorar la vida de la población. – “Siempre hay que tener los proyectos listos”–, destaca. Con lujo de detalles, Beatriz cuenta que su trabajo se ha repartido en ambas esferas. Más allá de esto, en el momento en que aparezca la financiación (pública, privada o mixta), el objetivo es que esos planes puedan llevarse a cabo.

En esta línea, Beatriz recuerda algunas de sus experiencias profesionales. Una de ellas se vinculó con la Federación Argentina del Transporte Automotor, enfocada en el sector privado. Esta empresa cohesionaba la mayoría de las líneas de colectivos del país, a nivel urbano e interurbano. Por otro lado, estuvo casi cinco años trabajando en los ferrocarriles privatizados, enfocada en un proyecto de electrificación completa de los ramales San Martín, Roca y Belgrano Sur, ubicados en el Área Metropolitana de Buenos Aires.

- “Es un proyecto que yo gerenciaba. El objetivo era relevar estudios de demanda, con el fin de electrificar los tres ramales. Yo entro a este trabajo luego de desempeñarme en el área de transporte y el grupo empresario decide presentarse a las licitaciones de los ferrocarriles. Allí armamos el guión para que las partes públicas y privadas pudieran trabajar en conjunto. Con esto, la mejora del transporte a nivel metropolitano crecería de forma integral”, relata Beatriz.

- “A ver, el planeamiento tiene muchos problemas”-. La asertividad en la frase de Beatriz resuena en distintas aristas que pueden complicar su área de trabajo. - “Cuando el discurso del planeamiento ‘prende’ a nivel político, aparecen muchos intereses no muy honestos. Hay que vivir sorteando complicaciones y problemas. Todo el tiempo. Si uno actúa de buena fe, está siempre lidiando con especulación, tras especulación, tras especulación. Se hace muy difícil si uno tiene recto respeto al interés por el bien general. Yo no abandonaría la profesión tengo 72 años y es tarde para abandonar. Pero es complicado. Los intereses económicos son muy pesados, y siempre es complejo trasladarlo a un lugar en el que todo el mundo se vea beneficiado”-. Este relato textual de Beatriz sintetiza, de forma clara, esos problemas que resuenan en un área compleja, que se compone a veces por intereses económicos que pueden corromper la actividad profesional.

Un apartado personal

Beatriz encuentra un punto relevante en su vida personal, vinculado con su vida profesional, en los momentos cercanos a su graduación. Ella formaba parte de un grupo llamado “Viaje de Arquitectura”, en el que realizaron un viaje a Europa que duró un año, y que contempló cuestiones laborales junto a otros colegas de la carrera. - “Fue una vuelta larga: era un viaje por el continente europeo y terminamos en la India”-, cuenta Beatriz entre risas. Ese viaje la marcó, ya que encontró un valor en el viaje como forma de conocer el mundo y, por consecuencia, ampliar sus conocimientos sobre el área de conocimiento que la apasiona.

Pagar el transporte público con una tarjeta de viaje (como el caso de la SUBE en Argentina), con teléfono celular o con tarjetas bancarias es un tópico actual que Beatriz asocia directamente a los viajes y la comprensión sobre temas vinculados al urbanismo. Según su experiencia, en varias de las ciudades más importantes del mundo, el pago del transporte público con teléfono celular es ya un tema solucionado. -No puede ser tan difícil. Hay que encontrarle la vuelta-, explica Beatriz entre risas.

Si hay un elemento cultural que haya influenciado en la perspectiva profesional de Beatriz es la influencia estética del arte de la Bauhaus (una escuela de arte alemana creada a principios del siglo XX en Alemania, de fuertes vínculos con la arquitectura, con varias fases entre los años 1920 y 1940, y declaradas sus sedes como Patrimonio de la Humanidad). Desde la reflexión, Beatriz encuentra valor en las ciudades antiguas. - “Me impactó Jerusalén, por ejemplo. Yo la conocí en los años 70, y en esa comunidad vivían tres o cuatro religiones sin ningún inconveniente. Pude atravesar varios sectores de la ciudad caminando y no tuve problema alguno”-. Ella destaca con fuerza el viaje, como una pasión. Aparte de ello, la lectura es otra de sus grandes pasiones, aunque no encuentra algún elemento particular ya que, según sus palabras, “leo lo que se me cruza en el camino”.

La UNM y el Plan Maestro

Los inicios de Beatriz en la vida de la UNM no se vincularon de forma directa con la cuestión académica. Para encontrar ese punto de inicio, corresponde ir un poco más atrás en el tiempo. El primer proyecto de Plan Maestro de la UNM tuvo a Beatriz en su creación. - “Después, la vida me llevó a la docencia”-, comenta Beatriz entre risas. Sus pasos como docente de la UNM se vinculan a la carrera de Licenciatura en Gestión Ambiental y Arquitectura. Con ello, surge la creación del CEDET, el Centro de Estudios para el Desarrollo Territorial, del cual Beatriz es la directora académica.

El CEDET, según la Resolución UNM-R N° 408/18, tiene como prioridades promover, producir y difundir conocimientos sobre economía, trabajo, hábitat y gestión territorial en el AMBA, con un enfoque sustentable. También realiza estudios y proyectos para transferir tecnología y fomentar el desarrollo económico y social. Además, se dedica a la formación de recursos humanos de excelencia en docencia e investigación, promoviendo la participación estudiantil. Finalmente, busca integrarse en redes de cooperación científica y tecnológica, especialmente en el MERCOSUR, para mejorar la competitividad regional.

Sobre el CEDET, Beatriz explica que la motivación principal radica en creer que el desarrollo territorial es posible. Con planificar etapas de desarrollo, es más sencillo llegar a cualquier objetivo. Y esto es aplicable a cualquier territorio: un municipio, una provincia, entre otros. El objetivo, entonces, está anclado en el consenso sobre diversas líneas estratégicas de desarrollo que sean comunes a los intereses, expectativas y demandas que tenga la comunidad sobre la que se esté trabajando.

Sumado a esto, su desarrollo en la UNM es crucial. El Centro está integrado por 4 programas: el Programa Académico de Territorio, Ambiente y Hábitat; el Programa Académico de Educación y Trabajo; el Programa Académico de Economía Social y Popular; y el Programa Académico de Desarrollo Económico Local y Estadísticas Socioeconómicas Regionales. Son cuatro líneas diversas, pero sumamente integradas entre sí, y todas trabajan asociadas a la variable territorial. En el CEDET se inscriben distintos proyectos de investigación, formados por los tres departamentos académicos de la UNM. – “Hemos tenido proyectos como el de la dinámica multiactorales, que son del Departamento de Humanidades; el de Estados Alterados, que fusiona las áreas de Ciencias Aplicadas y Humanidades; proyectos del mapa de Luján, que provienen de Economía; y todos los vinculados al área del Hábitat: estudios de riego, COVID-19, planes de gestión ambiental, planes de desarrollo del hábitat, entre otros”–,

detalla Beatriz. Por último, se destaca la Diplomatura de Estudios Avanzados en Gestión Integral del Hábitat.

Sobre el impacto de estos trabajos en el territorio, Beatriz hace un recorrido por algunos de los proyectos más relevantes que se han llevado a cabo, o que actualmente se encuentran en desarrollo. En primer lugar, destaca el plan de gestión ambiental para la Maternidad Estela de Carlotto. Otro de los proyectos es el de gestión ambiental para el astillero Tandanor (utilizado para realizar las mejoras que la empresa tiene en el puerto, resalta Beatriz). También se encuentra el proyecto de Ciudadanía Ambiental, donde se trabajó, en conjunto con los estudiantes, sobre la línea de análisis de riesgos naturales y tecnológicos (producto de las actividades que se realizan en el espacio de Moreno). Como resultado de este último proyecto, el Centro realizó otro trabajo con el Municipio de Moreno, vinculado a la localización de las industrias.

Otra de las labores destacables se vincula con los patrones de viaje en Moreno con base en los datos del Sistema Único de Boleto Electrónico (SUBE). Beatriz destaca los proyectos actuales del CEDET. – “Ahora estamos trabajando con el partido de General Rodríguez para optimizar los recorridos de los camiones de residuos sólidos urbanos. Además de ello, con el partido de Moreno, estamos trabajando en una investigación que pretende modelar escenarios energéticos urbanos para las décadas de 2030 y 2040. Queremos ver cuáles podrían ser las mejoras en el consumo y el gasto de los hogares, en relación con la energía”–.

El vínculo de Beatriz con la UNM tiene un lazo, también, anclado tanto en su rol de profesora consulta como en su participación en el claustro docente (más específicamente, como consejera del Consejo Superior y del Departamento de Ciencias Aplicadas y Tecnología). Además, durante un año y medio coordinó la Licenciatura en Gestión Ambiental. Sobre esto último, Beatriz explica que desarrolló dicha labor en plena etapa del COVID-19, por lo que se encontró con

muchas dificultades. – “Estábamos a distancia con todo el mundo. Yo asumo en febrero del 2020, y en marzo del mismo año nos fuimos todos a casa. Desde nuestras computadoras hubo que sacar a flote toda la cuestión administrativa, como primer paso. Hice todo lo que pude”–, asume Beatriz. Sin embargo, su pulsión por la investigación la hizo quedarse en el cargo del CEDET.

Construcción de carreras

– “Yo participé del armado de la carrera de Arquitectura. Al momento de organizar el plan de estudios, nuestro interés radicaba en que los estudiantes pudieran hacer un despegue profesional. En otras palabras, que los conceptos básicos de la profesión pudieran despegarse de lineamientos teóricos con el fin de llevar a cabo una aplicación práctica de dichos conceptos”–, reflexiona Beatriz, entre el recuerdo y el consejo a los estudiantes de la carrera mencionada. Ella plantea incógnitas fundamentales para quien transita ese curso de grado: qué es el lenguaje; qué es la forma; qué es la función; qué significa el diseño; el ambiente. Los estudiantes, según Beatriz, deben armar su propio caudal de conceptos y de reflexiones, que los represente luego en sus futuros profesionales. Hablamos no de aprender teoría, sino de construirla.

El caso de la Licenciatura en Gestión Ambiental vincula a Beatriz con la UNM desde un costado mayormente ligado a la docencia. Fue profesora en cátedras como Sistemas Urbanos; Taller de Integración; Gestión Ambiental Urbana; entre otras asignaturas. Según sus palabras, la importancia de la carrera está anclada en capacitar a los estudiantes para que puedan formular proyectos abocados a la gestión ambiental. Son sumamente complejos, debido a su vinculación teórica y práctica.

A la hora de pensar el futuro de la investigación científica pública, Beatriz se encuentra apresurada por las complicaciones económicas que sufre el país (y, con ello, el sistema científico-académico). Quere-

mos llegar al año que viene, en principio-, comenta entre risas y con cierto dejo de angustia. El objetivo principal está enfocado en avanzar con los escenarios energéticos. - “Estamos pensando en armar una encuesta que incluya a todos los estudiantes de la UNM, para caracterizar el gasto de los hogares de dichos estudiantes”-, explica Beatriz. Además, cada programa de los mencionados previamente tiene una línea específica con objetivos específicos. La línea principal para el futuro de la investigación en el CEDET-UNM tiene su nombre y Beatriz lo menciona con precisión: “instrumentalización de políticas públicas”. Esto quiere decir que todas las políticas públicas que se planteen como adecuadas para el desarrollo tienen que encontrar el camino operativo para que se puedan efectivizar: -“¡Todo tiene un método! Y podemos diseñarlo a medida. Ese es nuestro horizonte”-, cierra Beatriz.



Entre las cosas más gratificantes que Beatriz encuentra en su carrera, está el hecho de que la UNM esté de pie y con el potencial que corresponde. Su participación en las obras de planeamiento fue muy importante para su trayectoria. A su vez, trabajar para otras ciudades de la provincia de Buenos Aires y de otros lugares del país, trabajar para la preservación de edificios y otros elementos históricos, entre otras cuestiones, son también relevantes. Encuentra una deuda, como no poder lograr la mejora de los transportes ferroviarios integrados con los modos de autotransporte. Según sus palabras, la inversión era demasiado alta y los intereses encontrados eran muchos y muy importantes. – “Por lo demás, me siento orgullosa de esos logros personales”–, reflexiona Beatriz sobre el camino transitado.

Para el futuro, Beatriz busca dejar una mirada positiva respecto a las transformaciones. Para poder hacerlo, hay que tener un método, un plan, un camino a seguir. No desde una perspectiva romántica, sino operativa. A través del trabajo y la dedicación, pudiendo superar ciertos conflictos de intereses, esto puede hacerse realidad.

Alejandro M. CARBONE: las redes de la universidad

Jefe del Departamento de Redes Informáticas de la UNM

Por Ornella N. GUGLIELMO



Paredes altas, pisos cobrizos, ventanas amplias, personas caminando. Los pasillos del edificio histórico de la Universidad Nacional de Moreno parecen eternos y siempre albergan a alguien. Ese murmullo constante que significa que la universidad está siempre en movimiento. Desde un aula vacía, los sonidos parecen lejanos. Pasos, voces, puertas que se abren y cierran. Reviso mi lista de preguntas cuando la puerta del aula se abre en un segundo. El ruido característico de las puertas del edificio es difícil de ignorar, aun con el sobresalto en el cuerpo, Alejandro entra sonriendo.

– “Buenas, ¿cómo estás?” –Alejandro saluda con una calidez que desarma cualquier formalidad y, de golpe, el aula deja de sentirse vacía. Sentado en el escritorio que normalmente ocupa el docente, sin aparentes tensiones, apoya su celular en la mesa y la conversación fluye con naturalidad.

– “Mi nombre es Alejandro Martin Carbone, tengo 47 años y hace 11 años trabajo en la UNM en el Departamento de Redes Informáticas, gracias a Dios” – suelta entre risas. Se recuesta contra el respaldo de la silla con una soltura que transmite calma, como si estuviera en una charla entre amigos. Habla con la familiaridad de alguien que conoce cada rincón de la universidad.

Una historia en el oeste

Alejandro nació en Ituzaingó, pero vivió toda su infancia y adolescencia en Moreno. Nunca se fue muy lejos. Actualmente vive en

Paso del Rey, pero la mayoría de sus años los transitó a media cuadra de la UNM en la casa de sus padres. Su infancia fue tranquila. Cuenta con soltura que era otra época en donde la calle no simbolizaba peligro. En la década del 90, con sus amigos del barrio, recorrían la ciudad en bicicleta sin preocupación alguna, sin miedo.

Cursó los primeros dos años de educación secundaria en la Escuela de Educación Técnica 2. – “Está pegada a los Bomberos Voluntarios”- aclara. Me ve dudar y se ríe. – “Cierto que no sos de acá”- conoce Moreno con la profundidad propia de alguien que hace casi 50 años vive allí y da con naturalidad direcciones. Admite que dejó la escuela técnica porque el título que otorgaba era el de maestro mayor de obra y no condecía con su incipiente interés por la informática. Siguió estudiando en la Escuela de Educación Secundaria N°2, también cercana al centro de la ciudad. Allí pudo cursar el bachiller de Ciencias Exactas, en donde aprendió más sobre computación. –“Tengo buenos recuerdos de la primaria y la secundaria, tengo amigos que al día de hoy sigo viendo, incluso de jardín”.

– “Era otra época”- dice por lo bajo, mientras recuerda su infancia y adolescencia en Moreno, en donde con trece años transitaba con amigos de la misma edad las calles de su ciudad natal. Pero eso cambió con el paso del tiempo y Alejandro no puede evitar comparar sus aventuras por el barrio cuando era joven con el temor que hoy en día siente por su hijo. –“Tiene quince años. No lo dejo ir solo a comprar a tres cuadras de mi casa. Yo a su edad iba a Mercedes en tren con mis compañeros y nunca nos pasó nada; no es como ahora”- cuenta mientras baja la mirada por un instante.

Alejandro relata que, con los años, la ciudad empezó a sentirse diferente. Cuando su sonrisa se desvanece, se crea un clima más tenso. La seriedad de su rostro inunda el ambiente, como quien revive momentos desagradables de su vida. Me cuenta sobre robos que sufrieron él, sus hermanos y sus padres a fines de los 90. Estas situaciones violentas parecen haber dejado un rastro imborrable en su memoria. –“Fueron años feos, era un desastre. Así fue como decidió mudarse a Paso del

Rey, buscando algo de paz en un contexto que ya no le ofrecía la misma tranquilidad. Sin alejarse demasiado de su hogar de toda la vida, donde sus padres aún viven, se independizó”.

Mudarse fue un cambio brusco, pero no el único. Con la secundaria terminada, llegó también la búsqueda de algo más: ¿y ahora qué? La adultez lo alcanzaba con la urgencia de quien debe construirse un futuro, encontrar un rumbo, aun con la incertidumbre inevitable que representa tener 18 años. La transición entre niño y adulto es un concepto borroso, una línea difusa entre la seguridad de la infancia y el vértigo de lo desconocido. En medio de esa neblina, donde cada decisión pesa, Alejandro encontró una certeza: seguir estudiando.

Desde adolescente, la informática le había llamado la atención, así que se inscribió en el Instituto Superior de Formación Técnica N°179 de Moreno para estudiar para ser Analista de Sistemas. –“Yo quería tener un título de algo, tener un respaldo para trabajar. Si bien la programación no era lo que más me interesaba, era lo que había en su momento. Cursé los tres años y me amigué con las matemáticas. Arranqué a trabajar en el centro, cometí el error de creer que tenía la vida resuelta y no pude sostener ambas cosas: nunca lo terminé”-. Lo cuenta como una anécdota, como algo que no debería haber hecho, pero ya está, ya pasó.

Ir al centro

En 1997 comenzó a trabajar con un familiar en una empresa de cobranzas, lo que lo llevó a dejar sus estudios. Cada mañana, tomaba el tren hacia Microcentro, donde se mezclaba entre la multitud de personas que se dirigían a sus trabajos en Capital Federal. Su tarea era cobrar a los clientes de una firma que representaba a Feriar, una empresa de ferias de Córdoba. Así recorría Buenos Aires, desde zona oeste hasta zona norte. –“Iba de Moreno al centro de Capital. Me acuerdo de ir hasta Pacheco con los cheques, iba de acá para allá, después tenía que volver. Era horrible”-, comenta suspirando, como si solo recordar esos viajes interminables lo agotaran. Fueron tres años de aprender a moverse en un mundo ajeno para el joven Alejandro

de 20 años que había conseguido su primer empleo, acostumbrado al ritmo de su ciudad natal.

Luego de tres años, la empresa cerró, dejándolo unos meses sin trabajo. Sin embargo, no tardó en encontrar otro puesto. Su tío le ofreció trabajar con él en la Feria Internacional de Turismo, un evento que hasta el día de hoy se lleva a cabo en La Rural. Así, Alejandro comenzó a trabajar en la feria a fin de año, época donde se realiza la misma. Fueron contratos temporales, trabajó durante dos temporadas consecutivas.

Su experiencia laboral continuó por otro camino en 2002, cuando comenzó a trabajar de noche como administrativo en la Clínica Privada Alcorta, en Moreno. Su labor consistía en recibir a los pacientes que llegaban a la guardia y atender sus necesidades en un ambiente que oscilaba entre la calma de la madrugada y la urgencia de quienes buscaban asistencia. En un segundo, la tranquilidad podía esfumarse.

- “Tengo mil historias de ese lugar. Un día terminé yo dentro del consultorio de una doctora, no me acordaba cómo había llegado ahí”- añade, soltando una risa que se contagia al imaginar esa situación. Las anécdotas fluyen de su boca con facilidad, revelando infinidad de situaciones que pasaron por la clínica. -“Entiendo que la gente va mal”- explica, su tono se torna más serio por un instante. -“Trato de calmarlos, porque en muchos lugares te tratan mal y no tiene sentido. Hay que saber entender al otro”-. Alguien pasa por el pasillo y Alejandro le hace un gesto con la mano y sonríe, se saludan. El ventanal que nos separa de ese pasillo es amplio, el movimiento es constante y los saludos hacia él se vuelven habituales.

Estuvo aproximadamente dos años y medio en la clínica y al final decidió dejarlo. -“Era mucha responsabilidad para mí”- confiesa. -“Soy obsesivo con eso, con mis responsabilidades. No es lo mismo una máquina que una vida. No pude seguir trabajando ahí. Sus palabras reflejan la carga que llevaba. Relata que había errores en la gestión de la clínica que ponían en riesgo la vida de los pacien-

tes y esa realidad lo angustiaba”-. Tenía que cambiar los tanques de oxígeno de las personas en terapia intensiva y a veces no había. Tenía que salir a conseguir otros cuando había gente que dependía de eso. Nunca pasó nada grave, pero podría haber pasado.

También cuenta que a veces la luz se cortaba y no contaban con el equipamiento adecuado para mantener el sistema de maquinarias que los pacientes necesitaban, lo que lo ponía ansioso. Al momento de pedir ayuda y recursos para el funcionamiento de la clínica, sus superiores no daban respuesta alguna. –“Estaba yo y el mundo, ni siquiera había seguridad. Si algún paciente se ponía violento, yo tenía que manejar esa situación por mi cuenta”.

Mientras trabajaba en la clínica, Alejandro decidió realizar un curso de técnico en informática con la esperanza de poder trabajar por su cuenta y abandonar la clínica. Al finalizar el curso, renunció a su empleo y comenzó a ofrecer servicios de manera independiente. Aunque tuvo algunos clientes, el negocio no prosperó como esperaba. En menos de un año, en 2005, un amigo le consiguió un trabajo en una empresa que se encargaba de mantener, reparar y colocar máquinas para clientes en Capital Federal. Pasó allí ocho años de su vida.

–“Ir al centro te quema la cabeza”-, comenta Alejandro, con un dejo de cansancio en la voz. –“El viaje, estar constantemente pensando en cómo subir, cómo bajar, si voy en el primer vagón o en el último”-. Se detiene un momento y luego agrega: –“Igual así me salvé del accidente de Once”-. Solo hay silencio por menos de un minuto y, como antes, es su risa la que marca el clima de la conversación, la que hace que se pierda la tensión. Él se ríe ante mi reacción, como si la anécdota fuera una más en su larga lista de vivencias.

La tragedia de Once en primera persona

Alejandro suelta una risa nerviosa al recordar aquel día. –“Me salvé de casualidad, tuve suerte”- dice con un tono casi incrédulo. Hacía

unos meses, se dirigía a Caballito para realizar un curso con su jefe y, como era habitual, optaba por viajar en el último vagón del tren. –“A veces, incluso después de terminar el curso, seguía subiendo en el último, por costumbre”–, confiesa, como si el hábito estuviera grabado en su rutina diaria. Cada mañana se enfrentaba a la misma pregunta: ¿cuál sería la mejor opción, el primer o el último vagón? Todos los días el mismo cálculo. –“Esa rutina te quema la cabeza”– añade, como si intentara dar sentido a la monotonía del viaje.

Y ese día, eligió el último vagón. Al llegar a Once, sintió un golpe seco que lo despertó, estaba medio dormido. En ese momento no le dio importancia, lo normal, el viaje nunca era tranquilo. Al bajar, se dirigió a trabajar, con la mente ocupada en el cansancio de los viajes interminables, ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Gritos, corridas, empujones, lo de todos los días en la estación de tren en hora pico. El caos era tan natural para él que simplemente aprendió a ignorarlo. Al llegar al trabajo, sus compañeros estaban inquietos, llamando gente, agitados. ¿Qué está pasando? Es miércoles 22 de febrero de 2012, un día laboral cualquiera, el revuelo es inexplicable.

– “Todos me miraron sorprendidos, preguntaban si estaba bien, yo no entendía nada”–, recuerda y ríe, contando con liviandad el día en que podría haber muerto. Si ese día elegía el primer vagón, su destino hubiese sido otro. –“Mis compañeros me decían que había sido un desastre, yo les decía que no, que solamente el maquinista no había frenado a tiempo. Para mí no había pasado nada grave. Mil veces tuvo que saltar a las vías, se prendieron fuego vagones, hubo accidentes. Ese miércoles no era diferente, un problema más al viajar, simplemente se dirigió a su trabajo como todos los días”.

Alejandro cuenta que tenía una obsesión con los detalles. –“Para subir, para bajar. Mil veces terminé en el piso por calcular mal”–, dice con una media sonrisa. Había perfeccionado el arte de anticiparse al caos del tren: cuando se bañaba antes de salir al trabajo, ya escuchaba el sonido de las formaciones y calculaba si estaban saliendo con normalidad. El día del accidente no fue distinto. Escuchó gritos,

pero no le pareció extraño. En el tren, el ruido era parte del paisaje, una rutina que se repetía con tanta naturalidad que había aprendido a ignorarla.

- “Estaba tan desconectado de la realidad. Seguro pensás que estoy loco, pero ir a trabajar todos los días al centro te hace eso, te desconecta. Vas en ‘modo avión’”-, confiesa. Fue recién en la oficina cuando la noticia lo golpeó, aún repitiéndole a sus compañeros que no había pasado nada. En la pantalla del televisor vio las imágenes del accidente en la estación de tren de Once. -“Cuando vi la tele en el trabajo, me quería morir. No me había dado cuenta de lo que había pasado. Lo había ignorado totalmente”- dice, todavía sorprendido por su propia indiferencia de aquel día.

Desde hacía años, el tren no era solo un medio de transporte para él, sino casi una extensión de su vida diaria. Había aprendido a leer sus tiempos, sus movimientos, a calcular cada detalle del viaje. Subir y bajar del Sarmiento no era un acto mecánico, sino una estrategia. Me cuenta que una vez, un amigo de la secundaria volvió de Paso de los Libres, Corrientes. Había terminado la escuela y se había mudado allá con su familia, pero volvía habitualmente a Buenos Aires a visitar amigos y familiares.

Cuando volvió a Moreno a ver a sus ex compañeros, se reunieron y decidieron ir a pasear a Capital. En la estación del Sarmiento, mientras esperaban el tren, él charlaba relajado, pero Alejandro estaba atento al cruce de vías. Observaba con precisión el movimiento de los rieles, intentando adivinar en qué andén entraría el tren para subir rápido. -“Mi amigo no entendía nada”- cuenta, entre risas. Me miró y me preguntó qué estaba haciendo. Le expliqué que lo hacía todos los días. Me dijo que estaba loco. Se vuelve a reír mientras saluda, con la naturalidad que parece propia de él, a alguien que pasa por el pasillo. Los saludos ya son rutina, personas de todas las edades lo ven y no dudan en saludarlo.

Conexión a las redes de la UNM

Ocho años en la vorágine de Capital le pasaron factura. El ritmo frenético, los viajes constantes y la sensación de estar siempre en piloto automático lo agotaron. Alejandro quería algo diferente, un cambio que le permitiera recuperar tiempo y energía. Un amigo que trabajaba en la Universidad Nacional de Moreno se enteró de que estaban buscando técnicos informáticos. –“En ese momento había un técnico o dos nada más, la universidad se estaba expandiendo y necesitaban personal. Me preguntó si me interesaba. Le dije que sí, que no me importaba el sueldo siquiera, con tal de dejar de viajar. Así fue como hace 11 años surgió la oportunidad de ingresar al Departamento de Redes Informáticas de la UNM”.

El cambio fue un impacto. Pasó de levantarse a las cinco de la mañana para viajar a Capital a despertarse a las nueve y estar en la universidad en cuestión de minutos. Al principio, su cuerpo todavía seguía en el ritmo anterior: sin darse cuenta, llegaba media hora antes al trabajo, como si su reloj interno se resistiera a aceptar el nuevo orden de las cosas. –“Era una locura para mí también salir y estar en casa a las cinco y media de la tarde. Más allá de la comodidad, el ambiente de la UNM también le trajo otra sensación: la de trabajar sin la presión constante que la empresa le imponía. El trabajo era el mismo que hacía antes, pero sin los intereses propios de una empresa. Acá no está la presión de generar ganancias, acá el objetivo es otro” – resalta.

Pero ese lugar no era desconocido para él. Antes de que se creara la universidad, antes de que los pasillos se llenaran de estudiantes, ya había estado allí. Alejandro conoció ese edificio en su infancia, aunque de otro modo. En 1987, cuando tenía diez años, realizó un curso de catequesis de seis meses allí. Él y su hermano necesitaban prepararse para tomar la primera comunión. Su madre los llevaba cada sábado. –“Sí, había una capilla acá”–, aclara. –“En el fondo del pasillo del ala oeste, subíamos la escalera hacia el primer piso para llegar a la capilla y ahí teníamos las clases semanalmente con mi hermano y más nenes del barrio”.

Antes de convertirse en la Universidad Nacional de Moreno, el edificio tenía otra historia. Desde 1878, el Instituto “Mercedes de Lasala y Riglos”, dependiente de la Sociedad de Beneficencia de la Capital, fue una de las entidades de asistencia infantil más importantes de Buenos Aires. Con el tiempo, la cantidad de niños alojados en el instituto aumentó considerablemente. Fue necesario contar con más espacio para mejorar las condiciones de los menores. Debido a eso, en 1944 el instituto se mudó a Moreno, a pocas cuadras del centro de la ciudad. El Estado facilitó la compra de un predio de veintitrés hectáreas y la construcción de un edificio ideado para tener todas las facilidades necesarias para que el “Riglos”, como se lo conocía antiguamente, cumpla su labor. Este nuevo edificio tenía capacidad para albergar a 650 niños de entre 2 y 7 años y en poco tiempo llegó a contar con más de 200 personas dedicadas a su cuidado. Las Franciscanas Misioneras de María asumieron la tarea educativa y asistencial de esos menores.

Con el pasar del tiempo, el “Riglos” no solo se encargó del cuidado de infancias en situaciones vulnerables, sino que también se convirtió en un espacio dedicado a la formación docente. En 1967, la directora del instituto llevó a cabo un curso experimental para la formación de las maestras que trabajaban en el jardín de infantes del edificio. Esta experiencia fue un punto de partida clave para la creación del Instituto Nacional Superior de Profesorado de Educación Preescolar, el 19 de octubre de 1969, dirigido por María Luisa Colombo, conocida como sor Clara Benigna

Aquel instituto fue pionero en la formación de docentes de nivel inicial en la provincia de Buenos Aires y, con el tiempo, se consolidó como un referente en la capacitación docente. No solo ofrecía formación técnica y programas de actualización, sino que también se convirtió en un espacio de investigación educativa.

Para Alejandro, sin embargo, la historia de ese edificio no es solo parte de un relato institucional: también es parte de su historia familiar. Su madre cursó allí la carrera de maestra jardinera en la década

del 70 e incluso cree que fue una de las primeras graduadas. Años después, su esposa siguió el mismo camino, egresando alrededor de 1998. Hoy, ella continúa su formación en la Universidad Nacional de Moreno, cursando la Licenciatura en Educación Inicial. Hace tres años le planteó la idea de estudiar. –“Le dije que sí, obvio, nos acomodamos y listo. La alentó a seguir formándose. Este año se recibe, ya está preparando la tesis”–, cuenta con una sonrisa teñida de orgullo. –“Parece que mi vida pasa por acá”–, dice entre risas, reconociendo que, de una manera u otra, este lugar lo ha acompañado siempre. Décadas después, aquel edificio que conoció de niño lo recibía nuevamente, esta vez como trabajador. Se convirtió en una pieza clave dentro del Departamento de Redes Informáticas.

El día a día

Como parte del equipo técnico, Alejandro trabaja junto a dos compañeros encargándose del mantenimiento y la reparación de los equipos informáticos de la universidad: computadoras, impresoras, notebooks. Su tarea no solo implica mantener y mejorar estos dispositivos, sino también asegurarse de que todo funcione correctamente. En los últimos años, se ha especializado en el área de redes, incluso está estudiando para profundizar su conocimiento en ese campo. –“Todos los cableados de los edificios nuevos los hicimos nosotros”–, comenta con orgullo.

Sin embargo, reconoce que aún faltan más equipos y que actualmente hay limitaciones para la compra de materiales. Esto es debido a la emergencia presupuestaria que la universidad atraviesa desde el año pasado, la cual también afectó su área de trabajo. –“En nuestro departamento ya no podemos comprar los componentes necesarios para mejorar las computadoras, para que sean más rápidas y cómodas de usar. Antes teníamos esa posibilidad. Veremos qué pasa este año”–, dice con una mezcla de resignación y esperanza.

Mientras habla, la puerta del aula se abre de repente. No esperábamos a nadie y la interrupción es sorpresiva. Una estudiante con papeles

en sus manos entra con confianza, nos saluda con un beso y le pide indicaciones a Alejandro.

- “Estoy deambulando hace rato, ¿sabés dónde queda Extensión Universitaria?”

- “Por allá”- señala con naturalidad. -“Apenas pasás el módulo C, vas a ver la puerta a la izquierda”.

- ¡Gracias!”- responde ella antes de salir apresurada. Alejandro sonríe.
- “Podrás ver que conozco a medio mundo”-, afirma mientras ríe. No es una exageración. A lo largo de la conversación, varios pasan por el pasillo y lo saludan a través del vidrio. La confianza con la que su conocida entró al aula, preguntó y se fue, deja en claro que no era la primera vez que Alejandro ayuda a alguien en la universidad.

- “Cuando un alumno me pide ayuda para encontrar algún lugar, le explico o, si hace falta, lo acompaño. Sabe que su rol trasciende lo técnico: es un nexo entre distintos sectores de la universidad”-. Pasa que en cualquier otra área estás en tu oficina. Yo, en cambio, tengo contacto con todos, me llaman cuando necesitan solucionar algo y así los voy conociendo.

Esa cercanía con la comunidad universitaria también le ha permitido ser testigo del crecimiento de la institución. A medida que la UNM se expandía, su trabajo y el de su equipo también lo hacían.
-“Vamos manejando el trabajo. Con el crecimiento de la universidad, nuestras tareas también aumentaron, pero lo vamos llevando bien”-, dice Alejandro. No deja de asombrarle lo mucho que ha cambiado la UNM desde que ingresó a trabajar.

- “Cuando entré, recién estaba en construcción el Daract II. Hoy en día contamos con muchos más edificios. Hace poco terminamos la instalación de cables en el laboratorio. Todavía no entramos al Dorrego II porque no se siguió la construcción, pero cuando llegue el momento, nosotros vamos a realizar todo el trabajo relacionado

a las redes que el lugar necesita para funcionar y estar conectado a la red. En cada edificio estuvimos nosotros trabajando y cuando se construye un espacio nuevo, también realizamos las instalaciones correspondientes”.

Habla con orgullo de su labor, pero también con cierta frustración. –“Es lamentable que no se haya continuado la construcción. En este país es así, uno siempre tiene la ilusión de estar bien, pero todo depende del gobierno de turno”-. Recuerda que en otras gestiones hubo mayor interés en la expansión de la universidad, lo que permitió refaccionar aulas y construir nuevos espacios para los estudiantes. –“Es necesario para que los chicos sigan estudiando y estén cómodos. Todo lo que se hizo antes es muy notorio. Se nota mucho la diferencia: en este tipo de gobiernos, todo tipo de mejora se frena y los recortes afectan a todas las áreas”.

Más allá de las dificultades, siente un fuerte compromiso con su labor en la UNM. No solo ve su trabajo como una tarea técnica, sino como un aporte a la formación de los estudiantes. Alejandro sonríe cuando habla de su trabajo. –“Es lindo trabajar acá, no solo me siento cómodo, sino que siento que estoy hacien

Sabe que su trabajo va más allá de lo técnico. Aunque no les paguen horas extras, si es necesario quedarse hasta tarde o venir un fin de semana, lo hacen. –“Si no sabemos cómo resolver algo, nos quedamos hasta que lo hacemos, de maniáticos que somos”-, agrega entre risas. Le gusta arreglar cosas, tanto en la universidad como en su casa. –“No me pesa, me voy contento. No es el mismo sentimiento que tuve en otros trabajos. Yo le pongo lo mejor de mí a lo que hago”-. –“Nuestra oficina está en el primer piso del ala este, en el sector C”-, cuenta Alejandro. Desde allí, se llevan las computadoras que necesitan reparar y, cuando surge un problema en otro sector, se trasladan para solucionarlo. También realizan mucho trabajo remoto, algo que se intensificó durante la pandemia.

- “En 2020 hicimos todo de manera remota. Les instalamos los programas necesarios a los docentes y demás trabajadores para que puedan continuar con sus tareas desde su casa”-, recuerda. A finales de ese año, pudieron volver al edificio con los cuidados necesarios. -“Me acuerdo que nos dieron un kit con elementos de limpieza y un barbijo con el logo de la UNM”- dice, riéndose al evocar el momento.

Un F5 permanente

El regreso al edificio marcó un cambio, pero su labor siguió siendo igual de esencial. Adaptarse a nuevos desafíos tecnológicos y garantizar el funcionamiento de la infraestructura digital de la universidad eran responsabilidades que él y su equipo asumían con compromiso. Sin embargo, a pesar de la importancia de su trabajo, Alejandro no se ve a sí mismo como alguien indispensable.

- “No creo que sea imprescindible. Quizás mi rol o mi sector sí, pero yo no”- confiesa Alejandro, con humildad.

- “Nuestro trabajo es fundamental, todo pasa por las redes”- admite después de un breve silencio. Es una responsabilidad muy grande para nosotros. Tenemos que informarnos constantemente para estar actualizados, pero entre nosotros lo resolvemos. Si no sabemos cómo hacer algo, lo investigamos hasta poder solucionarlo. Tanto mis compañeros como mi jefe de área y yo trabajamos a la par. Hace una pausa y, con un tono más distendido, agrega: -“Eso también está bueno. Tenemos un buen ambiente de trabajo y no hay problemas. Nadie te vuelve loco ni te presiona. Si hay que hacer algo, hablamos y lo resolvemos”.

Luego de más de diez años trabajando en la UNM, nota que antes había mucha menos gente, menos carreras. La universidad siempre avanzó y eso es evidente. -“Ya el hecho de que no sea más el “Riglos” y ahora todos sepan que acá está la Universidad Nacional de Moreno

es increíble. Ya está posicionada”–, dice Alejandro, con una mezcla de asombro y orgullo.

Recuerda cómo eran los pasillos antes: más vacíos, más silenciosos. –“Ahora nunca están vacíos”, agrega justo cuando un grupo de alumnos pasa caminando entre risas. Parece casualidad, pero refuerza lo que acaba de decir. La UNM siempre alberga a alguien, nunca está quieta. Siempre hay algún sonido, alguna conversación a lo lejos, que te recuerda que no estás solo.

Alejandro reflexiona sobre el crecimiento y el futuro de la universidad con una mirada esperanzadora. Al preguntarle cómo se imagina a la UNM en los próximos años, su entusiasmo se hace evidente. –“Me gustaría que los proyectos futuros se cumplan, que las construcciones sigan y se agreguen más facilidades”–, afirma. Destaca la importancia de iniciar la construcción del anfiteatro y el campus deportivo, así como la necesidad de sumar más carreras que solo se dictan en universidades de Capital Federal. –“Quiero que haya más espacio para que cada vez más alumnos puedan estudiar y obtener un título universitario que les brinde herramientas para el futuro”– añade, transmitiendo su fe en el crecimiento continuo de la institución. –“Hay que tener fe, no queda otra”.

Para Alejandro, la Universidad Nacional de Moreno no es solo un espacio de formación, sino una oportunidad real para cientos de personas de la zona. –“Es fundamental que haya universidades en el conurbano”–, dice convencido. Yo sé lo que es viajar al centro todos los días. Es caro y agotador. Sabe que sin una universidad cerca, muchos jóvenes no podrían estudiar con la esperanza de tener un futuro mejor.

Alejandro actualmente se encuentra cursando la Tecnicatura Universitaria en Redes Informáticas en la Universidad Nacional del Oeste. Tomó esta decisión no solo por la comodidad de la ubicación, sino también por la oportunidad que representa para su futuro. Aspira a

mejorar su sueldo y alcanzar una categoría laboral más alta, convencido de que la educación es clave para desarrollarse como profesional.

– “Me queda cerca, si no, no lo haría.” – Admite con sinceridad, subrayando la conveniencia que representa para él estudiar en una institución cercana a su hogar. – “No es fácil, vos lo sabes, aunque a tu edad es otra cosa” – añade entre risas. – “En este trabajo, tengo la suerte de que me arreglan los horarios. Si necesito recuperar horas, lo hago sin drama y me otorgan los permisos de examen correspondientes. El año pasado cursé a la tarde porque no había cupo a la noche para una materia y no hubo problema” – comenta con una sonrisa, mostrando su gratitud por la flexibilidad que le permite avanzar en sus estudios.

El apoyo que recibe Alejandro en su trabajo es un aspecto que valora profundamente. – “Recupero horas, entro más temprano o salgo más tarde y listo” – explica. Ante la pregunta de por qué cree que recibe ese apoyo por parte de la universidad, menciona que cree que lo impulsan a estudiar, algo que en otros trabajos no sucede. Además, destaca que gracias a esto puede equilibrar su vida laboral y familiar. – “Me permiten salir para ir a buscar a mi hijo o asistir a alguna reunión del colegio si mi mujer no puede ir, ya que también trabaja. Después yo recupero las horas que debo, no hay ningún problema” – dice con una sonrisa.

A diferencia de sus experiencias laborales previas, donde las empresas priorizaban sus intereses monetarios, en la UNM siente un ambiente más humano y comprensivo. – “Acá trabajás para los chicos que estudian. Si hay que quedarse después de hora o venir un sábado o un domingo, lo hago, y lo hice mil veces” – asegura, reflejando su compromiso con la educación y el bienestar de los estudiantes.

No solo se siente parte de la UNM, él comparte el compromiso que la universidad tiene con la educación y el futuro de sus estudiantes. – “Lo hago con ganas, es distinto. Para mí, es un orgullo ser parte de la UNM. Soy consciente de que trabajo en un lugar que tiene un objetivo claro: que las personas estudien para tener un futuro mejor” – expresa con una mirada de satisfacción.

Su conexión con la universidad va más allá de lo profesional, admite que se siente en casa. “Yo siento que es mi segunda casa, somos vecinos de toda la vida”-, dice con calidez. Esta sensación de pertenencia y el orgullo que siente por su labor son los cimientos que lo motivan a contribuir cada día al crecimiento de la institución, reafirmando su compromiso con la educación y la formación de nuevas generaciones. —“Para mí, la comunidad universitaria de la UNM es como una gran familia”.



Julián CONTRERAS IRIARTE: la arquitectura y sus proyecciones

Docente de la carrera de Arquitectura de la UNM

Por Rocío B. CRESPO



No hubo un momento exacto, una revelación repentina que lo guiara hacia la arquitectura. No fue un sueño de la infancia ni una inclinación temprana. Pero si Julián Contreras Iriarte retrocede en el tiempo, si hace el esfuerzo de rebobinar la película de su vida, aparecen algunas pistas. Recuerdos sueltos, imágenes dispersas que solo mucho después cobraron sentido.

Entre Caballito y Cañuelas

Nació el 17 de noviembre de 1982 en el barrio de Caballito, en la Ciudad de Buenos Aires. Creció y vivió en la misma casa hasta los veintiocho años y, aunque la ciudad cambió bastante con el pasar de los años, su cuadra —en Caballito Norte, casi en el límite con Paterナル— por una de esas extrañas casualidades de la vida sigue prácticamente igual. Es un barrio muy tranquilo, al menos en comparación con otras zonas de la ciudad.

– “En estos cuarenta y dos años, tal vez tiraron abajo y construyeron una o dos casas, pero el resto sigue intacto”, dice.

De su infancia en Caballito recuerda los días de juego en la vereda, las tardes enteras con su hermano —cinco años mayor— y otros niños del barrio. La calle no era solo un espacio de tránsito, era parte de su casa. Se podía estar afuera sin miedo y si no había adultos supervisando, siempre había una vecina jubilada que sacaba la silla a la vereda y los miraba de reojo mientras charlaba con alguien o tomaba mate. Andaban en bicicleta, daban la vuelta a la manzana. La ciudad

era otra, no solo en términos de seguridad, sino en su ritmo, en la manera en que se habitaban los espacios.

- “No había tecnología, no existía. No había celulares, la televisión era en blanco y negro. Entonces, para no aburrirse había que usar los espacios”.

Y luego estaba el otro mundo: Cañuelas. Su familia paterna era de allí, y cada fin de semana viajaban al campo de sus bisabuelos, a apenas 60 kilómetros de Buenos Aires, pero en una dimensión completamente distinta. En ese entonces, el pueblo todavía no tenía la categoría de ciudad y en el campo ni siquiera había electricidad.

- “Era como un mundo paralelo”-, dice.

De lunes a viernes, el centro geográfico de la capital; los fines de semana, un paisaje de campo abierto, animales, una casita perdida entre los árboles. Ese contraste lo marcó.

Cómo se construye un arquitecto

No creció con una fascinación explícita por la arquitectura. No hubo edificios que lo deslumbraran ni referentes que lo inspiraran desde la infancia. Pero, como él mismo dice, antes de ser arquitectos somos personas, y las personas son moldeadas por los espacios que habitan. Su casa en Caballito era un PH con un pasillo larguísimo donde jugaba con sus hermanos. En Cañuelas, estaba la casa de sus bisabuelos, con sus materiales rústicos y su resistencia al paso del tiempo. También recuerda las casas de sus abuelos, las de sus tíos, donde pasaba tardes enteras junto a sus primos.

De alguna manera, todos esos espacios lo marcaron. No con un deseo inmediato de construir, sino con una sensibilidad especial hacia la arquitectura, una conciencia que fue apareciendo con el tiempo. A veces, dice, recordamos lugares de la infancia con cariño, pero cuando

los analizamos nos damos cuenta de que no eran los mejores espacios para vivir. Que podrían haber sido distintos, más funcionales, más cómodos. Pero la arquitectura no se trata solo de lo ideal, sino de lo posible. Y uno crece dentro de lo que hay.

Hay dos recuerdos específicos que, con el tiempo, entendió que fueron claves en su decisión de estudiar esa profesión. El primero lo ubica a los diez años, en el campo de su bisabuelo, con su hermano mayor. Construyeron una casita en un árbol. A Julián le fascinó no solo el resultado, sino el proceso: pensarla, diseñarla, construirla. Se encariñó con la estructura improvisada, con esa pequeña obra propia suspendida en el aire. Hasta que, en un descuido, cayó. Pudo haberse lastimado gravemente, pero por suerte no pasó nada. Y cuando se repuso del susto, no dejó de pensar en lo mismo: en construir casas.

El segundo recuerdo llegó poco después. En ese mismo campo, con ladrillos sueltos y barro, jugando a levantar paredes e intentando construir una casita. Mezclaba la tierra con agua, probaba distintas proporciones, observaba cómo el sol endurecía la mezcla. Sin saberlo, ya estaba experimentando con conceptos fundamentales: estabilidad, resistencia, diseño. No tenía referencias de la arquitectura como profesión. No conocía a ningún arquitecto, no sabía que existía esa posibilidad.

Fue recién en la secundaria cuando la arquitectura empezó a tomar forma como opción real. Estudiaba en una escuela técnica con orientación en diseño y, al momento de elegir una especialidad, se inclinó por Diseño de Interiores. No tenía que ver con la decoración, sino con el diseño del espacio, con la manera en que se habitan los lugares. Pero no fue una elección en soledad. Hubo alguien que dejó una marca, una primera referencia concreta de lo que significaba ser arquitecto.

- “Tuve en distintos momentos referentes que dejaron huella”- comenta. El primero fue en la secundaria, una arquitecta llamada

Mónica Maida. Fue la primera arquitecta que conocí, la primera que me permitió ver de qué se trataba realmente la profesión. De alguna manera, ella dejó la huella que me ayudó a terminar de decidir que quería estudiar esa carrera.

La vida en FADU

Cuando ingresó a la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (FADU), se le presentó un mundo nuevo. Su primer día como estudiante universitario lo recuerda como una mezcolanza de sensaciones en medio de la inmensidad de la facultad. Más que la arquitectura del lugar, lo asombró la cantidad de gente, el caos de los pasillos, la dificultad de encontrar su aula.

- “Estaba perdido, espacialmente perdido”- dice.

Recuerda vagar por Ciudad Universitaria buscando dónde tenía que cursar hasta llegar a un aula desbordada de estudiantes, sin bancos suficientes, con cuatrocientas personas apretadas en un espacio que no estaba preparado para tanta gente.

- “Un calor terrible, no se escuchaba nada de lo que decía el docente. No terminaba de entender qué estaba haciendo ahí ni qué era la universidad”.

Pero no fue solo eso lo que lo impactó, sino también la cultura institucional con la que se encontró.

- “La universidad tenía una característica que era el maltrato o el destrato por parte de los docentes a los estudiantes” -dice. -“No quiero generalizar, por supuesto, pero muchos de ellos eran así. Y no siempre con mala intención. Era una cuestión de repetir formas de enseñanza, de replicar lo que ellos mismos habían vivido cuando estudiaban. Era como un maltrato naturalizado”.

En ese contexto, lo que más le marcó no fue la exigencia, sino aquellos docentes que rompían con ese esquema. Los que enseñaban de otra manera.

- “Creo que los que dejaron huella fueron los que entendieron que la enseñanza no tenía que estar asociada al destrato, sino a la pedagogía, a la forma de transmitir el conocimiento.

Uno de ellos fue Sandro Calculli, arquitecto y docente de taller, que marcó su manera de entender la arquitectura.

- “Además de la forma en que trataba a los estudiantes, él tenía un método. Un método para enseñar, un método para pensar la arquitectura”- dice. - “Y eso, en lo personal, me dejó una huella muy fuerte en la carrera”.

A pesar de ese comienzo abrumador, sus años como estudiante fueron una etapa de crecimiento y aprendizaje, aunque no exenta de sacrificios. Los recuerda como años muy lindos, pero también de mucho esfuerzo. Como toda carrera, arquitectura tenía sus dificultades, pero había algo particular en su dinámica: el tiempo. No era solo cuestión de estudiar y leer, sino de producir, de hacer.

- “Es una carrera muy práctica. Hacer las cosas lleva mucho tiempo. Además de la carga horaria de cursada, hay un tiempo extra que se duplica, triplica o hasta se cuadruplica”- explica.

Los primeros años fueron especialmente exigentes. Aprender a administrar el tiempo era clave, pero no era sencillo. La famosa frase sobre que los estudiantes de arquitectura no duermen cobraba sentido, especialmente al principio. Sin embargo, recuerda que él siempre dormía un poco, aunque sea un par de horas o unos minutos, no iba a cursar sin dormir.

- “Eso es hasta que aprendes a organizarte y a entender cuánto tiempo te lleva cada cosa. Porque no todos tenemos las mismas habilidades, no a todos nos toma el mismo tiempo hacer las mismas cosas”.

En su caso, la exigencia académica se sumaba a la necesidad de trabajar desde el primer día. A los diecinueve años ya tenía un empleo de medio tiempo, lo que significaba que parte de su jornada estaba ocupada con responsabilidades laborales. Además, estaba el tema de los viajes.

- “Ciudad Universitaria queda lejos de todo. Entre ir y venir de la universidad al trabajo, se me iban tres o cuatro horas por día”- dice.

Al final del día, el único tiempo que le quedaba libre era para dedicarse a la universidad. A pesar del esfuerzo, disfrutaba el proceso.

- “Fue una etapa de mucha alegría. Disfrutaba mucho lo que hacía, generé vínculos fuertes con mis compañeros”.

Como estudiante era obsesivo, muy comprometido con cada cosa que hacía. No buscaba simplemente cumplir con los requisitos, sino alcanzar la perfección dentro de sus propias posibilidades.

- “Obviamente después no lo lograba, porque la perfección no existe. Pero me ponía esa meta, o al menos la perfección según lo que yo creía o podía en ese momento”.

Su primer trabajo relacionado con la arquitectura llegó cuando aún era estudiante, aunque no recuerda con precisión en qué año de la carrera estaba.

- “Si bien desde que empecé la facultad trabajé siempre, al principio eran trabajos que no tenían nada que ver con lo que estaba estudiando”- cuenta.

Cree que fue recién alrededor del cuarto o quinto año cuando ingresó a Infraestructura Escolar del Gobierno de la Ciudad.

- “Ese fue mi primer trabajo vinculado a la profesión, en el cual aprendí un montón y también disfruté mucho”.

Sin embargo, su camino hacia la docencia fue inesperado. Nunca se imaginó dando clases en una universidad.

- “No era algo que tenía como meta. Yo estaba desencantado con la manera de hacer docencia en la universidad, ese cierto destrato de algunos docentes hacia los estudiantes no me gustó”- admite.

En segundo año de la carrera, incluso, estaba convencido de que jamás enseñaría arquitectura. Recuerda haberle dicho a un primo que no se veía reflejado en sus docentes y que no quería convertirse en eso.

- “Es al revés, vos tenés que ser docente para poder cambiar eso que no te gusta y hacer algo distinto”- dice su primo. Esa idea quedó dando vueltas en la cabeza de Julián. Reconoció que tenía razón. El giro definitivo llegó tras cursar una materia de instalaciones. Al final del ciclo, le ofrecieron ser ayudante. -“Obviamente, en ese momento era ad honorem, casi invisible. No sé si el primer año siquiera estuve nombrado”- dice.

Pero lo tomó con la misma seriedad con la que encaraba todo, buscando siempre hacer las cosas de la mejor manera posible. Ese compromiso le permitió rápidamente obtener un nombramiento rentado como auxiliar de segunda, la categoría correspondiente para quienes aún no estaban recibidos.

De esta forma, sin haberlo planeado, ingresó a la docencia cuando aún estaba en la facultad. Y aunque en su juventud rechazaba la idea de convertirse en profesor, encontró en la enseñanza un espacio

donde podía hacer la diferencia. Así fue sumando experiencia como auxiliar en distintas materias.

- “Siempre fue de la misma manera, después de cursar y haber tenido una buena cursada, me preguntaban si quería ser docente”- recuerda.

Así fue como, tras haber pasado por el taller, le ofrecieron un puesto como docente en esa misma área. Para entonces, ya estaba prácticamente recibido y pasó varios años enseñando allí. En ese período conoció al arquitecto Daniel Etcheverry, quien más adelante jugaría un papel clave en su trayectoria.

La llegada al oeste

- “Él fue quien me convocó en 2015, cuando se iba a abrir la carrera de Arquitectura en la Universidad Nacional de Moreno (UNM), para participar como docente”- cuenta.

Más allá de su amplia experiencia en la docencia universitaria –para ese entonces ya llevaba más de ocho años enseñando en la FADU–, recuerda claramente los nervios que tenía mientras se dirigía hacia el aula en dónde llevaría a cabo su primera clase en Moreno.

- “Era una universidad nueva, una carrera nueva, de primer año, con todo lo que implicaba”-explica.

Además, el cambio de escala era notorio. Mientras que en la FADU un docente es apenas “un pequeño granito en un gran arenero”, en la UNM el contexto era muy distinto. Aquel primer día, se le sumaba una mezcla de alegría y responsabilidad.

-“Era muy significativo poder dar clases en una universidad del Bicentenario que estaba abriendo Arquitectura”.

Ya hacía varios años que trabajaba en el municipio de Moreno, por lo cual no era una zona desconocida para él: tenía un fuerte vínculo con el territorio.

- “Si bien no vivía en Moreno, comprendía la importancia y lo que significaba que la carrera se dictara ahí”.

La posibilidad de ser parte de ese momento lo llenaba de ilusión y compromiso. Sin embargo, los desafíos en la docencia universitaria no tardaron en aparecer. -“Cada grupo es un desafío, cada año es un desafío”- reconoce.

Sin embargo, uno de los retos más grandes en la UNM fue construir un modelo pedagógico propio y no simplemente replicar esquemas de otras instituciones.

- “Trabajamos mucho con todo el equipo, por lo menos en Arquitectura, para no repetir modelos que en otras universidades habían mostrado dificultades”- explica.

Otro desafío fue la cantidad de estudiantes que ingresaron a la carrera, que superó todas las proyecciones. Aunque se esperaba una alta demanda, nadie imaginó esos números. Ingresar al aula y ver a todos esos estudiantes era impactante.

-“Desde el primer año, la relación docente-estudiante siempre terminó siendo más acotada de lo ideal para la pedagogía que tiene la carrera, que se dicta en modalidad taller”- señala. La enseñanza en la carrera de Arquitectura se basa en el aprender-haciendo, una metodología que se asemeja a la forma en que se aprenden los oficios: no solo estudiando, sino trabajando junto a alguien más experimentado. -“El docente termina siendo como un acompañante cognitivo en ese proceso”- explica. Sin embargo, este enfoque requiere una proporción adecuada de docentes por estudiante para ser efectivo.

–“Es algo positivo que haya tantos estudiantes en la universidad, pero la falta de presupuesto dificulta la posibilidad de sumar más docentes”– reconoce. Desde hace 10 años atrás, los recortes en la educación superior han hecho que este desafío sea cada vez mayor.

A pesar de las dificultades, sigue encontrando una gran satisfacción en la enseñanza. –“Lo que más disfruto de la docencia es ver cómo los estudiantes se transforman a lo largo de una cursada”– dice.

Observarlos participar en las clases, verlos trabajar con sus maquetas, planos y poder apreciar en sus expresiones el reconocimiento de su propio crecimiento es lo que lo motiva a seguir. –“Creo que el día que eso deje de emocionarme, me voy a dedicar a otra cosa”– confiesa.

De sus comienzos en la UNM, también recuerda que la institución era muy diferente a la que es hoy en día. Era mucho más chica en todos los sentidos: menos estudiantes, menos docentes, menos edificios construidos. Además, la universidad no tenía el reconocimiento que tiene en la actualidad. Para ese entonces, no muchos sabían de su existencia.

–“Me acuerdo que cuando mencionaba la universidad en los barrios donde trabajaba para el municipio, casi nadie la conocía. Hoy, después de una década, es al revés: casi todo el mundo sabe que está la universidad acá en Moreno y eso me parece impresionante”.

En estos años, también ha cambiado el perfil de los estudiantes. Al principio, el promedio de edad era más alto. –“Había mucha gente que tenía la carrera como un pendiente. No eran recién egresados del secundario, sino personas que habían terminado hace 10, 15, 20 o hasta 40 años”–explica.

Con el tiempo, el perfil se fue acercando al de estudiantes más jóvenes, con trayectorias más alineadas a quienes inician la universidad

inmediatamente después del secundario. Otro factor que ha impactado con el pasar del tiempo es la situación económica de los estudiantes. –“Arquitectura es una carrera más cara en comparación con otras. El motivo es que requiere hacer cosas y eso implica materiales, herramientas y, en algún punto, una computadora que pueda correr programas específicos”– señala.

Si bien desde la universidad intentan minimizar los costos y evitar listas de materiales innecesarias, hay un límite. –“Hoy por hoy, una computadora es una herramienta fundamental para la profesión, y no es la misma que se usaría solo para procesar textos. El contexto económico ha afectado directamente a los estudiantes, no solo en su capacidad de acceder a los materiales, sino en su calidad de vida”.

Julián tiene conocimiento de que la gran mayoría de sus estudiantes tienen que trabajar muchísimas horas para poder sustentarse, porque que la universidad no sea arancelada no significa que estudiar sea gratuito. Conlleva gastos de viáticos, materiales y otros costos que influyen.

A pesar de todas estas dificultades, hay algo que se ha mantenido en el tiempo y tiene que ver con los estudiantes de la Universidad Nacional de Moreno. Y eso es, el compromiso de cada uno con el estudio y su valoración de la institución.

–“Lo que veo de manera sostenida desde 2015 es el reconocimiento de la importancia de que la universidad esté donde está. Muchos saben que, si no estuviera acá en Moreno, no podrían estudiar la carrera. Y eso lo reconocen y lo agradecen diariamente”– concluye. A lo largo de su trayectoria en la UNM, la investigación ha sido un pilar fundamental en su desarrollo profesional y una gran oportunidad para seguir formándose.

Proyectar e investigar

– “He dirigido tres proyectos de investigación y los tres están ligados a la enseñanza de la arquitectura, buscando aportar a su mejora” – destaca.

Su primer proyecto abordó la didáctica proyectual; el segundo amplió el estudio de la enseñanza en modalidad de taller y el tercero, desarrollado entre 2022 y 2024, se enfocó en la evaluación de los aprendizajes en áreas clave de la carrera.

– “Si me preguntan cuál de estos proyectos me hizo sentir más orgulloso diría que los tres, porque forman parte de un camino de muchos años de trabajo y reflexión sobre cómo enseñamos arquitectura” – explica.

La investigación le permitió no solo profundizar en estas cuestiones, sino también vivir el proceso completo: desde definir una temática y desarrollarla hasta difundir los resultados.

– “En otras universidades había participado en proyectos, pero con un rol más puntual. Acá tuve la oportunidad de dirigir, lo que fue una experiencia de mucho aprendizaje. Además, resalta una particularidad de la formación en arquitectura: la falta de capacitación en investigación”.

– “En la carrera de grado no tenemos ninguna materia de metodología de investigación, algo que es una deuda pendiente de las universidades. En otras disciplinas, la tesis obliga a incorporar estas herramientas, pero en arquitectura, al centrarse en un anteproyecto final, no se enseña formalmente a investigar”.

Paradójicamente, el proceso proyectual en sí mismo es una investigación. – “Analizamos problemáticas, usuarios y necesidades para dar una respuesta a un desafío arquitectónico. La metodología es muy similar a la de una investigación académica”.

Más allá de la investigación, su paso por la universidad ha sido una construcción de su conocimiento permanente. Asumió roles que nunca había transitado: desde jefe de trabajos prácticos hasta adjunto a cargo en Taller de Arquitectura II y V y consejero docente. Cada uno de estos desafíos le permitió aprender, entender la universidad desde distintas perspectivas y asumir tareas con responsabilidades específicas.

Pero la UNM representa mucho más que un ámbito laboral para él. –“Es parte de mi vida. Dos veces por semana estoy desde las ocho y media de la mañana hasta las diez de la noche en la universidad, es parte de mi rutina, un espacio donde paso muchas horas y que valoro profundamente”.

Considera que la universidad es una de las instituciones más valiosas para la sociedad, ya que permite el desarrollo de proyectos de vida tanto individuales como colectivos.

–“A los estudiantes siempre les recalco que la universidad les da la posibilidad de formarse, de tener una profesión y construir su futuro, pero también es un proyecto colectivo. Tener arquitectos, médicos, abogados, no es solo un logro personal de quienes estudian esas carreras, sino también un beneficio para la comunidad”.

La universidad como espacio de oportunidades

Desde su perspectiva, la universidad no solo impulsa la movilidad social individual, sino también la de las comunidades. –“No es lo mismo que en un barrio haya un médico, un arquitecto o un abogado que haya nacido y crecido allí, a que el profesional de la salita sea alguien que viene de otra ciudad, de otra realidad. La universidad genera oportunidades y transforma entornos. Por eso, es una de las instituciones más importantes que tenemos y debemos cuidarla”.

En este sentido, destaca el fuerte lazo entre la universidad y la comunidad a partir de su experiencia en los barrios. –“En los últimos

años, lo pude ver claramente a través de los proyectos de extensión. Trabajamos con barrios y poblaciones que, por distintas razones, no tienen acceso a la universidad como estudiantes, ya sea por cuestiones económicas, familiares o de otra índole. Pero cuando acercamos la universidad desde otro lugar, la recepción siempre es de mucho agradecimiento y respeto”.

Se observa una valoración muy positiva de la Universidad Nacional de Moreno. Ese vínculo con la comunidad es sumamente valioso y continúa fortaleciéndose. Si intenta viajar al futuro y piensa en cómo se vería la universidad dentro de unos años, se le vienen dos palabras a la mente: expansión y crecimiento.

– “Me imagino una universidad que crezca exponencialmente, que amplíe su matrícula, sus espacios, sus aulas y sus edificios. Hoy es fundamental que exista, pero todavía tiene una escala que no responde completamente a las necesidades del territorio. Por eso la imagino en constante crecimiento, con más vida, más presencia y más impacto en la comunidad”.

Su experiencia en la universidad no solo le ha permitido desarrollarse profesionalmente, sino también generar una retroalimentación entre lo personal, lo institucional y lo colectivo. –“Para mí, en lo personal, es sumamente gratificante. No solo por lo que pude aportar, sino por todo lo que sigo aprendiendo en este camino”.

Él tiene claro que, como docente, le gustaría ser recordado como alguien comprometido con lo que hace, como un facilitador de que las cosas sucedan. –“Eso referido a los estudiantes, que son quienes pasan más tiempo conmigo, para mí ya es un montón que me recuerden. Significa que algo marqué en su trayectoria educativa”.

Espera que lo recuerden bien, pero si no es el caso, también considera que es importante, porque quiere decir que dejó una huella y que, de alguna manera, ayudó al crecimiento personal de ese estudiante.

- “Lo que realmente me preocuparía sería no ser recordado, porque en general, los profesores que no se recuerdan son los que no lograron impactar en sus estudiantes”- reconoce.

Él prefiere compartir sus experiencias con ellos, más que darles consejos. Por eso insiste en algo cada vez que un estudiante está por recibirse. -“No se desvinculen. La universidad no es solo el lugar donde estudiaron. Es investigación, es extensión, es comunidad. La universidad los necesita y ellos necesitan a la universidad. Lo dice con convicción. Porque no es solo una simple idea: es su propia historia”.



C. Fabián DADDARIO: del Riglos a la UNM

Jefe del Departamento de Servicios Generales y Mantenimiento

Por Sonia S. CAROSELLA



Desde pequeño comenzó a forjar un vínculo especial con el edificio donde actualmente trabaja. Su relación con este sitio se remonta a mucho tiempo atrás, a su infancia, cuando apenas era un niño que corría por esos pasillos, aunque en una institución completamente distinta. Corría el año 1965 cuando su madre, en busca de un espacio donde pudiera quedarse mientras trabajaba, encontró una solución gracias a una vecina. Esta mujer, empleada del Jardín de Infantes que funcionaba en el Instituto Mercedes de Lasala y Riglos, le mencionó que su hijo también asistía allí y que era un buen lugar de jornada completa. Fue así como Fabián terminó pasando dos años de su niñez en ese establecimiento conviviendo con los chicos internados en el hogar. Recuerda que compartían los horarios de comida y las tardes, hasta que, a las 17 horas, los residentes subían al primer piso para bañarse, cenar y dormir, mientras que a los demás les pasaba a buscar una camioneta “estanciera”. Sin embargo, en su memoria infantil, los detalles de aquella etapa se fueron desdibujando con el tiempo.

El Riglos presente y una historia particular

A medida que creció, el edificio quedó relegado a un simple punto en el mapa de su infancia. Volvía de vez en cuando, con amigos, a jugar en sus alrededores, pero sin darle demasiada importancia al lugar en sí. Con el paso de los años, su vida tomó diversos rumbos: cursó sus estudios secundarios, estuvo en Malvinas (aunque no en el frente de batalla), trabajó por su cuenta en el rubro de la construcción y hasta formó parte de la Marina.

Un día, a sus treinta y pico, trabajando en una casa de Moreno, la mujer que lo había contratado se lo quedó mirando fijamente con una mezcla de asombro y duda. El silencio se estiró unos segundos hasta que, finalmente, le dijo: “Vos estuviste en el Jardín de Infantes del Riglos”. Fabián se quedó helado. ¿Cómo podía saberlo? Ella le explicó que había sido empleada allí por años y guardaba fotos de aquellos tiempos. Desapareció unos minutos y volvió con un álbum en las manos. Lo revisó cuidadosamente hasta detenerse en una imagen. Ahí estaba: un Fabián de apenas unos años, sentado en una mesa con otros niños, en ese mismo edificio que ahora recorría cada día como trabajador nodocente. -Las vueltas de la vida hicieron que la parte final de mi etapa laboral transcurriera en el mismo lugar-, cuenta con un brillo en los ojos.

Fue en 2011, luego de trabajar más de diez años en la Municipalidad de Moreno, cuando tuvo la oportunidad de sumarse a la UNM, una institución en pleno crecimiento. El edificio que en su niñez había albergado un hogar de menores y su jardín de infantes, ahora se transformaba en un centro de educación superior. En aquel entonces, la universidad era apenas un cuarto de lo que es hoy, y Fabián, con su experiencia en mantenimiento y obras, encontró su lugar en la construcción y el fortalecimiento de esta nueva etapa. Sin saberlo, había regresado al mismo espacio donde había dado sus primeros pasos en la educación, pero esta vez como una pieza clave en su funcionamiento.

Una caja de herramientas

Entrar a trabajar en la UNM fue un antes y un después en su vida. Luego de transitar por diversas experiencias laborales, algunas de ellas inciertas y con dificultades, encontró en la universidad un espacio de estabilidad y crecimiento. -“Me cambió un montón. Pasé por momentos muy duros en mi vida y hoy siento que esto es una caricia para mí”-, afirma con gratitud.

Su recorrido en esta casa de estudios comenzó desde abajo, con una caja de herramientas y sin oficinas propias. —“Se trabajaba en un lugarcito en Mesa de Entradas”—, recuerda. Hoy, con una infraestructura mucho más desarrollada, tiene un lugar amplio y funcional al que llaman “el pañol”, donde el equipo trabaja desde 2018. Resalta sentir un profundo orgullo por todo lo logrado en estos 15 años de la universidad. Rememora los primeros tiempos, cuando el equipo era pequeño, y evoca las tradicionales choricéadas organizadas por el área de mantenimiento para todo el personal el primer viernes de cada mes. —“Al principio, éramos pocos; éramos como una familia”— dice con una sonrisa.

Fabián no solo se destaca por su trabajo en la institución, sino también por una pasión que lo acompañó durante años: la restauración de autos clásicos. Su gran proyecto fue una camioneta Chevrolet de 1938, una joya del automovilismo que él mismo armó desde cero y que solía verse estacionada en la universidad. —“Me llevó siete años restaurarla”—, cuenta con orgullo, mientras muestra las fotos del proceso. Desde un estado casi irreconocible hasta quedar impecable, la transformación fue completa. Tanto fue el impacto de su trabajo, que llegó a ser entrevistado en el programa de televisión *El Garage*, reconocido por difundir historias de vehículos únicos y restauraciones extraordinarias. Lo más curioso es que, aunque logró devolverle el esplendor a esa Chevrolet, admite que no es experto en mecánica, un detalle clave para poder hacer recorridos largos sin contratiempos. Por eso, finalmente decidió venderla al mecánico que había armado el motor, alguien que se había enamorado del vehículo y podía darle el cuidado técnico que merecía. —“A mí lo que me apasiona es el armado y la restauración con piezas originales”—, explica. Aunque hoy no puede retomar esa afición —demanda mucho tiempo y dinero—, cada vez que ve un coche antiguo, la idea de volver a ponerse manos a la obra le sigue rondando la cabeza. Tal como hace en su día a día en la universidad, con cada rincón que cuida y mantiene, también logró darle nueva vida a un pedazo de historia sobre ruedas.

Desde 2013, su labor ha sido intensa y desafiante como Jefe de Departamento de Servicios Generales y Mantenimiento. Su rol es clave para el funcionamiento diario de la universidad, ya que coordina la seguridad del campus, supervisa el mantenimiento de la infraestructura y gestiona el servicio de limpieza. Aunque el trabajo de su sector es fundamental para garantizar que la vida universitaria transcurra con normalidad y en un entorno adecuado, Fabián señala que la mayoría de las veces pasa desapercibido para la comunidad universitaria. Efectivamente, actividades como la limpieza, el suministro de insumos y el cuidado de los sistemas de climatización son aspectos esenciales que, cuando funcionan correctamente, rara vez se notan. Sin embargo, detrás de esa aparente normalidad hay un trabajo constante y dedicado. Pero también encuentra momentos de reconocimiento. Uno de los que más recuerda fue cuando el equipo trabajó arduamente para habilitar el sector destinado a las nuevas carreras de Diseño, y el vicedecano les expresó un sentido agradecimiento. -Uno no hace las cosas para que se lo agradezcan-, aclara- pero esos gestos siempre reconfortan-. También destaca el reconocimiento recibido por sus compañeros y superiores en momentos clave, como la finalización de obras importantes.

En definitiva, en el día a día, el área de mantenimiento es la que está siempre “apagando incendios”, resolviendo imprevistos para que la universidad funcione con normalidad. Los momentos más demandantes para su área suelen ser aquellos en los que hay eventos importantes o congresos. Preparar y mantener los espacios en condiciones óptimas para recibir a la comunidad académica y a visitantes externos implica un esfuerzo extra, con jornadas intensas y coordinaciones precisas.

La rutina de lo imprevisible

Un día típico en su rutina está lejos de ser predecible. Desde la supervisión de tareas de mantenimiento, la organización del equipo y la atención a situaciones inesperadas, cada jornada trae nuevos desafíos.

Problemas como caños rotos, fallas en sistemas eléctricos o necesidades urgentes de infraestructura son parte del día a día y requieren respuestas rápidas y eficientes.

Desde sus inicios, la universidad no ha dejado de expandir su infraestructura con la construcción de nuevos edificios. Su equipo recibe las obras terminadas y asume la responsabilidad de mantenerlas en condiciones óptimas. —“Todo lo que se va deteriorando, se rompe o necesita arreglos pasa por nosotros”–, explica. Desde problemas eléctricos hasta cuestiones de plomería, cada detalle estructural pasa por sus manos. El trabajo en mantenimiento es constante. Aunque hay momentos de menor actividad por la ausencia de estudiantes, las demandas nunca cesan. —Es parejo todo el año–, dice Fabián, y menciona que incluso en los períodos de receso hay tareas acumuladas que requieren atención.

Daddario también formó parte del Consejo Superior como representante del claustro nodocente durante dos períodos, de 2013 a 2017 y de 2017 a 2021, una experiencia que describe como enriquecedora. Acostumbrado al ritmo del mantenimiento, donde las herramientas y el trabajo en equipo eran su lenguaje cotidiano, aquel mundo de debates y resoluciones le resultaba completamente ajeno. Sin embargo, cuando tuvo la oportunidad de representar al claustro nodocente, decidió aceptar esa responsabilidad.

—“Aprendí mucho de mis compañeros, fue un desafío importante para mí. Me permitió conocer otra parte de la universidad. Ver el intenso trabajo que se realiza en lo académico me dio otra perspectiva para entender la gestión de una manera más integral”–, recuerda. Al principio, le costó “acomodarse” a ese nuevo ámbito. Pero, con el tiempo, comprendió algo fundamental: él también era parte de esa estructura. —“Trabajar con el resto de los consejeros me hizo notar que era un par de ellos”–. Aprendió a escuchar, a observar y, sobre todo, a valorar la importancia del trabajo de cada sector. Descubrió que más allá de su área, donde los problemas se resolvían con inge-

nio y esfuerzo físico, existía otra maquinaria muy compleja, donde las decisiones se tomaban con máxima dedicación y compromiso. Admite que en los comienzos de esta experiencia “lo más difícil fue hablar en la Asamblea”. Nunca había tenido que dirigirse a un público así, y la primera vez que tomó la palabra sintió que el corazón le latía con fuerza. –“Fue terrible para mí”–, confiesa. Pero lo hizo. Y, aunque la experiencia fue desafiante, también fue una de las más valiosas de su vida. Porque entendió que crecer no siempre significa moverse en el mismo terreno, sino atreverse a dar un paso más allá, incluso cuando el camino es desconocido.

La UNM creció exponencialmente desde su ingreso, lo que implicó una mayor complejidad en la organización de su equipo de trabajo, que llegó a contar con más de cincuenta personas. Adaptarse a estos cambios requirió capacidad de gestión y resolución de problemas, desde el mantenimiento de los edificios hasta la coordinación de las obras que se van sumando al campus.

Si tuviera que resumir qué es lo que más le gusta de su trabajo, Fabián lo tiene claro. –En primer lugar, la gente que está al lado mío. Eso es lo primero.

Así, en lo micro, lo que más lo gratifica es el equipo con el que trabaja, la conexión humana que ha logrado construir a lo largo de los años. Y, en lo macro, hay algo que también lo llena de satisfacción. –“Me siento a gusto con la gestión que acompaño”–. Más allá del ámbito institucional, reconoce que lo que ha sido realmente importante son los vínculos que ha ido forjando con el tiempo. –“Somos muy compañeros”–, dice con orgullo. En este sentido, destaca la figura de su jefa, Mariana Díaz, quien está a cargo de la Dirección General de Mantenimiento Edificio y Seguridad. No duda en decir que Mariana ha sido una gran fuente de apoyo. –“Tengo una jefa que me acompaña mucho, me siento muy bien trabajando con ella”.

Ese chico que jugaba en los pasillos...

La universidad se ha convertido en su “lugar de pertenencia” y reconoce cuánto le ha aportado en lo personal. –“Aprendí muchísimo acá”– agrega. También tiene presente cómo el tiempo y la experiencia han dejado huella en él.

–“Creo que, de alguna manera, me cambió el carácter– señala, en referencia a su evolución a lo largo de los años. El aprendizaje no solo se limita al trabajo en sí, sino también a cuestiones más profundas que ha ido incorporando”.

–“El respeto, sobre todo”– destaca, señalándolo como un valor esencial en el ámbito laboral. En su recorrido, pasó de ser un compañero más a asumir un rol de liderazgo, lo que implicó nuevos retos y maneras de desenvolverse. –“Empecé a entender las cosas desde otra perspectiva”– explica. Y aunque no es de los que se atribuyen méritos fácilmente, comenta con modestia:

–“Dicen que soy un buen jefe”–.

El presente también trae desafíos difíciles. Daddario sostiene que el desfinanciamiento que actualmente afecta a las universidades públicas ha impactado directamente en el área de mantenimiento. La falta de recursos suele retrasar las reparaciones y encarece las soluciones. –Antes todo era más ágil, hoy muchas cosas las tenemos que posponer– lamenta.

–Afecta directamente a todo lo que tiene que ver con la infraestructura de la universidad. Lo que antes era una rutina de respuestas rápidas y soluciones inmediatas, hoy se ha convertido en una serie de pruebas a superar. Los recursos no son los mismos y las herramientas y materiales necesarios para atender los problemas de mantenimiento se han vuelto más escasos y costosos. Solo por dar un ejemplo, los aires acondicionados, que son esenciales para la comodidad

de los edificios, también enfrentan el mismo dilema. En uno de los edificios, hay equipos que aún no han podido ser reparados porque “es muy complejo, requiere mucho dinero arreglarlos ya que los repuestos son carísimos”.

–“Hoy muchas cosas las tenemos que posponer por falta de recursos– dice, subrayando la difícil situación por la que atraviesa la universidad”.

A pesar de las dificultades que enfrenta en su rol, Fabián no olvida el camino recorrido. La universidad le dio la oportunidad de comenzar desde abajo, y con el tiempo ha logrado alcanzar su actual cargo, un puesto que lleva con mucha responsabilidad. El cambio que ha experimentado no solo se refleja en la infraestructura que debe gestionar, sino también en su propio crecimiento personal y profesional. Y aunque el desfinanciamiento siga poniendo obstáculos, su ingenio y esfuerzo para encontrar soluciones siguen siendo claves en su labor.



Hoy, al recorrer los pasillos de la UNM, transita por su propia historia. Aquellos muros que lo vieron en su infancia, ahora lo acompañan en su consolidación profesional. A lo largo de los años, la universidad ha crecido y con ella, Fabián. El niño que alguna vez jugó en sus pasillos, hoy es un hombre que maneja la infraestructura de esta misma universidad, enfrentando los retos de un espacio en constante expansión. No solo ha sido testigo del crecimiento físico de la institución, sino también de su propia evolución como trabajador y ser humano. Su vínculo con este espacio permanecerá siempre como testimonio de cómo los lugares pueden transformar a las personas y de cómo, a veces, la vida nos devuelve a nuestras propias huellas.

Natalia DÍAZ: del kiosco familiar a ser ingeniera electrónica

Ingeniera Electrónica de la UNM y docente de esa Carrera

Por Victoria A. AGUIRRE



Los japoneses conservan una técnica milenaria de tejido que se llama *kumihimo*. Esta forma de tejer servía para la elaboración de lazos de distintos tamaños que eran utilizados para sostener katanas, ceñir kimonos, cerrar pergaminos y ornamentar armaduras. La palabra usada para nombrar a los lazos de forma generalizada en japonés se traduce como *musubi*.

Musubi en el sintoísmo, religión originaria del país del sol naciente, es un concepto unido al dios primigenio Kami Musubi y significa el “dios de la fuerza que efectúa la creación”. Para los japoneses, *musubi* simboliza las uniones entre las personas, el producto de las conexiones que formamos. Esos lazos, materiales o simbólicos, son parte del origen de las cosas. Tienen un rol central. Los hilos que se conectan. Las redes que formamos.

Natalia Díaz, Ingeniera en Electrónica de 27 años, conoce de redes. No solo porque se especializó en esta orientación durante su paso por la Universidad Nacional de Moreno (UNM), sino porque su historia depende de estas conexiones. En la ingeniería encuentra ella ese hilo que la une a sí misma. Su pasión.

–“La verdad que la pegué. Ingeniería en Electrónica es lo mío. Si bien no fue siempre mi decisión inicial”– admite Natalia.

Sus palabras fueron calibradas y medidas con precisión. Habla con un ritmo pausado y reflexivo, piensa la lógica de sus frases antes de sacarlas de su boca. Un trabajo fino para contar su historia. Hay un

dejo de su carrera que se mezcla con su oratoria. Un rasgo de cálculo, de optimización y de reserva.

-“No quiero decir nada incorrecto. Por eso me tardo un poco más en las respuestas”.

¿Qué tan largo será el hilo que la une a su pasión? ¿Qué tan enredada está ella?

Una tesis premiada

25 de septiembre de 2023. La empresa argentina de Investigaciones Aplicadas Sociedad del Estado (INVAP) realizaba el primer Concurso Nacional Mejores Tesis de Ingeniería que busca dar valor a proyectos de aplicación en el mundo de la ingeniería. Esta propuesta premia la inventiva de quienes están dando sus primeros pasos en el área. Natalia fue premiada en esta edición.

La carrera de Ingeniería en Electrónica en la UNM exige dentro de su currícula realizar 208 horas de práctica preprofesional. Natalia las realizó en el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI). Ahí se interesó por trabajar con cargadores para autos eléctricos. Esta era una apuesta interesante, que tenía el objetivo final de volver más accesible los cargadores dentro del país. Natalia se postuló con el objetivo de que ese fuera su proyecto final de carrera, a modo de tesis, pero no fue llamada.

No obstante, su conexión con el INTI recién iniciaba. Le ofrecieron una vacante en otro proyecto donde iba a habitar con láseres y mediciones. Un proyecto que era central para el desarrollo industrial del país. La propuesta le llamó la atención en el momento.

¿Qué tienen en común un físico estadounidense nacido en 1852 con una Ingeniera en Electrónica argentina de 27 años? Hay un cordón que los une. Un hilo que se traza siglos atrás. Un proyecto por mejorar. Una idea para elaborar. Y un reconocimiento merecido. A Albert Abraham

Michelson y a Natalia Díaz los une su trabajo sobre una máquina. El interferómetro. Vale la pena detenerse unos instantes en este objeto.

Uno de los grandes hitos de la física del siglo XX fue romper con la hipótesis del éter. Una de las preguntas que se hacían y sobre la cual teorizaron los físicos durante siglos era acerca de la naturaleza de la luz y su comportamiento. El éter había sido propuesto para explicar cómo la misma viajaba a través del espacio. Una materia invisible e infinita. Elástica pero rígida que rodeaba el universo. Se llenó ese vacío teórico con un éter hipotético, sin prueba ni refutación ¿Cómo se podía sostener? ¿Cómo dejar de hacerlo?

El experimento del Interferómetro de Michelson-Morley resultó en la primera prueba concreta que ponía en juego la existencia del éter. El objetivo de este experimento fue medir la velocidad de la luz a través del éter que, según la rotación de la tierra, debía variar. Entonces se ideó este experimento.

Un láser apunta hacia un cristal que lo divide en dos haces de luz. Los mismos chocan contra un espejo y al volver a encontrarse son dirigidos hacia una pantalla. Según la teoría del éter, la luz que se plasmaba en la pantalla debía ser distinta dependiendo el momento y el lugar. Una de las ondas llegaría después y generaría una imagen diferente. Como si uno de los haces de luz fuera a contracorriente, luchando contra el movimiento natural del éter.

Sin embargo, eso no pasó. El interferómetro se probó de mil formas distintas y el resultado siempre era el mismo. La luz se movía a la misma velocidad. Tal éter no podía existir. Este fue uno de los primeros experimentos que logró refutar con pruebas sólidas la hipótesis del éter luminífero. Y es gracias a este avance que luego Albert Einstein pudo proponer su teoría de la relatividad, madre de la física moderna.

Hoy en día, el interferómetro tiene múltiples usos en distintos campos del conocimiento, como en la astronomía, la detección de

ondas gravitacionales y en la metrología. Esta última es una ciencia que se encarga de los sistemas de medición. Con el interferómetro es posible medir de forma precisa una distancia estandarizada. El láser permite a los científicos saber cuándo la distancia es simétrica o no, para luego calibrar y mejorar esa distancia hasta dar con el resultado esperado.

Esta herramienta es clave en la industria para la medición de piezas que deben cumplir con un estándar de calidad. Para ello, en el INTI desarrollan bloques de metro con los cuales, posteriormente, se miden las piezas mecánicas para asegurar la uniformidad. Entre más precisa es la medición, más precisas son las piezas y mejor será el funcionamiento de las máquinas. Este es el trabajo que realizaba Natalia en el INTI.

Su propuesta para el proyecto final de la carrera consistía en la mejora en los sensores que calibran las condiciones ambientales de la cámara donde se utiliza el interferómetro. Esta propuesta le permitiría mejorar y optimizar dichas condiciones al momento de la medición. Una nueva propuesta única en el mundo que acorta los tiempos de uso, la disponibilidad de recursos y la precisión en la metrología del país. –“El premio del INVAP fue bueno. Fue como un punto de comparación”– expresa Natalia. –“De todas las universidades del país, la UNM fue reconocida. El proyecto requería una base importante en física y la universidad me la dio. El INVAP reconoció también a la universidad en este acto. Eso habla del nivel que tenemos...”.

Ajustes en ciencia

Sin embargo, ese lazo con su proyecto, con el INTI, reconocido y premiado, no fue eterno.

31 de diciembre de 2023. El contrato de Natalia con el INTI finaliza y no se lo vuelven a renovar. Su investigación había avanzado un 95%. Se quedó ahí.

-“Pienso que me cortaron a mí porque soy joven, no tengo hijos y me podía reinserir rápido. Quizás no era la misma situación para otras personas”.

La desfinanciación al sector de la educación e investigación fue un quiebre crítico para cientos de personas del país y tiene repercusiones importantes a nivel social. No fue inesperado, el mensaje fue claro y contundente desde la campaña. El Estado no realizará “gastos públicos excesivos”, incluyendo dentro de esos gastos a la ciencia, el desarrollo y la educación. Nos debemos un poco de historia presente para explicar esta situación.

El presupuesto anual debe ser debatido por la legislatura nacional y aprobado por ley. En el año 2024, al no llegar a un acuerdo con la oposición, el gobierno decidió prorrogar el presupuesto anterior. Según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), la inflación acumulada del año 2023 fue de 211,4% (encontrando su pico de 25,5% en el mes de diciembre). El presupuesto para el 2024 iba a pérdida.

-“No estaba participando por la plata, lo cierto es que era más por amor al arte. Lo que recibía de la beca no era mucho, ganaba más en horas de docencia en la Universidad de Palermo, que eran menos que la dedicación al proyecto”.

La situación para el INTI implicó a unos 300 trabajadores y trabajadoras que acogieron el retiro voluntario. A los mismos se sumaron 288 despidos en junio del 2024 que fueron la gota que colmó el vaso para desatar una movilización en contra de las medidas del gobierno. La situación de tensión en las instalaciones obligó al gobierno a volver sobre sus pasos: de los despedidos se reincorporaron 153 trabajadores con la renovación de sus contratos.

-“No sé cuánto tiempo va a durar, la verdad. Un país sin ciencia y tecnología o sin inversión en el desarrollo científico-tecnológico

está medio en la lona, porque te quedas atrás esos años y se ralentiza el avance del país”- reflexiona Natalia. —“Creo que el país perdió a alguien valioso. Yo tenía muchas posibilidades de hacer un buen recorrido en lo que es investigación y decidieron no continuarlo. Yo tenía ganas de seguir y, pero bueno nada, si me sacan del lugar donde estoy, ya está... no puedo seguir”.

Con recursos limitados, vinculados a la misma política económica que pesa sobre instituciones como el INTI, las universidades en general —así como la que es motivo de este libro— han buscado sostener los proyectos y expectativas de las personas que pertenecen a su comunidad. Son políticas concretas que se ponen en juego. Elección de prioridades y objetivos que se revalorizan.

El rol de la ciencia en la UNM

Las acciones de la comunidad de la UNM para apoyar carreras científicas pueden ser resumidas en dos. La primera puede pensarse como interna, que pone el eje en las producciones de estudiantes, graduados y docentes dentro de la universidad. En este eje es importante destacar el rol que tiene la investigación dentro de esta institución. El mismo queda evidenciado en documentación clave como el Proyecto Institucional de la Universidad 2011-2015, el Plan Estratégico Plurianual del año 2016, los Lineamientos Prioritarios de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico 2016-2021 y 2022-2027 y en el Plan Estratégico Plurianual 2022-2027.

Según este último, “en sus documentos fundacionales la UNM se propuso generar y sistematizar conocimientos mediante modalidades de investigación básica, aplicada, de desarrollo experimental y aplicación tecnológica, otorgando prioridad al abordaje de cuestiones que favorezcan el desarrollo científico, tecnológico y cultural”. En las auditorías internas queda en evidencia la movilización de recursos, tanto económicos como humanos, que dedica la Universidad a sostener estos objetivos.

Los proyectos PICyDT están destinados a promover la formación de docentes y estudiantes que se inicien y/o perfeccionen en la investigación y desarrollo científico y tecnológico. Para su aprobación se evalúan en una instancia interna de evaluación ante el Comité Científico Asesor de la UNM y una externa llevada a cabo por un Comité Evaluador Externo conformado por correspondencia disciplinar y jerarquía en el Banco Nacional de Evaluadores de la Subsecretaría de Políticas Universitarias.

Según el Informe de Auditoría 08-2024 sobre el área de Proyectos de Investigación en el año 2023, se contó con un presupuesto total de \$7.547.625 para los 44 proyectos vigentes. En un análisis pormenorizado del mismo, el 40,9% de los proyectos pertenecen al Departamento de Ciencias Aplicadas y Tecnología, detentando un 62,6% del presupuesto total (\$4.724.250).

El segundo circuito de acciones para apoyar carreras científicas puede ser identificado como externo y tiene que ver con el fortalecimiento de las redes que forman a la comunidad educativa y científica de esta institución: la difusión de concursos, becas, congresos, etc. Las mismas se realizan mediante boletines oficiales, así como en el boca en boca o, como algunos lo llaman, radio pasillo.

–“La universidad siempre me propuso hacer cosas así de becas y estudio. Me ofrecieron muchas cosas, muchas oportunidades. La primera fue cuando recibí el premio de INVAP”–, recuerda Natalia.

–“ Lo que me habían propuesto ni bien gané el premio fue como alguna beca o algo así. Me dijeron que hasta podría postularse para el exterior en ese momento. Yo no sabía, porque para meterte en un doctorado tenés que estar muy seguro. Hacía menos de un año me había recibido. Yo decía “no estoy lista para volver a estudiar cinco años más”. En septiembre del 2024 me postulé para la beca doctoral CONICET con un proyecto que combina el uso de la Inteligencia Artificial en los circuitos ferroviarios, pero no fui aceptada. El

modelo de CONICET suele ser muy generalista, se basa en puntos, no suele detenerse en los casos puntuales”.

La herencia familiar: la apuesta por el trabajo

¿Quién es testigo del caso de Natalia? ¿Dónde inicia el hilo que la une a ella con la Ingeniería Electrónica, con la pasión de quien moriría haciendo eso? Su infancia la vivió en Moreno. A sus 4 años la dejaban ayudar en el kiosko de su familia. Pesaba cosas, sumaba las cuentas de los clientes. Apenas llegaba al mostrador de puntitas de pie y hacía sumas le podrían resultar difíciles a más de un adulto. Mientras, cuando tenía la oportunidad de que nadie la viera, asomaba la cabeza adentro de la caja de herramientas de su papá y buscaba cómo unir todo eso en un nuevo invento.

Quizás algo de genética había. Quizás lo podemos interpretar como impacto ambiental.

–“Mi papá es muy práctico y le gusta trabajar con los fierros. Él estudió Electricidad en un terciario y trabaja de eso”– sin terminar el secundario aclararía luego. –“Pero ahora hace riles con un torno. Le gusta hacer ese trabajo de reformas y restauraciones. Y mi mamá terminó su secundario cuando yo estaba en mi primer año de la carrera. Ahora está cursando la carrera de Biotecnología en la universidad. No me quiero equivocar en su edad, porque me mata. Tiene 47 años”– dice. La piensa con cariño. Hay algo del gen que la acompaña.

Su abuela materna no se reconocía con la misma suerte que su nieta. Esta historia la encontramos muchas veces repetida entre estudiantes de las universidades del conurbano. Son pocos los casos de largos linajes de académicos. Los abuelos de Natalia emigraron a Buenos Aires desde distintos puntos del país. Todos ellos persiguiendo una esperanza, un mejor porvenir, nuevas oportunidades.

-“Gente trabajadora, muy humilde. Mi abuela me decía ‘yo no tuve la chance de estudiar como vos’. Y yo le dije que este logro era de ella también. El hecho que yo esté parada acá... Y le pasa a la mayoría de nuestros compañeros”.

La experiencia empírica se sostiene en los datos. Según relevamientos estadísticos realizados por la universidad, los linajes académicos representan la minoría dentro de la población. Los estudiantes de Moreno tienen, con mayor frecuencia, madres que llegan a obtener únicamente el secundario completo, un 21,3% de las veces. Es más frecuente encontrarse con padres que solo completaron el nivel primario en un 19,7% de los casos.

Otro dato interesante para relevar son las ocupaciones que cumplen las madres y padres de los graduados de la UNM. La mayoría de los graduados declararon que la ocupación de sus padres era la de empleados u obreros el 25,9% de las veces y jubilados y pensionados el 16,1%. En el caso de sus madres, se dividieron entre jubiladas y pensionadas en un 36,7%, profesionales un 13,9%, empleadas u obreras un 11,4% y personal de servicio doméstico el 10,6% de las veces.

La universidad pública representa un importante ente de promoción de la movilidad social ascendente y del acceso equitativo a nuevas oportunidades educativas. Encontramos que tanto estudiantes como egresados trabajan más de 20 horas semanales. En los casos de egresados, casi la mitad de los encuestados realizan jornadas laborales de entre 35 y 40 horas semanales. Y ese número tiende a aumentar. En 2021 era el 45,5% de los encuestados, mientras que en 2022 representan el 47,6%.

La comunidad de estudiantes y graduados, quienes transitan la universidad, está unida por esas similitudes que describe Natalia. Los hilos que marcan la pertenencia

-“Si tuvieras que describir la universidad a una persona que jamás la pisó, ¿qué le dirías?”

-“No conozco otras universidades como para hablar en particular qué tiene de distinto. Por eso por ahí lo abro en general”- aclara Natalia, que deja que su ingeniería construya la coherencia de su discurso. -“La universidad es un lugar donde se propicia que vos puedas encontrar gente que está en la misma sintonía. Que busca cosas similares”.

Según los datos de 2024, de los ingresantes de la UNM, 7 de cada 100 se anotan en la carrera de Ingeniería Electrónica.

-“Por ahí exagero diciendo que somos 1 entre 10. Somos pocos en Ingeniería. Podemos ser bastante al ingresar, pero la carrera es un embudo. Tus compañeros son personas con las que podés llegar a tener una charla técnica de esas cosas. Compartimos una pasión por la ingeniería o la electrónica. La universidad es ese lugar en común donde se reúnen esas personas o son autoconvocadas para poder profundizar en ese deseo que uno tiene desde chicos”.

En su adolescencia Natalia representaba más que 1 entre 10. Asistió a un colegio de arte cerca de su casa donde se destacaba por su manejo de la matemática.

-“Mi profesora pensaba que había repetido de año porque entendía demasiado bien los conceptos de la materia”- y, en su desconocimiento, la Natalia adolescente pensaba que su camino era seguir sus pasos.

-“Charlando con ella, me pregunta qué quería seguir estudiando y le digo que pensaba hacer el profesorado de matemática”- rememoraba Natalia. Pero su profesora de matemáticas vio algo más -“¿Por qué no probas con ingeniería?”, dijo, y me lancé a investigar”.

En el país se dictan aproximadamente 32 carreras distintas de Ingeniería. Una oferta académica completa de 452 cursos que se desarrollan en distintos puntos del territorio. Hasta último momento Natalia estaba decidida que su camino era la Ingeniería Industrial en la Universidad Nacional de Luján.

–“No había considerado la UNM. En ese momento la información en Google, en general, no era tanta como hoy en día. Si a eso le sumás que era una universidad muy nueva, yo no lo había considerado. Una amiga me insistió en ir a conocerla. Me pidió que la acompañe a la Expo Carreras y de tanto insistir, cedí”.

No buscaba otras opciones, ya tenía asumido que su camino iba a ser la ingeniería. Pero cuál Ingeniería y en dónde la cursaría eran las preguntas que tenía.

–“Terminé eligiendo venir a Moreno después de esa charla. La vi como una opción posible. Las materias de Ingeniería en sus primeros años son muy parecidas y pensé en probar”- y finalmente se quedó. –“Yo creo que la universidad está para eso. Para acercar la posibilidad a los que tienen la capacidad de poder hacer algo más, ¿viste? No quedarte estancado porque no pudiste ir a la universidad, quedarte con el sueño frustrado y terminar haciendo cualquier cosa. O sea, cualquier cosa dentro de las posibilidades. Yo hubiese sido profesora y sí, hubiese estado contenta, igual hubiese tenido un trabajo de algo, ¿no? Pero no hubiese llegado a esto en este poco tiempo. Sí capaz hubiese profundizado más la docencia en otro sentido, pero no hubiese ido por la Electrónica, que entiendo que para el país también es más rico tener alguien que tenga nivel técnico así de profundo”.

¿Qué clase de ingenieras e ingenieros necesita el país?

Actualmente Natalia forma parte de los graduados con becas docentes y dicta clases en la materia de Informática I para los que ingresan en la carrera de Ingeniería en Electrónica. Su trabajo la lleva a

reflexionar qué puede darles a las próximas generaciones de ingenieros morenenses tanto como graduada como docente. ¿Qué necesita desarrollar el país? ¿Qué se debería mejorar de la educación actual? ¿Qué puede hacer ella para lograrlo?

Un ingeniero se encuentra activamente en el hacer. Un hacer que involucra a la industria y al desarrollo del país. Que lo obliga a pensar en el otro, en el usuario. Un hacer dinámico, atravesado por el avance de la tecnología. Que lo motiva a adelantarse al próximo paso siempre. Un hacer que atraviesa muchas acciones que realizamos día a día de forma invisible, humilde, sin llamar la atención. Un hacer que resuelve problemas e intenta hacerle la vida fácil al resto de los mortales.

–“ Ahora se hizo, casi desde cero, una reforma en el plan de estudios. Ya se envió a la CONEAU. Y es un plan de estudios donde los graduados aportamos muchísimo y se nos dio mucha mucha importancia a nuestra opinión. Así que está más orientado a lo práctico, a las nuevas herramientas, tratando de tener una visión más a futuro. Entonces, es bastante práctico”– comenta Natalia. –“Como estoy en informática, yo hice las que estaban relacionadas con informática y software por el trabajo que hice en el INTI también. Escribí unas cuantas materias y en todas incluí como una herramienta necesaria el uso de la inteligencia artificial porque yo creo que hoy en día es la nueva herramienta para desarrollar software”.

Un tiempo atrás el miedo a las potencialidades de la inteligencia artificial estaba latente en cada debate ¿Cómo podríamos ganarle a una máquina que procesa millones de datos en instantes? Más eficientes y menos costosas que pagarle por hora a una persona. Incluso, en el desconocimiento, se pensaba en desempleo masivo y profesiones que desaparecerían. Y si bien estamos en un momento bisagra del desarrollo tecnológico, esta resistencia a la incorporación de un nuevo artefacto no es algo que ocurre por primera vez en nuestra historia.

-“A la inteligencia artificial, como no va a desaparecer, hay que incorporarla. Los profesores la tienen que incorporar como una nueva variable para evaluar y para eso tiene que ser una herramienta de trabajo. Que se trabaje en conjunto con la inteligencia artificial. El trabajo que hacés debería ser más de entender el problema. La programación tiene una parte que es analizar y entender el problema y otra que es la parte práctica, pero es algo repetitivo a veces. No hay que pensar mucho, lo que vos tenés que saber es que tienen que ir primero y después la lógica de cómo lo armás y ahí es donde está lo importante, lo clave”.



Natalia busca dedicarse a esta temática y cursará un posgrado de especialización en inteligencia artificial. Inclusive, a pesar del rechazo inicial que recibió a su postulación por la beca doctoral CONICET, dentro de sus proyecciones a futuro busca realizar un doctorado en el uso de la inteligencia artificial aplicado a la mejora de los enclavamientos ferroviarios. Y, todavía más, Natalia se ve como profesora.

-“Me veo como esos profesores que uno tanto adora, que pasan hasta sus últimos días en la universidad. Yo me veo siendo una de ellas. Pero quiero tener el conocimiento de la experiencia para poder transmitir algo más que no sea solo la teoría, lo que dice un libro. Entonces quiero estar siempre conectada con la universidad para que me tengan en cuenta y porque quiero participar de lo que a mí me dio: la posibilidad de profundizar mis deseos”.

Ecila ECHENIQUE: dedicación y paciencia ante los estudiantes

Exjefa del Departamento de Alumnos

Por Mathias F. SCHÄFER



Fue en los primeros días de febrero de 2011 cuando el partido de Moreno, conmovido y lleno de alegría inédita, conoció por primera vez el rumor de pasos universitarios en sus calles y avenidas que, poco a poco, comenzarían a transformar su pulso cotidiano.

En el corazón de la ciudad, allí donde miles de almas inquietas se congregaban para reescribir su historia, una universidad abría sus puertas y, con ella, una promesa se hacía realidad. Los pasillos recién nacidos no tardaron en abarrotarse de una energía nueva y antigua a la vez. Aulas, oficinas, patios: todo fue colmado por aquella primera camada de estudiantes, docentes y trabajadores nodocentes, protagonistas de una escena inaugural que excedía las dimensiones del apenas flamante calendario académico y que lograba inscribirse, con delicadeza y fuerza, en la historia del conurbano bonaerense.

Porque en aquel entonces, sin saberlo del todo —o sabiéndolo en el corazón—, todos ellos estaban siendo parte de algo grande.

Ecila Echenique fue testigo —y acaso partícipe temprana y silenciosa— de aquella gesta incipiente que, en un principio, se insinuaba tímidamente en los márgenes del Área Metropolitana. Mucho antes de que la idea se corporizara en aulas, rectorados y planes de estudio, cuando aún era tan solo un anhelo remoto, apenas susurrado a veinticuatro kilómetros del acceso más próximo a la Ciudad de Buenos Aires. Mucho antes del nombre, antes del edificio, antes de todo, ella estaba allí. Y puede dar fe, en primera persona, de aquella génesis intangible que más tarde devendría en la Universidad Nacional de Moreno.

—“Siempre me dicen que cuando construyeron el edificio yo ya estaba ahí, me cargan con eso”.

Una historia rioplatense

Pero nada más lejos de la realidad que imaginar que la historia de Ecila comenzaba en los límites del amplio predio de veintitrés hectáreas que hoy ocupa la UNM. Su origen, más bien, se remonta a la otra orilla del Río de la Plata, a aquella ciudad bahía donde se alzan casas coloniales, lugares emblemáticos y voces antiguas: Montevideo. Fue allí, un 4 de febrero de 1959, donde comenzó a latir la vida de Ecila.

Hija única de unos padres “maravillosos”—su mamá brasileira, su papá uruguayo—, creció rodeada de colores y líneas, entre dibujos y pinturas que ya entonces revelaban una sensibilidad singular. Tuvo una infancia muy linda, hecha de pequeñas pinceladas y armonías que la hacían deleitarse de cada momento. Sus días transcurrían entre la escuela primaria República Argentina —*O destino já estava traçado*¹—, en pleno centro montevidеоano y una rutina trazada de caminatas por la Rambla que le quedaba a unas pocas cuadras de casa. Iba a pie o en bicicleta, sola o con amigas —con quienes aún hoy mantiene una amistad intacta—. Tomaban mate, nadaban en el mar y caminaban por la playa, entre charlas y risas de verano. Ese rincón del mundo —con su horizonte recto, su cielo abierto, su aire salino y ancho—, era, sin dudas, el que más disfrutaba.

Cada tanto, las vacaciones traían consigo un viaje a Brasil, donde visitaban a la familia materna. Allí, entre voces cálidas, paisajes hermosos y tardes largas, el portugués se volvía canto y raíz. Para Ecila, todo allí parecía un poco más vivo: los colores más intensos, el aire más tibio, las risas más largas. Le gustaba ver cómo su mamá se reencontraba con su familia, cómo cambiaba el ritmo de su hablar, cómo se le llenaban los ojos de otra luz. “*A gente nunca esquece de onde vem*”², pensaba ella, sin saber que esa lengua quedaría para siempre entre sus

1 El destino ya estaba marcado.

2 La gente nunca olvida de donde viene.

refugios más íntimos —una herencia de su madre, lo aprendido con afecto—, como uno de esos paisajes que nunca se olvidan del todo, aunque pasen los años.

No hubo una despedida dramática ni promesas solemnes. Fue más bien un movimiento silencioso, decidido desde la lógica simple de quienes buscan mejorar su vida: su papá y su tío pensaron que tal vez Argentina ofrecería otro horizonte de oportunidades distinto al que ofrecía la ciudad uruguaya. Viajaron primero ellos y tantearon terreno. Y enseguida, como si el país vecino los estuviera esperando, consiguieron trabajo. Fue entonces cuando la decisión se volvió inevitable: el resto de la familia hizo las valijas y, en diciembre de 1977, partieron a Buenos Aires.

Vivir en la ciudad de la furia

Con el secundario completo, un grupo de amigas entrañables y una vida armada entre la ciudad y la Rambla, el cambio de país significó para Ecila una especie de pequeña aventura de película: cruzar el río era casi como cambiar de idioma sin perder del todo la lengua materna. Jamás se hubiera imaginado que, a sus dieciocho años, esa mudanza marcaría el inicio de un camino mucho más profundo de lo que a esas alturas podía entrever. Un nuevo país, sí, pero no del todo ajeno.

Ya en suelo argentino, al tiempo en que su papá conseguía un nuevo trabajo y comenzaba a tejer, con esfuerzo silencioso, la trama de su nueva vida, Ecila se adaptaba con una entera naturalidad al pulso incesante de Buenos Aires. El ritmo porteño —una prosa acelerada de voces urgentes, esquinas agitadas, conversaciones veloces y silencios raramente duraderos—, no tardó en volverse familiar. Y entonces, sin darse cuenta, todo comenzó a fluir. “*Vai dar certo...*”³, pensó Ecila alguna vez, como quien lanza una semilla al viento.

³ Todo saldrá bien.

Se inscribió en varios cursos de formación terciaria: secretariado, comercialización, oficios que abrían puertas prácticas. Pero todavía conservaba una pasión heredada de su anterior hogar: el arte de aprender idiomas. Desde que hizo el secundario en una escuela italiana de Montevideo, había descubierto esa facilidad –casi una vocación secreta– para aprender lenguas extranjeras. Y en aquellos años tempranos en Argentina, ya se animaba con un “chiquito” de italiano y francés, tanteando frases como quien explora un lenguaje antiguo que le resulta familiar, como si cada palabra nueva despertara una memoria dormida.

Lo que entonces ignoraba –como suele ocurrir con esos giros inesperados de la *dolce vita*⁴– era que, más adelante, formaría parte de ese grupo fundacional, casi mítico, que haría posible el sueño de que en Moreno se pudiera acceder finalmente a la educación superior, un deseo postergado, ahora convertido en una realidad concreta, accesible, transformadora. Lo que en su mente fluía con facilidad –*parole, mots, voci leggere come il vento*⁵–, no se comparaba con el desafío y la magnitud de lo que estaba por venir. Porque si algo había aprendido, sin saberlo del todo, es que *l'essentiel est invisible pour les yeux*⁶: y lo esencial, en su caso, no se hallaba en las tareas administrativas ni en las fórmulas de mercado, sino en el lugar al que esos saberes terminarían por llevarla.

Ecila no podía imaginar que recibiría a miles de personas de distintas edades, acentos, geografía, cruzando por primera vez la puerta de esa sencilla oficinita, ansiosos y temerosos por sumarse a la travesía del nivel universitario; que sería ella quien tomaría sus datos, con la paciencia y el cuidado de quien sabe que cada nombre guarda una historia, y los ingresaría en un sistema aún incipiente, casi artesanal, pero lleno de propósito; que vería de cerca los rostros –*alcuni timidi, d'autres rayonnants*⁷– de quienes llegaban con el deseo a flor de piel,

4 Dulce vida.

5 Palabras, frases, voces ligeras como el viento.

6 Lo esencial es invisible a los ojos.

7 Algunos tímidos, otros radiantes.

con la esperanza entre papales, con esa inquietud luminosa de quien está por dar un paso único e irrepetible.

En un modesto departamento en medio del bullicioso barrio de Once, su papá, *o guardião das chaves*⁸, conocía cada cerradura del edificio como si fuera un secreto compartido y velaba por las entradas y salidas de los visitantes fugaces, Ecila vivía rodeada del sonido de colectivos obstinados que se fundía con el de persianas metálicas que subían y bajaban con el tempo del sol. Desde allí, no podía saber que, 33 años más tarde, una libretita de tapas modestas y birome gastada la acompañarían cada noche desde su mesita de luz, como dos centinelas silenciosos. Ella no sabía —no tenía por qué saberlo— que, entre tantas rutinas, responsabilidades y decisiones, habría objetos tan pequeños y triviales capaces de sostener el hilo de lo importante. “*Para não esquecer nada*”⁹, se diría ella misma en voz baja, antes de apagar la luz, como si escribir fuera también una forma de no soltar lo esencial.

Mientras aquellos trascendentales eventos aún se perfilaban en el horizonte —lejanos, casi improbables—, Ecila pasaba sus días en una empresa multinacional, dedicada al área de publicidad y marketing.

—“De jovencita se estudiaba eso”.

Allí, entre campañas, presentaciones y reuniones, el tiempo parecía deslizarse con la eficacia medida del mundo corporativo: todo debía ser veloz, preciso, vendible. “*Il faut bien vivre...*”¹⁰, se decía Ecila a veces, como quien repite una frase heredada, resignada pero necesario, mientras en algún rincón muy dentro suyo se agitaban otras preguntas, aún sin forma, como si algo más esperara ser dicho, vivido o descubierto.

8 El guardián de las llaves.

9 Para no olvidar nada.

10 Hay que ganarse la vida.

Al poco tiempo, y sin buscarlo del todo, Ecila conoció a Marcelo Speranza con quien comenzaría a trazar la primera línea de una historia compartida. Luego de un año y medio de novios, se casaron un 13 de febrero de 1982 y decidieron caminar juntos, quizás no con un mapa exacto del futuro, pero sí con la certeza silenciosa de que algo grande la estaba esperando mucho más allá. Esa corazonada, más que alejarla del mundo profesional que había empezado a construir, en verdad la acercaba, paso a paso, a ese otro mundo que más tarde cobraría sentido: la universidad, la educación, el barrio, los nombres de cientos de personas que todavía no conocía, pero que algún día la reconocerían por su forma de acompañar.

El traslado a Moreno

Juntos comenzaron a imaginar la posibilidad de una casa propia. Ese deseo, más íntimo que material, los condujo sin escalas al emergente barrio de Villa Zapiola, en Moreno, donde –sin conocer calles ni vecinos, pero con la ilusión intacta– se entregaron a la idea de forjar un nuevo proyecto de vida. Vieron un terreno, apenas delimitado, con yuyos altos y promesas al fondo, y les gustó. Empezaron a construir desde cero, de a poco, y cuando lograron reunir lo mínimo indispensable, se mudaron en 1990. Con los años, aquel espacio inicial fue creciendo al compás de la familia: primero, para criar a sus tres hijos –Ignacio, Agustín y Luciana–, y luego para abrazar a los abuelos cuando se jubilaron y vinieron a vivir con ellos. Terminó siendo una casa grande, cálida y luminosa, con historias en cada rincón: *casa cheia, coração quente*¹¹. Al final, sin saberlo, había levantado un hogar donde todo encontraba su lugar, incluso lo inesperado.

En otro rincón de Moreno, mientras la casa de Ecila comenzaba a asentarse en esas nuevas tierras y se escribía un nuevo capítulo en su vida, casi al mismo tiempo, comenzaban a delinearse los primeros esbozos de una universidad que, sin saberlo, un día también la incluiría. Todavía no lo sabían –ni ella, ni quienes por entonces empezaban a imaginar ese sueño colectivo–, pero sus caminos ya estaban, lenta-

11 Casa llena, corazón caliente.

mente, casi en un susurro, acercándose. *Il destino, a volte, sussurra prima di gridare*¹². Como si algo —el tiempo, la vocación, o quizás el azar— estuviera trazando con mano invisible una unión futura entre la vida de Ecila y ese proyecto que aún era solo promesa.

Las prioridades, de momento, eran otras. Cambiaban con naturalidad, como cambian las estaciones, las personas. Ecila decidió dejar su trabajo en Capital para dedicarse de lleno a la crianza de sus hijos. En 1991, con Marcelo abrieron un pequeño supermercado en el barrio, que les permitía organizarse entre turnos, llevar a los chicos a la escuela, estar presentes para ellos y, de a ratos, colaborar con el negocio. Hasta que la más chica cumplió los doce, su tiempo transcurrió mayormente entre compras, cuentas, meriendas y tareas escolares. “*Era una altra manera de treballar, una altra manera d’estimar*”¹³, comprendería Ecila más adelante: era otra forma de trabajar, sí, pero también otra forma de amar.

—Renuncié un poco a trabajar en otra cosa hasta que ellos fueron un poquito más grandes, y recién ahí me pude dedicar más de lleno a lo laboral de nuevo.

En ese volver paulatino al mundo laboral, la primera parada de ese viaje sin mapas que la acercaba cada vez más, sin proponérselo, a ese grupo de los inicios, fue el Registro Civil de Paso del Rey. No fue casual: algo en ella —esa disposición al vínculo, ese oído atento, ese modo suyo de mirar sin apuro— parecía estar hecho para ese lugar.

Allí, entre partidas de nacimientos, libros manuscritos y trámites que muchas veces escondían historias complejas, Ecila se encargaba de confeccionar partidas y registrar vidas nuevas en los libros. Pero, más allá del trámite, lo que más la conmovía era el encuentro: descubrió un modo de estar con otros. A diario, escuchaba relatos que revelaban ausencias, vulnerabilidades y necesidades urgentes. Personas adultas que nunca habían tenido DNI, que llegaban sin saber bien qué pape-

12 El destino, a veces, susurra antes de gritar.

13 Era otra forma de trabajar, otra forma de amar.

les llevar, con vivencias difíciles auestas, pero con la única esperanza de ser reconocidos. Niños nacidos en casa, sin certificado, que debían ser escolarizados y cuyo ingreso al sistema dependía de la palabra de un testigo. Mujeres que llegaban solas, embarazadas, a completar trámites postergados durante décadas... Situaciones impensadas para muchos, pero que ella escuchaba con paciencia.

Algunos casos aún la visitan en la memoria: una mujer de treinta y pico que iba por su tercer hijo y nunca había tenido documento porque sus padres nunca se lo habían hecho y, por cuestiones de la vida, no estaban presentes.

—“Justo en ese momento, había una Ley que hacía que en el Registro Civil se hiciera las veces medio de juzgado y se les tomara declaración a los testigos. Fue todo un tema ese expediente, pero se logró concretar y llegar al fin deseado que era que tuviera su DNI y los mismos derechos que cualquier otra persona, que cualquier otro ciudadano”.

Es al día de hoy que Ecila todavía se cruza con ella.

—“En el barrio me ve y me saluda, y me cuenta cosas de su vida”.

Ecila no solo tomaba datos: acompañaba, explicaba, traducía el lenguaje administrativo al de lo cotidiano. Y aprendió —sin saber aún para qué— que un gesto paciente puede cambiarlo todo. *Avec douceur, tout passe mieux*¹⁴.

—“La gente es muy agradecida del acompañamiento que uno le pueda dar. Porque a todos nos pasa que cuando vamos a hacer algún trámite, tenés dudas y miedos de cómo hacerlo. Y si hay alguien que te da una manito y te explica con un poquito de empatía, todo es más fácil”.

14 Con gentileza, todo fluye mejor.

A simple vista, aquel empleo no parecía más que una tarea administrativa, otra casilla en el itinerario laboral. Pero en el fondo era, en verdad, el inicio de otra cosa, de algo grande. Como si estuviera preparándose —una vez más— para lo que vendría después. Sin haberlo planeado, fue desarrollando una forma de estar en el mundo: una empatía pura y sencilla, que no nacía de teorías sino del roce cotidiano con quienes más necesitaban una manito. No lo pensó así en aquel momento, pero con los años lo entendió: eso era lo que marcaba una diferencia, en ella y en las personas que poco a poco fue instruyendo en el trabajo.

—“El Departamento de Alumnos de la UNM marcó una diferencia en ese sentido: siempre tratando de ser empáticos y de que nadie sienta que se le cierran las puertas por no entender algo de entrada, o por pensar que le sea difícil. Porque todos están en condiciones, con un poquito de ayuda, de alcanzar aquellas metas que tienen pensadas”.

En esa oficina que guarda el rumor antiguo del ala B del Edificio Histórico, esa capacidad de acompañar con claridad, con paciencia y cercanía, de siempre dar un poquito más, se volvió parte de una manera de hacer las cosas. Como si dijera: acá nadie queda afuera por no saber; *tots hi podem arribar*¹⁵, si hay alguien que ayude a traducir el camino.

Pero antes de todo eso —de esa oficina, su escritorio de siempre, sus compañeros, los mates, las risas y las voces de jóvenes preguntando cómo inscribirse—, el teléfono había sonado. Era un llamado tenue, casi casual, como los que cambian la vida sin anunciarse. Una conversación, un contacto, un gesto sutil del porvenir. Y Ecila, que no lo esperaba —no tenía por qué esperarlo— contestó.

15 Todos podemos alcanzarlo.

Un giro en su vida

Era el Centro Universitario Moreno, un proyecto que venía gestándose desde hacía años y que, por fin, empezaba a tomar forma. Un espacio que andaba en busca de manos audaces y corazones comprometidos, capaces de acompañarlo a crecer. Le hablaron de un grupo de personas impulsado por la Municipalidad de Moreno y de una asociación decidida a acercar la educación superior a quienes siempre la habían tenido lejos, para que los jóvenes del Partido pudieran estudiar sin tener que viajar horas, sin tener que irse.

El edificio ungido para albergar aquellas primeras actividades —realizadas en el marco de convenios con las Universidades Nacionales de Luján y General Sarmiento y otras que se sumarían luego— fue el emblemático ex Instituto Mercedes de Lasala y Riglos, un lugar lleno de historia y con promesas por cumplir. Allí, en 2004, comenzó a funcionar oficialmente el CENUM en un predio remodelado, sembrando esperanzas y sentando las bases de la futura Universidad Nacional de Moreno.

“Será que posso mesmo?”¹⁶, se preguntó Ecila en voz baja con el teléfono todavía pegado a su mejilla. Algo en esa idea la conmovía —aunque no pudiera explicarlo del todo—, le encantaba, le parecía interesante, pero no podía evitar preguntarse si estaría a la altura. Ecila se acercó, con ese entusiasmo que no se disimula, y presentó su currículum que hablaba menos de títulos que de trayectorias vividas. Su perfil gustó, la convocaron a una entrevista y así, sin planearlo, ya era parte de ese puñado de personas que estaban dándole forma al comienzo de algo mucho más grande, de este grupo inicial, pequeño pero convencido, que empezaba a hacer realidad lo que aún era apenas un boceto.

Empezó como administrativa en uno de los turnos —ella estaba abierta a cualquier posibilidad—, y luego, su manera de involucrarse, de hacer equipo, de cuidar los detalles, la llevó a comenzar a coordinar el equipo. Todo fue creciendo de a poco, como crecen las cosas cuando encuentran tierra fértil y las riegan con paciencia.

16 ¿Será que puedo realmente?

Después de seis años de trabajo en el CENUM, donde había aprendido a leer los tiempos del territorio y los gestos de quienes llegaban con sueños envueltos en dudas, el teléfono volvió a sonar. Esta vez, se trataba de Hugo Andrade, el Rector Organizador de los orígenes de la UNM. Al parecer, el currículum de Ecila había llegado a sus manos y quería entrevistarla: a ella, que no tenía títulos rimbombantes, pero sí la experiencia concreta de haber trabajado en el territorio morenense de los comienzos, entre trámites, cuadernos, urgencias y, sobre todo, personas.

—“Conocía cómo era la gente apenas se acercaba, con qué expectativas, con qué vivencias. Todo eso ya lo traía conmigo, era un valor agregado que yo podía aportar”.

Ya era un hecho: el proyecto universitario estaba, ahora sí, a la vuelta de la esquina. Y frente a ella se abría una oportunidad única: ser parte del grupo de trabajo de los inicios, donde todo estaba por hacerse, donde había que inventar formas, construir estructuras, sembrar futuro. Y aunque sabía que era un escalón grande —una Universidad Nacional, con todo lo que eso implicaba—, algo en ella dijo que sí. Que podía.

—“Me apasionaba porque era un proyecto que desde entrada me gustó mucho”.

No era solo la motivación personal lo que impulsaba a Ecila, sino también la fuerza de todo ese equipo sólido —Hugo Andrade, Guillermo Cony, Claudio Celenza, Roberto Pentito y Ruben Loscri son algunos de los nombres que identificó apenas se incorporó al proyecto, ya en plena maduración—. Eran personas que venían trabajando arduamente durante muchos años, preparándose para emprender esa tarea trascendental y que, con su experiencia, vocación, entusiasmo y un amor genuino por ese proyecto, le transmitieron a la recién llegada una confianza profunda difícil de describir. Cada quien, desde su lugar, aportaba lo mucho o poco que podía, pero

todos compartían la certeza de que, si había voluntad de hacer las cosas bien y si todos empujaban para el mismo lado, aportando cada uno su pequeño grano de arena, tarde o temprano, todo saldría bien.

Ecila era muy consciente de que se trataba de una gran oportunidad laboral y profesional. Pero, para ella, significaba mucho más: era un desafío inspirador y profundamente humano. Contribuir a que otros pudieran estudiar, crecer, proyectar, atreverse a soñar un futuro distinto... y hacerlo realidad. *Liberté, égalité, fraternité*¹⁷.

–“Eso, para mí, era algo maravilloso”.

Los primeros estudiantes

Así fue como, un 14 de octubre de 2010, la Universidad Nacional de Moreno se volvió una realidad.

Ese día, en un acto inaugural lleno de emoción e ilusión, se firmó el convenio de cesión del histórico edificio del ex Instituto Mercedes de Lasala y Riglos, junto con los predios adyacentes, para el funcionamiento de la nueva universidad. Se izó la bandera por primera vez bajo ese nombre, como se iza una promesa, con el mismo gesto solemne de todas las mañanas, pero con un significado distinto: flameaba sobre la naciente Universidad Nacional de Moreno.

La arquitectura que hoy cobija la vida universitaria combina modernidad con historia. En sus pasillos conviven edificios nuevos, equipados con tecnología de punta, con las instalaciones originales del Riglos, que fueron cuidadosamente refuncionalizadas para mantener su valor como patrimonio cultural. Las paredes antiguas, los vitrales, los patios internos: todo empezó a resignificarse con el ir y venir de los primeros estudiantes, aún antes de que llegaran.

Apenas unos meses más tarde, en febrero de 2011, comenzaría el curso de ingreso de la primera camada de estudiantes. La ansiedad,

¹⁷ Libertad, igualdad, fraternidad.

la expectativa y las ganas de hacer las cosas bien se respiraban en el aire. Y con razón: eran muchas las cosas por hacer. Era empezar desde cero: la creación de los formularios, la carga de la inscripción, el procesamiento de los datos... Fue un tiempo vertiginoso, pero todo salió —más o menos— como se esperaba.

En el área de Alumnos, la misma que hasta hace poco funcionaba en el CENUM, se encontraba Ecila, con su escritorio sencillo, algunas carpetas apiladas y una sonrisa atenta, lista para participar del primer proceso de inscripción de la historia de la UNM. Aquel gesto tan simple de recibir a alguien, de ayudarlo a llenar un formulario, de responder una duda, se convertía ahora en la puerta de entrada a un mundo diferente, uno más prometedor. Y ella estaba ahí, al pie del mostrador, dispuesta a acompañar —como siempre lo hizo—, uno por uno, a esos proyectos de vida que recién comenzaban.

De la mano de Rubén Loscri y otros compañeros, desde una oficina casi improvisada —con formularios en papel que luego se volcaban al sistema—, coordinaron la importante labor de recibir a los primeros futuros ingresantes. Desde ese rincón de la esperanza, prestaron apoyo a cada persona que llegaba con el sueño de empezar una carrera, de dar un paso distinto. Muchos no tenían correo electrónico —un requisito básico para inscribirse—, otros no sabían cómo completar los formularios o siquiera qué carrera elegir. Pero ahí estaban, cargados de dudas, de temores, y de sueños también. Ecila, con la experiencia acumulada en el CENUM, los recibía con esa mezcla de ternura y claridad que siempre la había acompañado.

Los ayudábamos a crearse un correo o les dábamos un tiempito para que lo hicieran. Hubo mucho trabajo de acompañamiento en ese momento de la inscripción: muchos que no estaban familiarizados con la tecnología, otros con mucha expectativa, otros con miedos de enfrentarse a una nueva etapa que les parecía imposible de solventar al principio. Fue una labor de mucha ida y vuelta y comunicación con cada uno de los que se inscribía.

El acompañamiento no era solo técnico, era humano. Personas que no habían tenido nunca un DNI, ahora venían con la misma incertidumbre a preguntar si con cuarenta, con cincuenta años, estaban en condiciones de poder hacer una carrera universitaria. *Je peux?*¹⁸ Y ella, que ya conocía ese gesto de duda que se escondía detrás de la mirada, sabía bien qué decir. No había que tener todas las respuestas, pero sí estar ahí, con paciencia, con empatía, ayudando a entender los pasos, a confiar en que sí, se podía.

Y entonces llegó el inicio de la cursada. Las aulas se abrieron, los pasillos se poblaron, las voces nuevas comenzaron a resonar en el Edificio Histórico y en todo el predio de la UNM. Se prepararon las aulas y se acomodaron los bancos. En la cartelera del hall, los anuncios y listados se superponían unos a otros como si no alcanzara el espacio: nombres, carreras, horarios, cursos, aulas... Cada hoja era como una pequeña brújula, un primer intento de orientar, de marcar el largo camino a seguir, pero con un gran galardón hacia el final. Y en ese torbellino de comienzo, se conocían las caras que darían forma al proyecto compartido: docentes, nodocentes y desde ya los flamantes alumnos. Fue una fiesta silenciosa, repleta de nervios y emoción, de primeras veces y de encuentros. Ecila —que conocía a la gente sin conocerla— estaba ahí, como tantos otros, tratando de dar no solo respuestas, sino también contención, haciendo sentir a cada uno y cada una que ese lugar también les pertenecía.

Con el tiempo, ese compromiso con la comunidad fue encontrando su lugar. Así, casi sin proponérselo, Ecila fue asumiendo cada vez más responsabilidades hasta que le ofrecieron coordinar el área que conocía como la palma de su mano. Se convirtió en la Jefa del Departamento de Alumnos, un rol que abrazó con la misma dedicación con la que, años atrás, había recibido a los primeros estudiantes. Ese cargo no le cambió su espíritu: seguía creyendo que acompañar, orientar y dar confianza era parte esencial del trabajo.

18 ¿Yo puedo?

Acompañar desde otro lugar

Ahora, que se jubiló, participa como asesora colaborando en el Departamento de Alumnos de la UNM. Ya no frente al mostrador, sino desde su escritorio un poco apartado de la atención, pero escuchando, observando, adelantándose a los detalles. No necesita estar en el centro para hacer sentir su presencia: le basta con afinar el oído, prestar atención a un tono de voz, a una duda que se repite, a una mirada que busca ayuda. Y entonces se levanta, se acerca con esa manera suya de atender sin apuro, como si tuviera todo el tiempo del mundo. A veces se trata de alguien que no logró completar la inscripción a tiempo, o de quien se angustia porque cree que ya es tarde, que no hay vuelta atrás. Entonces Ecila escucha, pregunta, explica, busca una solución si la hay, o simplemente acompaña, recordando —sin necesidad de decirlo— que las normas están para cumplirse, sí, pero también para ser comprendidas. Que, en esa universidad, como siempre quiso, nadie se queda afuera por no saber.

No hace falta anunciar su presencia. Ella está. Como una raíz antigua, como ese murmullo que solo se oye cuando todo se calma. Sigue colaborando, asesorando, dando ese poquito más. Es que, aún ahora, para Ecila sigue habiendo algo sagrado en esa primera vez que alguien cruza la puerta de la universidad. Algo que vale la pena cuidar. Y ella, desde su lugar —modesto, sí, pero lleno de experiencia—, sigue siendo parte del latido cotidiano de la UNM. Porque en el fondo, como en los dibujos que siempre amó hacer, sabe que toda historia necesita de líneas que sostengan, aunque no siempre se noten. Y ahí está ella: sosteniendo.

Pero si hay algo que Ecila valora profundamente es el reconocimiento que recibe diariamente de sus compañeros. Ese saludo cálido en los pasillos, esa sonrisa cómplice cuando alguien recuerda todo lo que ella hizo —y sigue haciendo— para que las cosas funcionen.

—“Voy por el pasillo y todo el mundo me saluda, me tratan con mucho cariño. Porque uno trabaja pensando en hacer las cosas bien. Encima sentís que te reconocen más de lo que uno esperarías... Es todo un lujo para mí”.

Sigue haciendo lo que le gusta. Pintar, dibujar, aprender idiomas. Ahora puso el foco en las manualidades, moldeando cerámica, y en el catalán, una lengua que está aprendiendo y que le encanta. Sigue esbozando el mundo como si aún estuviera armando el mapa de una vida llena de caminos posibles, y sigue escuchándolo con atención —como lo hizo siempre, desde niña— en varios idiomas: no solo como conocimiento, sino como eco de sus raíces.

No se arrepiente de nada. Ni de esas horas que le sacó a su familia por quedarse un poco más de tiempo trabajando, resolviendo algún trámite, cerrando algo que había quedado medio hacer. Prefería dejar todo en orden, para poder volver al día siguiente con la cabeza tranquila. Esa entrega también la acompañaba a casa: durante mucho tiempo, en su mesita de luz, su libretita y su birome era sus aliadas nocturnas. Cuando algo le venía a la cabeza en plena madrugada, lo anotaba. Ahora las reemplazó por los recordatorios del celular.

Tal vez nunca hizo una carrera universitaria —aunque lo deseó de joven—, pero en su lugar se llenó de cursitos, de talleres, de búsquedas. Porque es inquieta, curiosa, dinámica. Porque siempre encontró la manera de seguir aprendiendo, de moverse, de crecer.

Y porque encontró en la UNM mucho más que un trabajo. Encontró un lugar en el mundo.

—“Este es mi lugar. Es un camino de ida”.

Para ella, haber sido —y seguir siendo— parte de la UNM es, sin vueltas, un sueño hecho realidad. Ser parte de su historia, desde los primeros pasos hasta hoy, ser parte de la creación de una de las Universidades

del Bicentenario... no es algo menor. Es, sencillamente, una forma de dejar huella. Y aunque reconoce que la Universidad le dio más de lo que ella pudo dar, lo cierto es que su marca quedó impresa en cada paso.

Todas las personas quieren ser parte de algo, sobre todo si se trata de algo grande.

Después de todo, Ecila eso lo sabe muy bien.



Ana Belén FERREYRA: pensar el mundo del trabajo desde Moreno

Licenciada en Relaciones del Trabajo de la UNM y docente de esa Carrera

Por Milton A. OUHARRIET



Un día de agosto de 2017, a orillas del Río Po, una sensación de incertidumbre recorrió a Ana de pies a cabeza. Exactamente el mismo sentimiento que la hizo dudar varios años atrás: ¿estaría a la altura de la situación? El ambiente cosmopolita no la ayudaba a calmar su inquietud. Profesionales de todo el mundo comunicándose en lenguas latinas, más o menos inteligibles. Se trataba de un importante curso que se celebraría en el Centro Internacional de Formación de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en Turín. Los nervios no se le notaban. Sus mentores sabían muy bien, y por eso confiaron en ella, que una vez ingresara al recinto y se diera por iniciado el curso, nada en el mundo la haría tropezar con sus palabras.

Los primeros pasos

Ana Belén Ferreyra tiene 35 años. Nació en el partido bonaerense de San Martín, pero desde pequeña vivió en Moreno. Fue estudiante de la primera camada de alumnos que tuvo la universidad. Fue, también, de las primeras graduadas de la UNM y la primera de su carrera, Relaciones del Trabajo. Desde 2011 hasta el presente, no ha abandonado la institución: hoy es docente de las materias Psicología del Trabajo y Administración de Personal, Calificaciones y Formación Profesional. Realizó su educación primaria en la Escuela Parroquial Nuestra Señora del Perpetuo Socorro del barrio La Quebrada, en Paso del Rey. Era muy aplicada, organizada y ordenada. Estudiar le era grato, e incluso recibió un reconocimiento por su promedio de la Provincia de Buenos Aires. -La verdad es que le daba mucha bola

a la escuela. En la secundaria no tanto-. Ese último nivel lo transitó en la escuela Molina Campos, en el centro de Moreno. -En el 2004 -cuenta Ana- ya no se pudo pagar la privada, así que fui a una escuela pública y noté mucha diferencia en ese momento, cuando estaba en tercer año del Polimodal. Hasta 2006 fue Polimodal. Soy de esa época.

En paralelo con el último año del secundario, Ana realizó materias del CBC de la UBA. Su primera experiencia universitaria fue en el ingreso de la carrera de Psicología. Allí se cruzó con un cuatro en Sociedad y Estado. -Para mí fue traumático, tanto que pensé que no me daba la cabeza para estudiar, y dejé. Encima había aprobado, no quiero saber si desaprobada. Para mí fue mucho de golpe. En casa, mis viejos no son universitarios. Hubo contención, pero para mí no valía. Valía lo que yo pensaba, que era que no podía y que no iba a poder.

Su papá es pintor de oficio, cordobés. Su mamá, empleada doméstica, uruguaya. Ambos llegaron a Buenos Aires por razones económicas, muy jóvenes. -Tuve prohibido trabajar hasta los 18, nunca jamás me faltó nada y además me acompañaron en toda la carrera-. Ana afirma tener recuerdos de su niñez sobre querer ir a la universidad. -Era un mandato familiar. Sobre todo, teniendo a mi viejo que no pudo terminar la primaria y mi vieja habiendo tenido que dejar la secundaria. Además, a mí me gustaba estudiar. A los 10 años tuve la idea de que me gustaría ser psicóloga. Abandoné la veterinaria, que era como mi deseo de más chica. Dije, 'che, qué lindo, me gustaría hacer esto'. Y mantuve eso hasta que terminé la secundaria-.

Luego de abandonar el CBC, Ana se dio el gusto de viajar, aunque no por motivos académicos. Fue por invitación de una tía, que residía en Ciudad de México. -Yo cumplía 18 justo, cinco meses después de terminar el secundario. Ahí me dediqué a trabajar. Hasta los 20 trabajé. Volví a Argentina con otra cabeza y con ganas de volver a estudiar-.

De regreso a la Argentina

En ese momento Ana volvió a Moreno, al lugar desde donde se encuentra hablando: el Instituto Mercedes de Lasala y Riglos, hoy universidad nacional y, por entonces, centro universitario, donde podía realizar los ingresos a la UBA y la UNGS, así como numerosos cursos que supo aprovechar.

Su idea era volver a México, donde trabajaba en sistemas, por lo que un curso de Analista Programador de 3 años de duración le parecía una opción viable. -Cuando voy a anotarme a ese curso, lo pasan a tecnicatura. Entonces tuve que hacer el ingreso acá. Era muy distinto a lo que es ahora. De hecho, si mirabas por las cerraduras todavía se veían las manitos pintadas de los nenes, porque esto había sido... bueno, ya sabemos la historia del lugar-. En ese entonces, la universidad solo constaba del ala oeste del edificio histórico, las aulas A, B y C. Al otro lado del edificio le decíamos 'La Siberia', porque era muy helado. Esas aulas no estaban habilitadas todavía-. Como parte de esa primera camada de estudiantes, Ana vio todo el crecimiento en oferta educativa y en infraestructura de la universidad.

Realizó el ingreso llamado CAU (Curso de Aprestamiento Universitario) para entrar a la UNGS, de duración semestral. Una vez que aprueba el ingreso, también se aprueba la creación de la Universidad Nacional de Moreno. -Ya no iba a cursar acá, sino que tenía que irme a cursar a Los Polvorines. Yo quería cursar acá para no viajar a capital. Antes que hacer el viaje a San Miguel, prefería ir a la UBA, que sabía que tenía más prestigio. Mientras realizaba el CAU, nos llegó toda la información de la universidad nueva, con todos los banners que anunciaban que podías cursar tu carrera integralmente en Moreno-. Se presentaba así, una oportunidad de cursar una carrera cerca de su hogar. Aún no había decidido cuál.

La presencia de una Universidad Nacional en el distrito es sumamente importante para la comunidad. Sin duda, completar sus estu-

dios universitarios le hubiese llevado mucho más tiempo si no hubiera sido por la UNM. -Teniendo en cuenta el viaje me tendría que haber mudado, no sé cuál hubiera sido esa realidad. Que exista una universidad de Moreno y con esta calidad es trascendental ¿hubiera estudiado una carrera? Sí. ¿En el mismo tiempo? No creo. Seguramente no con esta facilidad de estar tan cerca de casa, a 15 cuadras-.

Las idas y vueltas de su vida llevaron a Ana de Argentina a México, donde dejaría momentáneamente de lado su anhelo de estudiar Psicología. -Cuando terminé la secundaria y me fui del país cambiaron muchas cosas. Me fui completamente de la psicología a la programación, porque tenía más que ver con el trabajo que estaba haciendo-.

Nuevamente en Moreno, quiso probar como era la flamante nueva universidad. Ojeó oferta de carreras en busca de Psicología, pero no la encontró. -En el programa de Relaciones del Trabajo vi Psicología del Trabajo y ese fue el detonante. Tenía muchas materias económicas los primeros años y me pareció interesante que fuera una carrera multidisciplinaria. Decidí que si me anotaba en alguna carrera que no era Psicología podía hacer Relaciones del Trabajo.

La situación podría haber sido la misma que hace seis años atrás. El curso de agua del Po podría haber sido el del Río Reconquista. Y el curso que se dictaba, aquel llamado “El futuro del Trabajo Decente: dimensiones de abordaje y metodologías de formación”, significaría el mayor desafío de su carrera. Ahora se encontraba en otro continente, en una histórica ciudad, rodeada por cadenas montañosas y arquitectura románica, procesando el momento que estaba viviendo y cómo había llegado hasta ahí: -Voy a anotarme a ver qué onda, capaz es muy mala-, fue el juicio que realizó cuando la UNM recién abría sus puertas. -Y termino en Turín, debatiendo con abogados, laboralistas y economistas en la OIT. Fue como que me dijeran “acá tenés tu universidad”.

-“Lo más significativo de ese viaje en particular y, tal vez mi mayor miedo, era que todos tenían perfil de profesionales. Era un curso

que había organizado Carlos Tomada con la OIT. Tener esa posibilidad de estar debatiendo con otros profesionales sobre el futuro del trabajo y metodologías de formación y comprobar que no solo estuve a la altura, sino que podía debatir con profesionales de otros países y de otras áreas, y que podíamos tener esa charla y esos debates académicos, me hizo entender que no me faltaba nada en cuanto a formación. Para mí fue sumamente significativo y sentí orgullo muy grande por la universidad”.

Un viaje a Turín por la UNM

La gestión de su viaje a Turín, en el norte de Italia, fue apresurada. Se resolvió con solo dos meses de antelación. Comenzó con un llamado misterioso de Sandra Pérez, coordinadora de la carrera de Relaciones del Trabajo durante todo el tiempo que Ana fue estudiante, y una de las docentes que más la marcó en su transcurso por la universidad.

–“Me llamó Sandra Pérez, a la noche o a la tardecita, y me preguntó si estaba interesada. La convocatoria era muy, muy específica. Era como: ‘Se buscan jóvenes investigadores docentes’, algo así. Y yo justo cumplía con todo. Tenía que ser joven, estar en docencia y tener experiencia en investigación. Me llama Sandra y me dice si me interesaba hacer un curso en Turín. ‘Obvio’, le dije. Por supuesto”.

El proceso implicó innumerables trámites y papelerío burocrático. El apoyo de sus mentores resultó indispensable: –“Me acuerdo que fuimos con Pablo Tavilla al CEIL (Centro de Estudios e Investigaciones Laborales) a ver a Julio Neffa. Y bueno, le conté a Julio que estábamos esperando que saliera lo de la beca y lo miró a Tavilla y le dijo ‘Tiene que ir’, y le redactó una nota al rector diciéndole que tenía que mandarme a la OIT. Que tenía que vivir esa experiencia. Eso fue un orgullo muy grande”-. Luego, una prudencial espera hasta que se aprobara la media beca de OIT. Un total de 1500 euros, más los otros 1500, que los becó la universidad junto al pasaje aéreo.

–“Estar en el Centro Internacional de Formación de la OIT fue extraordinario. Era, bueno, como conocer a Julio, lo lees toda la carrera, tenés que estudiar los convenios durante años”.

Pero para llegar hasta allí, el recorrido fue extenso. Los primeros dos años de carrera no fueron los que más disfrutó. Recién a partir de tercer año y de un 10 en un final de Estadística, Ana empezaría a sentirse más cómoda en su misión académica. Aún recuerda su primer día de clases, también el primero de la UNM en su historia. Fue la materia Problemas Socioeconómicos Argentinos.

–“Estaban el docente Julián Sotelo y el rector, que se presentaron en la clase y nos dieron la bienvenida. El rector nos contó que hasta ese día habían estado poniendo los pizarrones, lo complejo que había sido la instalación eléctrica. Fue muy interesante. Nos contó lo que era el PBI y nos dio como una pequeña charla de economía. Desde ese momento no tuve más nada que decir y me quedé en la universidad. Me di cuenta de la calidad educativa y del potencial que tenía y de todo el trabajo que se estaba haciendo y la seriedad con la que se había abordado el proyecto. Tenía una baja expectativa, pensaba que debía ser muy mala si era de Moreno, y cuando vi la clase de docentes que eran y la magnitud del proyecto, dije ‘Me quedo. Me quedo acá’”.

En su estadía en la UNM, Ana ha conocido docentes que, como Sandra, la marcaron particularmente: Carlos Ullúa, “abogado y docente extraordinario, muy serio, muy correcto, muy estructurado. Me ayudó a comprender las relaciones del trabajo desde lo legal, desde la historia del derecho del trabajo y desde las herramientas legales y el ejercicio profesional del derecho”; Lara Yepes, actual coordinadora de la carrera, “un acompañamiento que tengo ahora, ya desde otro lado. Terminamos la entrevista y voy a saludarla. Está en absolutamente todos los detalles de la carrera, siempre está viendo qué es lo nuevo a hacer, qué incorporar y me tiene en cuenta”.

Pero si tuviéramos que detenernos en una sola persona, deberíamos mencionar sin dudas a Hernán Manzotti, docente de Psicología del Trabajo, la materia favorita de Ana, y en la cual actualmente da clases junto a Hernán. —“Esa materia me hizo enamorarme de la carrera. Primero, por la calidad humana y profesional de Hernán, por su forma de transmitir el conocimiento. Me ayudó no solo a entender las relaciones del trabajo desde la psiquis humana, sino también mi propio trabajo. Es una materia que me interpeló a nivel personal, que me permitió detectar determinadas crisis que había tenido y que no las había asociado con el trabajo, pero que tenían que ver con eso”.

La llegada a la docencia

Cuando terminó de cursar Psicología, Ana quiso volver a escuchar esa materia como oyente. Nunca pudo. Ya graduada, se anotó en febrero de 2016 a un curso de capacitación que dictaba Manzotti. La ayudante de Hernán por ese entonces concursó un cargo en un ministerio de Nación. En ese momento, Manzotti le propone a Ana que sea auxiliar. —“Si bien me dijo claramente cuál era la función, yo no lo escuché, simplemente dije, ‘¿Ayudante? Sí’. Obviamente terminé aceptando, pero pensé que era un rol más de escucha y observación, y no, no observé. Di la clase. La preparé como mejor pude en ese momento, armé mis diapositivas. Fue un texto de Julio Neffa el primero que dí. Era un rol en el que estaba una vez a la semana dos horas con los alumnos y fue una experiencia sumamente enriquecedora. Siempre con el apoyo y la disposición de Hernán”. Luego se enteró que el cargo era rentado. —“Yo lo hubiera hecho ad honorem, por el amor a la universidad y por todo lo que me dio”.

Como docente, Ana siente la necesidad de infundir en sus estudiantes esa confianza que a ella la traicionó en algunos puntos de su carrera. —“En las clases siempre intento transmitirles a mis alumnos que tienen toda la capacidad para llegar al final y recibirse, que es un miedo que me acompañó hasta mitad de cuarto año. Sí, me recibí con honores, pero la verdad es que la pasé mal. Muchos años

pensaba que no era capaz, pobre madre. Me ponía a llorar los días de los exámenes. La fórmula para recibirse nos la dio Julián Sotelo el primer día, ‘se necesita 5% de inteligencia, 5% suerte y 90% perseverancia’”. El pensamiento crítico es otra cuestión importante que recalca en sus clases. Les pide a sus alumnos que cuestionen lo que se les dice, lo que leen, lo que ella piensa. Que piensen por ellos mismos y saquen sus propias conclusiones, en definitiva.

La formación de Ana no finaliza con su viaje al Piamonte italiano. Constantemente realiza cursos, posgrados, y actualmente es becada de una maestría en FLACSO de Psicología del Conocimiento y Aprendizaje. –“Me gusta mostrar calidad educativa, mostrar qué clase de profesionales salimos de la Universidad de Moreno. También fui alumna como ellos. Mostrarles que los que salimos de acá también podemos hacer cosas muy copadas”.

Ya dentro del ámbito académico, había quedado atrás una parte de su pasado laboral que la avergonzaba. –“En Ciudad de México trabajaba en una empresa de *coaching*. Todo lo opuesto a lo que soy ahora. Después estudié *coaching* ontológico en paralelo a la carrera. Cuando hice Relaciones del Trabajo pensé, ‘qué bueno que pude estudiar esto, qué porquería que era aquello’. Estudiar solo *coaching* me parece demasiado poco, teniendo en cuenta que carece de evidencia científica. La visión universitaria es mucho más amplia. Que un profesional después quiera aprender alguna herramienta más comunicacional a través del *coaching* está buenísimo, pero ahora hay muchos cursos que duran menos de un año de donde salen pseudoprofesionales”.

Es por esta razón que Hernán Manzotti le pidió a Ana que escriba un texto explicando las funciones del *coaching*, el cual integraría el programa de la materia: –“Entender algo tan complejo como el comportamiento humano o, en el caso de las relaciones en el trabajo, de la gestión de las personas, es muchísimo más profundo. Este texto justamente sirve para mostrarles a los alumnos cómo es que hay tanta oferta de *coaches* y cuáles sí podrían funcionar en una organización. Desde ese lado lo escribí”.

En 2020 pasó a dar dos clases por semana, cuando recibe un llamado para enseñar otra materia, esta vez de cuarto año y nueva en el programa: Administración de Personal y Calificaciones, junto al docente Osvaldo Fazzito. A la semana siguiente fue la pandemia y las clases se tornarían virtuales. Al año entrante, concursa por primera vez para Psicología del Trabajo y se convierte en la primera graduada de la UNM en ganar un concurso docente en la institución. –Hernán siempre insistió que ese cargo debía ser concursado y lo escucharon en un momento en que se pudo abrir esa posibilidad. Fue muy desafiante. El jurado era Sandra y otro docente, Marcelo Monzón. No fue lo mismo que en 2016 cuando di mi primera clase, pero estar frente a un jurado, gente que sabe mucho más que vos, no es lo mismo que estar con alumnos de tercer año de la carrera. No recuerdo las devoluciones, pero fueron muy positivas de parte de los dos. Hablaron del potencial, de la capacidad de explicar, de exponer ideas, de dar ejemplos, de hacerlo didáctico, que es mi preocupación más grande.

Para ese concurso, Ana eligió un tema que dominaba de años de investigación: los riesgos psicosociales. –“Yo trabajaba desde 2015 con Julio Neffa en riesgos psicosociales y fui jefa de campo de dos de los proyectos de investigación de los que participé. Estuve de manera continua desde ese año hasta 2023, y ahora ya hablé con Julio para volver este año. Neffa profesor mío no fue, pero he aprendido tanto como si fuera profesor”.

Ana Ferreyra conoce a Julio Neffa cuatro días después de recibirse en un pasillo de la universidad, un día que él estaba de visita debido a una charla sobre investigación. Allí, Julio le hace entrega de uno de sus libros, justamente acerca de los riesgos psicosociales. Una obra de unas 500 páginas. –Ese día estuvimos charlando, me pasó documentos, me pasó el libro y empezamos a trabajar. Y algo bien habré hecho porque me sigue convocando–.

El tema a investigar, nuevamente llamaba su atención: Psicopsicología de las organizaciones. –“Trata sobre el impacto a nivel físico, psíquico y mental del trabajo” –explica Ana– “La cuestión de riesgos

psicosociales la había estudiado en CyMAT (Condiciones y Medio Ambiente de Trabajo) y me encantó la idea. Y me gustó mucho más cuando me involucré en materia de investigación”.

Empezó como becaria junto a Romina Giménez. Ambas se formaron en riesgos psicosociales en la Universidad de La Plata (UNLP) con el equipo de Julio Neffa, quien trabaja ahí desde hace más de cincuenta años. —“Fuimos hasta allá con Romina como dos o tres veces. Tardamos como cuatro horas y media en llegar. Otras veces nos reunimos en el CEIL (Centro de Estudios e Investigaciones Laborales) porque Julio es investigador superior de CONICET”.

Neffa fundó el CEIL en la Facultad de Ciencias Económicas de la UNLP en 1971, junto a otros compañeros. —“Salíamos del CEIL y nos íbamos al Havanna de enfrente porque Julio no quería que nos volviéramos sin nada en el estómago. Se pedía un alfajor y no me acuerdo si café con leche. Con Romi nos mirábamos y decíamos “queremos volver” porque teníamos que tomar el Sarmiento para venir a Moreno y él estaba preocupado porque comiéramos algo. Es muy encantador. El tipo estaba tomándose un café mientras te hablaba de economía, era impresionante”.

Una de las primeras tareas del proyecto en el que se involucró fue buscar empresas en las que se pueda ingresar a entrevistar empleados. —“Como fue en el periodo en que Macri asumió la presidencia, hubo mucho revuelo en el sector privado porque estaban despidiendo trabajadores. Fue muy difícil ingresar a realizar encuestas, enviábamos cartas de Julio. Nos llevó muchos meses-. Por un contacto suyo en la Municipalidad, donde trabajaba desde segundo año de la carrera gracias a un programa de vinculación con la UNM, logró que se pudiera hacer la investigación. -Le pude explicar a un colega el proyecto. Me reuní con un subsecretario y lo pude convencer de hacer la investigación. En ese momento coordiné el trabajo de campo, que realizaron más Romina y el grupo de encuestadores. Convocamos a los encuestadores yendo por las aulas, ahí Sandra

nos dio una mano. Luego los capacitamos. En ese proyecto hice de todo y cumplí distintos roles durante todo el proceso. Hasta incluso redacté el informe final, que es una maravilla”- (risas).

A partir de allí, Ana continuó involucrándose año a año en este tipo de proyectos y generando un importante corpus de conocimiento acerca del tema en cuestión. –“Los riesgos psicosociales”- explica Ana –“hablan de un impacto negativo en la salud en tres niveles: físico, psíquico y mental. La nueva concepción de CyMAT entiende que, a diferencia de la visión marxista que tiene en cuenta solo el físico del trabajador, hay una cuestión psíquica y mental que también es importante y que impacta en el trabajo”.

Casi como un mantra, cita de memoria a Julio Neffa. –“Otra cuestión central es que ningún trabajo es riesgoso per se, sino que son las deficientes condiciones y medio ambiente de trabajo las que hacen que ese trabajo impacte negativamente”. Hay una mirada tradicional en la que el trabajo siempre va a implicar enfermedad. Pero si se da en determinadas condiciones, puede no solo no generar enfermedad, sino también ser un agente de salud de los trabajadores”.

En la Argentina, aún no existen marcos regulatorios que protejan a los trabajadores de este tipo de enfermedades psíquicas y mentales. Ana, la viajera, trae ejemplos de otras latitudes. –Colombia tiene comités de salud y seguridad en el trabajo que son muy efectivos. En Europa, la negociación salarial de los sindicatos pone al mismo nivel de los salarios a los riesgos psicosociales. Acá solo se negocian salarios, parece que es lo único que importa, estamos bastante atrás en esa cuestión–.

Ana considera que es el Estado quien debe medir esos riesgos, a través de, por ejemplo, la EPH (Encuesta Permanente de Hogares). Por eso es necesario continuar investigando, recabar información. Para poder evidenciar el impacto que las condiciones deficientes de trabajo generan en la salud de los trabajadores, la única opción

que tenemos es seguir investigando. -Es importante entender esto, porque tiene un impacto no solo en el trabajar, sino también en la organización. Si hay personas que se enferman tenés menor productividad, menor eficiencia, más ausentismo, mayores costos.

El futuro del trabajo, en debate

Tanto el estudio, como la docencia y la investigación han transformado la vida de Ana. Pero, ¿qué respuestas tiene el laboralismo para transformar este presente, en el que los recortes de personal y pauperización de las condiciones de trabajo resultan moneda corriente? Ana se toma un momento para responder, en verdad, para hacerse más preguntas. -“¿Qué es lo que se puede hacer cuando tenés un Estado que está destruyendo el propio Estado? Esas ideas han ganado una elección, tienen mucho poder. Para mí la solución tiene que ver con seguir generando información, conocimiento y seguir militando desde lo académico, ¿no?”.

Ana destaca la necesidad de que el acceso a la universidad por parte de los sectores menos favorecidos sea garantizado. -“Creo que lo importante es que ya seas el hijo de Pérez Companc o seas Ana Ferreyra, hija de un pintor y una empleada doméstica, puedas acceder a la universidad pública y otras instituciones. Y, en este sentido, la función central del docente es poder ayudar a los estudiantes a pensar en el aula. Creo que esos espacios son fundamentales. Lo que es realmente muy difícil es cuando tenés alumnos que dejan porque no les alcanza para la SUBE”.

Sobre la reforma laboral que se impulsó en nuestro país, Ana plantea que el rumbo que se pretende tomar en el resto del mundo es el contrario. -El debate fuerte en Europa era el del salario básico universal. Cada vez se habla de trabajar menos horas, pero vienen tipos que te dicen que hay que trabajar 12 horas de lunes a lunes. La reforma laboral va a terminar en precarización y nada más.

Criada durante el mandato de Carlos Menem, entiende que las políticas actuales del gobierno de Javier Milei van a tener un impacto similar en la sociedad argentina. –Esto es algo que ya ha sucedido. La productividad va a aumentar por la precarización. Pero no va a haber un aumento de productividad significativo que le permita Argentina competir a nivel internacional. Es solamente una excusa para precarizar. El mismo eufemismo de los 90.

Se acercan las seis de la tarde en Moreno. El sol nos obliga a cambiar nuestros asientos de lugar para que no nos atosigue la visión. Ana Ferreyra aún tiene unos minutos para seguir conversando, antes de partir hacia una de sus mesas de examen. Estamos sentados al aire libre, en el patio del buffet de la cooperativa gastronómica. Ana recuerda que, donde hoy se encuentra la radio, antes había un buffet, en el que casi siempre se estaba de pie. La UNM ha cambiado mucho en estos años. Quince años no son pocos. Y no solo la infraestructura se actualiza, también lo hacen los debates en las clases o en los foros internacionales. –“El mundo del trabajo seguirá modificándose. Ya no solo hablamos de automatización y de robótica, sino de inteligencia artificial. Hay que seguir buscando las maneras de que ese trabajo protegido se pueda seguir resguardando frente a los cambios. Lo que no sé es si realmente todos los cambios que van a venir podrán sostener esta relación laboral. Lo que hay que pensar es cuánto podrá resistir el sistema capitalista, que tiene más vidas que un gato. Nada ha sucedido, hasta el momento, que haya terminado ni con la tercerización, ni con la automatización”.

Ana considera que la innovación tecnológica no es algo negativo *per se*. Las preguntas que se hace tienen más que ver con cómo el Estado intervendrá, recapacitará y reinsertará a los trabajadores que queden desempleados por cada nueva modificación que acontezca.

–Todo avance tecnológico reduce la cantidad de puestos necesarios, pero también se crean otros. Los trabajadores necesitamos cada vez más información y mayor capacitación para estar al tanto de lo que

demanda el mercado de trabajo. La cuestión es que ahora los cambios van a ser más rápidos. Si vos tenés cambios tecnológicos muy fuertes, que reducen mucha mano de obra, y un Estado que no hace absolutamente nada, tenés una combinación explosiva y un potencial aumento del desempleo muy grande-.

Los relojes en las pantallas marcan las 18 horas. Ana Ferreyra se toma un momento para revisar las notificaciones de su teléfono. Tiene que partir hacia una mesa de examen y saludar a su compañera, Lara Yepes. Pasamos la puerta que da al buffet y caminamos por el pasillo. Ana camina por la universidad, sonriente, con la misma seguridad de alguien que se mueve por su casa. Llegando a bedelía, nuestros caminos se bifurcan. Algunos ingresantes del COPRUN pasan por la puerta de entrada del Riglos. Los aguardan las aulas, como la aguardaron a Ana quince años atrás.



Miriam V. HERNÁNDEZ: la suma de Matemática y Educación

Licenciada en Educación Secundaria de la UNM. Docente en diferentes carreras.

Por Agustina GARCÍA



La iglesia rara de Moreno llama la atención por eso: porque es rara. Despierta curiosidad y asombro por sus techos puntiagudos y ventanas que llegan hasta el piso. Su interior es un laberinto iluminado por la cálida luz que se desliza a través de los triángulos color miel. Esta construcción es uno de los grandes monumentos

del arquitecto Claudio Caveri, además de las casitas idénticas en el barrio de Trujui.

Sin embargo, sigue siendo una iglesia. Durante los fines de semana, en la Parroquia Santa María de Guadalupe, una adolescente, Miriam, asistía para participar del grupo de jóvenes Emaús, cuyo principio rector era: “Solo el amor puede unirnos y hacernos avanzar juntos”. Tiempo después, su paso por la secundaria en el Colegio Franciscano de Paso del Rey reforzó ese lado religioso de compartir y acompañarse uno al otro. Miriam siempre supo bien tres cosas: que iba a ser docente, que quería coordinar un grupo de jóvenes y que iba a seguir estudiando. Hizo las tres. “Desde los 10 años sé que quiero ser docente. Venían mis amigos a mi casa y disfrutaba de explicarles, darles una mano en el estudio. Pero no de nerd, es algo que me salía natural”.

Pasión por Matemáticas

La mamá de Miriam, Silvia, siempre quiso que vaya al Colegio Franciscano porque allí brindaban el Bachillerato en Ciencias Exactas (Matemática, Física y Química), pero no era algo que pudieran sostener económicamente. Raúl y Silvia se casaron el 7 del 7 del 77.

Tuvieron tres hijos: César, Miriam y Diego. Raúl hizo la carrera de mozo en importantes restaurantes de Buenos Aires y Silvia se dedicó a criar a sus hijos. Se divorciaron cuando César estaba por cumplir 14, Miriam 13 y Diego 12.

- “Mi mamá no es matemática, pero sí fue muy matemática al tenernos”.

El primer año de Miriam en la Escuela Secundaria Manuel Belgrano, en Moreno, fue más que un éxito. Destacó por tener el mejor promedio, lo que le permitió conseguir una beca en el colegio franciscano. Allí cultivó su amor por la matemática, la docencia y lo social. Participó en las Olimpíadas de Matemática y Química.

- “Me fue mejor en las de Química que en las de Matemática, ¿podés creer? En la de Química llegué a la nacional, con diploma de honor, dentro de las 20 mejores de todo el país. Nada que ver”.

A Miriam le encantaba Matemática y Geografía. Comenzó la Licenciatura en Matemática en la Facultad de Ciencias Exactas, en Ciudad Universitaria, pero dejó porque, si bien le encantaban los números, más amaba enseñar. En diciembre de 2001, con solo 21 años, hizo su primera suplencia en la Escuela “Nido de Águilas”.

- “De la Rúa se estaba yendo en helicóptero y yo estaba ingresando a la escuela secundaria a dar clases. Tuve mi primera entrevista en diciembre e hice una suplencia cortita. No entendía nada. Estaban los saqueos y yo insertándome en el mundo laboral”.

Al año siguiente le ofrecieron un cargo para cuarto año de secundaria. Y desde ese entonces nunca paró de trabajar. Más de 20 años de docencia, y contando... Miriam estudió el Profesorado en Matemática en el “Instituto Superior del Profesorado Joaquín V. González”, ubicado en Ayacucho 632, a unas pocas cuadras de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Cuando obtuvo el

cargo en la Escuela “Nido de Águilas”, solo le quedaban 3 materias para recibirse. Dio todas menos una: “Topología”. Dice que fue muy cómico por qué lo hizo.

- “En ese momento yo estaba en pareja. Él estaba estudiando para ser contador público en la Universidad de Luján. Yo no me podía recibir antes que mi pareja, pensaba: ‘Él tiene que llegar antes que yo, él tiene que estar un paso adelante, él tiene que tener el protagonismo’. Yo no lo padecía, era algo que estaba instalado, yo lo vivía como parte de lo cotidiano. Me iba a recibir una vez que lo haga él. ¡Error! Nunca hagas eso. Postergué mi carrera ocho años. Estuvimos siete años juntos. Y él no se recibía, no se recibía, no se recibía. Yo por suerte tenía trabajo. Lo bueno de la docencia es que podés tener un cargo, aunque no seas titular. Trabajé como docente provisional en “Nido de Águilas” por 6 años. Y él no se recibía, no se recibía, no se recibía. Después, por cosas de la vida, nos separamos. Lo primero que hice fue dar esa última materia. Hoy lo pienso y no lo haría de nuevo. Claramente, hoy estoy soltera y sin hijos porque me priorizo, en mi vida y en todas las decisiones que tomo.

- ¿Pero te enteraste si al final se recibió?

- No, no se recibió”.

Formadora de jóvenes en una parroquia y docente en secundarios

Hoy en día la licenciada da clases en dos escuelas secundarias: “Jesús Obrero”, de Merlo, y el “Instituto General Don José de San Martín”, en el centro de Moreno. En 2007, el profesor de “Catequesis” de la escuela de la localidad vecina le hizo una pregunta que determinó su futuro profesional: “Miriam, ¿qué hacés el sábado?”.

- “El me vio. Viste cuando uno se da cuenta que esas cosas son para uno. Yo pensé que íbamos a organizar un proyecto en conjunto para la

escuela. Hice un bizcochuelo, fui a su casa y había siete jóvenes. Tenía que coordinar mi primer grupo. Nunca había coordinado nada”.

Y así empezó la aventura pastoral. Fueron casi 16 años en los que, todos los fines de semana, coordinó diferentes grupos de jóvenes. Se capacitó, se sumó a proyectos y, luego, fue parte de un equipo de formación de coordinadores a nivel internacional. Hasta llegó a organizar una colonia solidaria para un barrio con 150 chicos. Fue secretaria de Animación de la Comunidad Animadora de la Cruz del Sur, perteneciente a la Provincia Marista (Argentina, Uruguay y Paraguay). Viajó por el país, y fuera de él también.

Según la edad, en la Pastoral Juvenil Marista – por la Virgen María –, se trabajan distintas etapas vitales. En la preadolescencia, la amistad; en la adolescencia, el amor – con los padres, los amigos, la pareja –; y ya en los últimos años, el proyecto de vida.

– “Acompañar la vida no es fácil. No es ser psicólogo tampoco. Es aprender a tener una escucha atenta, sin opinar. Escuchar ofreciendo una palabra de aliento. Todo esto tiene que ver con lo que soy. Ignacio supo que lo que me encomendaba lo iba a hacer con pasión”.

Una visita a la UNM por una amiga

La primera vez que fue a la Universidad Nacional de Moreno no fue por ella. Lo hizo por quien hoy es su amiga: Noelia, una adolescente que estaba terminando sus estudios secundarios en la localidad de Merlo y asistía a la pastoral. Ella quería estudiar la Licenciatura en Trabajo Social, pero sus opciones eran pocas y lejanas. En 2011 Miriam la acompañó a la UNM. Allí conoció, también, que existía la Licenciatura en Educación Secundaria. La reacción de Miriam no se hizo esperar: “Esto quiero estudiar. Esta es mi oportunidad”.

Miriam Valeria Hernández nació un lluvioso 30 de diciembre de 1979. Tiene una personalidad alegre, eléctrica, motivadora, inquieta. Su presencia despierta una energía incalculable. Trabaja mañana, tarde

y noche. Sus horas se reparten en la escuela secundaria, la universidad y el terciario. Maneja un Sandero gris bien cuidado. Practica pilates y juega al hockey. Hace pijamadas con su sobrina Uma y su ahijada Diana. Completó sus estudios terciarios en el “Joaquín V. González”, su título es el de profesora de Matemática y Astronomía. Le gusta patinar en las plazas. Tiene 45 años, pelo lacio oscuro, a la altura de los hombros, y un vestido rojo puesto al revés.

Miriam forma parte de la primera generación de graduados de la Universidad Nacional de Moreno, se recibió en 2013 como Licenciada en Educación Secundaria y desde entonces se desempeña como docente de Matemática I y II en la Licenciatura en Gestión Ambiental; de Física I en Ingeniería en Electrónica; de Análisis Matemático en Biotecnología; y da el Taller de Resolución de Problemas del Curso de Orientación y Preparación Universitaria (COPRUN). Da clases de Estadística a futuros profesores de Economía en el Instituto Mariano Moreno. Le encanta salir los fines de semana a cuanto bar pueda. Tiene un ansioso y cariñoso caniche pelinegro llamado Thor. Ah, y también es fanática de Ricky Martin. Lo conoció en persona. Dos veces, por ahora...

Ella es un bichito raro. Lo sabe, me lo dice. Y no por ser la profesora de Matemática más extrovertida y simpática – que lo es –, sino porque dentro de la universidad, y fuera de ella también, ha cumplido un rol importante. Antes de graduarse, en 2012, participó del estamento estudiantil de la Junta Electoral fundacional. Lo cierto es que la universidad no quiso dejar de tener a profesionales como ella para representar a la institución, por lo que le reconocieron su lugar en la docencia universitaria.

– “Así como me pasó con Ignacio que me vio y me invitó a formar parte de la pastoral, Mónica me propuso ser tutora”.

Mónica Mestman, en ese entonces Coordinadora Pedagógica del Departamento de Ciencias Aplicadas y Tecnología, le designó un grupo

de 8 estudiantes de Ingeniería en Electrónica. Los mismos eran seleccionados por la universidad para ofrecerles acompañamiento y asistencia para que permanecieran en la carrera. La tarea de Miriam era, como docente, ayudarlos a ser estudiantes. Les explicaba cómo era el plan de estudios, cómo organizarse, pero, sobre todas las cosas, les enseñaba que el estudio es importante, pero que no es lo único que los hacía como seres humanos. Su trabajo, tener amigos, pareja, familia, tiempo de ocio, eran cosas igual de importantes. Parte de la experiencia en la pastoral le dio esa sensibilidad y habilidad de escuchar y brindar apoyo.

Una pareja pedagógica

En septiembre de 2013, un mes después de recibirse, comenzó a trabajar como auxiliar primera de Física I en Ingeniería en Electrónica. Su pareja pedagógica: Leonardo Dell’Arciprete. “Nunca duré tanto con una pareja”, bromea. Al año siguiente, la convocaron para el COPRUN. Un año después, obtuvo más materias de grado en Gestión Ambiental y Biotecnología. En tan solo 5 años, como si de un dominó se tratase, Miriam fue sumando logros que superaban los anteriores. En 2021, concursó y ganó el cargo docente para Matemática I en la Licenciatura en Gestión Ambiental, convirtiéndose en una de las primeras graduadas de la universidad en alcanzar tal reconocimiento.

Miriam vive hace 13 años en un cómodo monoambiente de dos pisos. Es del Barrio Alcorta, de toda la vida. Tiene una ubicación excepcional: está a 8 cuadras de la casa de Silvia, que vive a una cuadra del Museo Amancio Alcorta; y a unas pocas calles de la UNM. En la entrada de su casa, una parrilla, varias plantitas. En el interior del departamento, una mesa de vidrio destaca un centro de mesa con fotos de ella con amigos y familia. Frente a la mesa, en la pared, una pizarra blanca: recuerdo de la adaptación. En el piso, Thor y un comedero de madera con dos platitos desmontables, con la cara del canino prolijamente pintada. En la heladera, más fotos. Un almanaque de Ricky Martin. Dibujos de su ahijada y sobrina.

La matemática siempre es la misma. Los números no cambian. El mundo alrededor sí. La formación y capacitación constantes son necesarias, y eso Miriam lo sabe muy bien. Sobre la mesa sostiene una carpetita que buscó arriba – arriba hay más fotos que quiere mostrarme que no puede despegar del placard –, y empieza a sacar certificados, diplomas, papeles varios:

– “Perspectivas metodológicas sobre el aprendizaje de jóvenes y adultos. Articulación, escuela secundaria y universidad: construyendo transiciones menos traumáticas. Entre las promesas y la herencia: la escuela en los nuevos escenarios. ¿Ves que no son de matemáticas? Tengo que moverme. Mover el pensamiento. Leer cosas nuevas. Algunas desde mi área, otras no tanto”.

Esos son algunos de los tantos certificados que tiene. “Cursillos”, les dice ella. Su curiosidad inagotable la lleva a conocer un poco de todo. Se capacitó en Arduino con César, su hermano, que trabaja automatizando máquinas en la fábrica de pintura Venier. Aprendió a usar Geogebra y Photomath. Miriam me cuenta que fue muy cómico cómo descubrió Photomath.

– “Una alumna mía se había quebrado el brazo derecho. Ella era diestra. Entonces le di la oportunidad de realizar el examen de una forma distinta: ‘Hacelo tranquila. Leelo. Con la mano izquierda hacete las anotaciones que vos consideres. Armate la idea en tu mente, yo te llamo y te tomo el oral’. A los 40 minutos aparece con todo resuelto y me confiesa, sin darse cuenta, que hizo todo con Photomath. Estuvimos toda la hora charlando y me enseñó cómo funcionaba. Yo no la aprobé, pero aprendí algo ese día”.

Pasó tres meses probando la herramienta. La investigó a fondo. Sabe cómo funciona, el razonamiento que tiene, cómo resuelve los ejercicios. Desde entonces realiza exámenes a prueba de Photomath: unir con flechas, verdadero o falso, alguna que otra pregunta.

- “Para mí es una herramienta útil. Sumamente útil. Pero si sabés lo que está haciendo. Yo no lo explico de esa manera, pero sé lo que hace. Los alumnos tienen que saber reconocer si lo que hace está bien y por qué”.

El desafío de enseñar Matemáticas

La Matemática es compleja, interesante, exacta. El desafío de enseñarla es que los alumnos entiendan y sepan por qué las decisiones que toman los lleva al resultado final. En 2013 Miriam participó como becaria estudiante del proyecto de investigación titulado: “Interpretación de resultados y modelización en la resolución de problemas”. Acá había un problema, pero no precisamente matemático.

- “Los matemáticos estamos convencidos de que los estudiantes cuando dicen: ‘No entiendo matemática’, lo que en realidad no entienden es el enunciado. No hay comprensión lectora ni análisis crítico. La dificultad no está en la operación matemática, sino que el estudiante no entiende qué tiene que hacer”.

La investigación estaba orientada a los ingresantes del COPRUN. “Nos sorprendía lo mal que les iba”, me comentaba. Para probar la hipótesis, era necesario validarla a través de la elaboración de un problema muy sencillo. La primera etapa, que tomó un año, consistió en elegir el problema. Era algo así: *En un edificio con 11 pisos, el ascensor tiene 2 botones: uno rojo y uno verde. El botón rojo sube 4 pisos. El botón verde baja 3 pisos. Si quieres llegar al piso 10 desde el piso 1, ¿qué secuencia de botones deberías presionar?*

- “El problema se narró de cuatro maneras diferentes y se determinaron cuatro modalidades distintas de resolverlo. Una narrativa decía: ‘Un edificio en la calle San Juan 2538, esquina Bartolomé Mitre, bla, bla, bla’. Otra arrancaba con la pregunta: ‘¿Qué secuencia de botones deberías presionar sabiendo que...?’. Había otra más clásica, tradicional. Y la cuarta narrativa era intermedia: ni muchos datos, ni

muy directo. Y bueno, también, 4 modos para hacerlo. Una instancia era: ‘Yo te entrego el problema y con el problema todo el tiempo en tu mano, resólvolo’. Otra era: ‘Te entrego el problema y te doy 10 minutos para que anotes lo que vos creas conveniente en una hoja, después te retiro el problema, y lo resolvés’. Otra instancia era: ‘Te entrego el problema, hacés todas las anotaciones que consideres, te retiro el problema y las anotaciones, resólvolo’. Ahí hay un trabajo mental propio, personal. Y el otro era: ‘Te lo doy, lo leés, juntás datos y reescribís el problema’.

En el segundo año se puso en marcha este experimento. Más de 3.000 alumnos del curso de ingreso participaron. El tercer año, consistió en la tabulación y trabajo sobre los datos obtenidos. “¿Sabés lo que fue corregir todo eso? Tuvimos que contratar un software alemán”.

– “A muchos les quedó que el edificio estaba en la calle San Juan 2538. ¿Qué es lo que retiene el pibe? No es lo matemático. ¿Qué retenía? La información que no sumaba. No podían reconocer cuál era la información relevante”.

El equipo de investigación lo integraron Pablo Coll, Fernando Chorny, María Laura Pezzatti y Miriam. Eva Würtz acompañaba: hacía los ejercicios, formulaba preguntas, se empapaba de la investigación, pero no estaba nombrada en el equipo. Era profesora de matemática y de lengua extranjera: el castellano. Es alemana, como el software, y se llama Eva por Eva Perón. Una de las escuelas secundarias en donde Miriam trabaja tiene padrinos alemanes, y muchos solían venir por un programa del gobierno germano. Desde la institución le consultaron a Miriam si podía hospedar a Eva. Vivió 6 meses en Moreno y vino a Argentina a perfeccionar el idioma. Vaya lugar para hacerlo. Sin dudas conoció formas de conjugar verbos que no existían y aprendió otro poco de elaboración de enunciados matemáticos.

- “Eva hablaba el castellano mucho mejor que yo. ‘¿Por qué usaste el pluscuamperfecto? Yo hubiese utilizado otro tiempo verbal’, me marcaba. ¡Ah, dejate de joder!”.

El monolito que está en la entrada de la universidad se puede medir con pies, sacando la medida de uno de sus paneles de chapa con termos, con uno mismo o con trigonometría, también. En 2018 Miriam trabajó en conjunto con el Área de Articulación, que es la encargada de recibir a estudiantes del nivel secundario y darles una cálida bienvenida a la vida universitaria. Junto a Noelia Rodríguez, del equipo de Orientación, proponían una dinámica de presentación de las carreras y una actividad con un docente universitario. Nadie mejor que Miriam para romper el hielo y aprender con su contagiosa alegría.

Para medir el monolito no era necesario subirse a una grúa ni sacar una cinta métrica infinita, con una lapicera atada a un hilito, una piedrita que hiciera peso y un transportador para medir los ángulos, el experimento estaba hecho. Miriam les enseñaba a los visitantes que podían obtenerse datos experimentales utilizando ese compás casero y, así, poder obtener la medida exacta del obelisco azulado a través de la trigonometría.

Estas actividades de extensión y articulación fueron claves para acercar la universidad a las escuelas y estudiantes de la zona. En el marco del Programa Nexos, además de recibir estudiantes, la Universidad de Moreno se acercó a los colegios secundarios periféricos de Trujui, Cuartel V y Francisco Álvarez con el objetivo de llevar el laboratorio al aula. Miriam, en conjunto con Leonardo Dell’Arciprete, pusieron en marcha esta actividad desde el área de Física. Brindaban una tutoría pedagógica al docente y, una vez por semana durante un cuatrimestre, Miriam y Leonardo visitaban a chicos que transitaban el cuarto año de secundaria.

- “Tengo marcado a rajatabla que soy docente, pero me he dado cuenta de que también me he desarrollado en otros espacios, como dar apoyo en las tutorías o capacitar profesores, actividades para las no me formé específicamente. Yo estudié para ser docente de nivel secundario. Mi responsabilidad pasa por el conocimiento, por intentar desarrollar una actitud crítica en el otro, por impulsar el debate, por acompañar al estudiante en lo que se pueda dentro del ámbito de for-ma-ción – hace énfasis en cada una de las sílabas –. Es formativo mi rol. Mi deuda pendiente era ser docente de otros docentes, quería dejar mi granito de arena también entre colegas, contagiarles mi pasión. No digo esto de creída, lo digo con orgullo. Yo amo ser docente, nací para eso”.

Es recurrente el pensamiento de que muchos se anotan a un profesorado porque les gusta la historia, el arte, la economía o la matemática. Sin embargo, con frecuencia pasan por alto el rol social que cumplen como formadores de personas. Miriam cree que verdaderamente hay que amar lo que uno hace para ejercer la profesión con responsabilidad y compromiso. Su cargo en el Instituto de Formación Docente “Mariano Moreno” es un primer paso para llegar a eso que sueña.

- “Sos un formador de personas, tenés que aguantar un montón de cosas y no es lo mismo aguantártelo porque lo elegís, que aguantártelo porque es una salida laboral. Mi mirada es, a futuro, ir dejando el aula, no toda porque me encanta la docencia, pero quiero meterme en políticas educativas. Quiero participar, con mi experiencia y formación, en distintos proyectos que potencien la formación del docente, porque te dejan a la deriva. Te forman en el profesorado y después queda a decisión de uno seguir formándose. El haber hecho la licenciatura me dio la amplitud de entender que hay que capacitarse constantemente. Yo quiero poner mi granito de arena en eso”. Su pasión por la docencia la lleva a pensarse en un futuro trabajando para su mejora. Hace 12 años que trabaja para la universidad, se ve en los próximos aportando para su crecimiento. Es un compromiso que asume por la profesión en general, en todos los niveles educativos.

Miles de estudiantes han pasado por la universidad desde su fundación. Miles de historias y orígenes diferentes. Hoy en día, la universidad está más consolidada que nunca y cumple un papel fundamental en la formación de profesionales locales, conurbanos, algo que representa una contribución invaluable para el desarrollo de la región.



Historias entrelazadas

Es 2018, en un aula del edificio Daract II – Daract porque está sobre la calle Justo Daract; II porque hay un primer edificio en frente – se encuentra un grupo de estudiantes de una escuela secundaria de Francisco Álvarez. Nos recibe Noelia Rodríguez, quien es la que hace la presentación formal de las instalaciones y de las carreras que ofrece la institución. De ese grupo, tres ya somos graduados: Martín, como Contador Público; Milton y yo, licenciados en Comunicación Social. Ese día, además de Noelia, fuimos recibidos por Miriam, quien – con su sonrisa cautivadora y entusiasmo desbordante – nos dio la bienvenida a la Universidad Nacional de Moreno.

Qué curiosa causalidad, digo yo, haberla conocido la primera vez que fui a la universidad. Qué cómico, diría ella, que sea una vecina la que esté hoy narrando su historia.

M. Patricia JORGE: la trabajadora social de la esperanza activa

Docente y ex coordinadora-vicedecana de la carrera de Trabajo Social de la UNM

Por Nazarena B. BORRACCHIA



Es un lunes 20 de enero y la Universidad Nacional de Moreno parece estar vacía. Aunque en realidad, no lo está. El reloj del celular marca las 10:55 y el clima se siente un tanto caluroso. El Servicio Meteorológico pronostica 27°C pasando el mediodía, y ya hacen 24°C. Patricia Jorge, vestida con jean oscuro, camisa beige con negro, un bolso, un cuadernillo azul en su brazo derecho y un cigarrillo en su mano, se aproxima a la universidad. Un roce de mejillas da inicio a una cordial presentación. Ella suelta una última bocanada de humo y procede a arrojar su cigarro al cesto de basura que se encuentra a la derecha de “la entrada del Histórico”. El teléfono indica las 11:00 hs., precisamente el horario que se acordó previamente para realizar la entrevista.

— “¿Dónde te gustaría que nos ubiquemos?

— Podemos entrar a un aula, si a usted le parece”.

Edificio Histórico, pasillo izquierdo, lado izquierdo, aula B001. Elige su silla, alejada del escritorio, deja a un lado su cuadernillo —que seguramente utilizará para el encuentro que tiene programado horas más tarde en el centro de Moreno—, se acomoda ella y hace lo mismo con su bolso.

Una niña con mucha libertad

Patricia vive en Moreno, tiene 70 años, una hija de 39, Cecilia, y cuatro nietos; es una mujer que cuenta con una enorme trayecto-

ria social y política. Haciendo un resumen de sus orígenes, podría decirse que nació en Capital Federal, pero que fue criada en Caseros por Roland Jorge, su padre, empleado de comercio, y por Patricia García, su madre, profesora de bordado y ama de casa.

También podría agregarse que desde muy niña tuvo mucha libertad y acostumbraba a viajar sola para ir al colegio “Estado de Israel”, ubicado en Villa Real, cerca de Villa Devoto, C.A.B.A. Vale aclarar que las formas de convivencia en esa Argentina eran diferentes: el barrio otorgaba cuidado y generaba vínculos que permitían la libertad de moverse con mayor seguridad. El entorno también ayudaba a crecer y a aprender. Era común, a partir de la etapa que se denomina adolescencia, compartir salidas de fin de semana al cine o a algún lugar de la zona con amigos.

—“Parece contradictorio, pero era una buena síntesis de autonomía y cuidados. Creo que en particular mis viejos nos confiaban esa libertad, tanto a mi hermano, cuatro años mayor, como a mí”—, dice Patricia, más de cinco décadas después de aquellos tiempos.

Otra realidad y otra idea de mundo: la interacción con personas mayores solía ser muy común. —“Imaginala con cero tecnologías, radio, poca TV, el “Winco” para escuchar música, muchos libros, como por ejemplo la colección de Robin Hood o la de Billiken, y mucho juego en la calle. Y ubicala en los sesenta; una época un poco efervescente”.

Patricia fue criada en un ambiente propicio para la escucha de anécdotas e historias de personas mayores, donde, por ejemplo, la Segunda Guerra Mundial o la Guerra Civil Española eran temas completamente cotidianos, e incluso acontecimientos muy cercanos, para una niña que los oía a menudo.

A los 11 años, gracias a las libertades que se daban en el seno familiar, ingresó al Instituto Manuel José Labardén para estudiar mimo y

teatro. Esa actividad la obligaba a que por las mañanas se alistara para emprender su viaje de Caseros a Constitución —donde se encontraba el teatro infantil— y, luego, se dirigiera a Villa Real para entrar a la escuela. Eso sí: de la salida, a casa.

Patricia conoció el mundo a través de esos viajes que, si bien se originaban en Caseros y concluían en ciertos recovecos de la Capital, para una niña de su edad, eran realmente un mundo: el suyo.

La década del sesenta estuvo marcada por cambios sociales muy fuertes: emergieron grupos revolucionarios que planteaban diferentes perspectivas. Se trataba de jóvenes latinoamericanos que empezaban a desafiar al sistema autoritario mediante diferentes expresiones y obras artísticas, con la idea de superponerse a referentes europeos y norteamericanos. Y así fue.

La joven Patricia comenzó a leerlos. Leyó a García Márquez, a Juan Rulfo y, entre ellos, a un autor peruano que, declaró, hasta el día de hoy tiene pendiente releer: Manuel Scorza.

Cuando inició la secundaria, abandonó actuación y mimo —sus tiempos eran otros—, conoció nuevas personas, logrando que su red de amigos se ampliara. Para los 16, se encontraba participando en grupos ligados a la Iglesia Católica —aunque distintos entre ellos—, hasta que se quedó solo en uno. Fueron en esos centros donde ella comenzó a realizar sus primeras tareas comunitarias. Pero aún se trataba de una adolescente y su vida era la de tal: escuela, campamentos, viajes de mochilera y salidas con amigos.

Años universitarios en épocas calientes

El vínculo que desde chica generó con la lectura la llevó a querer estudiar Letras, pero finalmente se decidió por Historia y, ya para 1972, estaba en la Universidad de Buenos Aires estudiando dicha carrera. Paralelamente, en el año 1973, comenzó a estudiar lo que en

ese momento se llamaba Servicio Social, también en la UBA. Ella aún no lo sabía, pero un año más tarde, su rumbo cambiaría: el 17 de septiembre, el ministro de Educación Oscar Ivanissevich nombró a Alberto Ottalagano como rector de la institución. Las tropas del ejército ocuparon todas las Facultades de la universidad, cerrándolas totalmente. Esa opresión dificultó que los y las estudiantes continuaran con sus formaciones como lo venían haciendo.

—“Durante el cierre de la UBA, por un tiempo, algunas comisiones seguimos reuniéndonos con los docentes afuera de la Facultad; en ese momento la carrera de Servicio Social se cursaba en la de Derecho. Cuando se reabrió, se hizo ya con otros docentes, otros programas y con control armado e identificación en los ingresos. Volví para rendir una materia y no pude con ese clima, que sería preludio de lo que vendría después”—, recuerda Patricia.

Su madre era radical y su padre demócrata cristiano; pero la época, los compañeros y compañeras de la Iglesia Católica, la misma militancia religiosa, las lecturas y lo que iba aprendiendo de la experiencia de vida en los barrios, la convirtieron en una mujer peronista.

Sin embargo, para ese entonces, se trataba de una militancia que no mostraba para afuera características que la pusieran en peligro, ya que eran acciones sociales de la parroquia y por distintas circunstancias se trataba de un ámbito protegido. Otros sectores de la Iglesia no tuvieron esa suerte; otros más fueron cómplices. De todas formas, algunas acciones, no tan trascendentes, pudieron seguir haciéndose. Un claro ejemplo que lo demuestra fue cuando el grupo parroquial, al que Patricia asistía, creó una proveeduría de alimentos que estaba ubicada geográficamente a unas cuadras de Fuerte Apache, cuando este recién estaba poblándose. Pero su vida fue efímera.

—“Visto en el tiempo no era sustentable para nada, fue un período difícil. Yo creo que la fundió el Rodrigazo, en el ‘75. La llevamos un tiempo más, pero no”.

A pesar de la situación del país, muchos jóvenes se sentaban a leer, a discutir y también a entusiasmarse con conceptos como Latinoamérica, liberación, dependencia o el Hombre Nuevo. Ese interés por buscar un cambio de aire, nuevas perspectivas e ideas, incentivaron a Patricia a continuar con su vocación —algo para lo que estuvo destinada desde siempre—.

Año 1978, pisaba por primera vez el partido de Morón, Zona Oeste. Alguien le había hablado de la Escuela Diocesana de Servicio Social (EDSS), perteneciente, hasta el día de hoy, a la Escuela Superior de la Universidad de Morón. Estudiar le aseguraba la obtención de herramientas que necesitaba para encontrar soluciones a ciertos problemas sociales, poder transformarlos y así intentar cambiar el mundo. Esto creía ella.

Con más de la mitad de la carrera hecha en la UBA, decidió continuar sus estudios en la EDSS, recibéndose en 1980 y comenzando, casi inmediatamente, a trabajar dentro de un hogar de niños dependiente de la Municipalidad de Morón. Al mismo tiempo, junto con una compañera, se hicieron cargo de la coordinación de la sede de Cáritas Morón, donde reorganizaron los distintos servicios tradicionales y volvieron a poner en funcionamiento una guardería infantil. Todas estas acciones fueron gracias a la presencia de compañeros y compañeras, muchos dedicados al Trabajo Social, que ofrecieron tiempo voluntario para que las actividades pudieran facilitarse. Sin embargo, en 1982 decidió renunciar a ambas labores. Su nueva misión a emprender era otra: trabajar en la Fundación Madre del Pueblo en un Programa de Lotes con Servicios en Laferrere, partido de La Matanza.

El trabajo social desplegado

—“Madre del Pueblo tenía su sede en la Villa 1.11.14, en Bajo Flores, y junto a la Fundación Vivienda y Comunidad, entre otras, surgieron como parte de una estrategia de sacerdotes y comunidades

que organizaron, por un lado, la resistencia al desalojo violento de los “villeros” para el trazado de autopistas que la dictadura quería terminar con vistas al Mundial ‘78 y, por el otro, la búsqueda de recursos económicos y apoyo técnico para acompañar a las familias desalojadas”—, explica.

Mientras el lóbrego período argentino llegaba a su etapa final, Patricia, en conjunto con sus compañeros y compañeras de más edad —y experiencia también—, decidieron fundar el Instituto América con el fin de reflexionar y debatir sobre cómo pensar América, cómo pensar el país y cómo militar desde el peronismo. Pero duró poco y, en cuanto se vislumbró la apertura democrática, fueron a las formas más tradicionales de militancia.

El 31 de mayo de 1985, irrumpió en Buenos Aires y en gran parte del conurbano una tormenta histórica que dejó más de 300 milímetros de lluvia en los suelos. Esto generó estragos fatales en los hogares y en las calles. Tras ese suceso miles de personas tuvieron que ser evacuadas y asistidas. Frente a ese fuerte temporal, conocido como “la lluvia del siglo”, Patricia, junto con el grupo de Cáritas Morón —que en ese entonces comprendía Morón, Merlo y Moreno—, se organizaron con el fin de ofrecer ayuda a los centros de evacuados. —“Sabíamos que había que hacer más y generar respuestas de tierra y techo seguro. Ahí nació la Asociación Civil Madre Tierra”.

Esta asociación se trataba —y aún continúa siendo— de una organización sin fines de lucro, dedicada a trabajar junto a los barrios del conurbano bonaerense por el derecho a la tierra, la vivienda y un hábitat adecuado.

Con el propósito de generar un proyecto demostrativo y de impacto, varias organizaciones, en concreto cuatro, entre las que se encontraba Madre Tierra, crearon el Programa Social de Urbanización, el cual se propuso construir la infraestructura de 900 lotes en el Gran Buenos Aires.

—“El primer barrio con tierra donada que se dotó de infraestructura fue Santa Paula en Trujui, Moreno, para 39 familias. Luego vinieron otras líneas de acción como el acompañamiento para la regularización de tierra ocupada en diversos asentamientos. Desde distintos espacios se buscaba que fuera el Estado quien generara una política de tierras que, obvio, iba a ser más sustentable”—, añade Patricia.

En 1988 nació Pueblo Libre, una agrupación política que abrazaba la idea de generar, junto con otras organizaciones y sectores, un proyecto político que impulsara el desarrollo local en el municipio de Moreno.

La función pública

Un año más tarde, precisamente en mayo, el conurbano bonaerense se puso bravo: estalló la crisis hiperinflacionaria y varios negocios sufrieron saqueos de todo tipo. En ese contexto de mucho agite social, económico y político, Mariano West, entonces secretario de Bienestar Social de Tierras y Viviendas de la Municipalidad de Moreno, fue convocado para que ocupara la Secretaría de Acción Social de la Provincia de Buenos Aires. Madre Tierra y Pueblo Libre lo acompañaron. Entre sus integrantes estuvo Patricia, quien se encargó de la Dirección Provincial.

La política social, salvo algunos programas focalizados, se centraba en el reparto de alimentos a los municipios y a algunas organizaciones. —“En una situación social que seguía agravándose, fue un desafío importante. Ahí se generó el Plan Alimentario Integral y Solidario, con algunas características que aún hoy en día reivindico: la transferencia directa de fondos a los destinatarios, organizados en grupos por barrio y localidades, que permitía el fortalecimiento de vínculos; y otros proyectos, además de lo alimentario, como, por ejemplo, la mirada sobre el desarrollo local”—, explica Patricia, quien continuó trabajando en la Dirección hasta que decidió ya no hacerlo más: habiendo permanecido durante cuatro años en ese lugar, renunció.

En 1995 asumió el cargo de concejal en Moreno, con West como Intendente Municipal.

—“Ya antes de llegar a la Municipalidad, discutíamos en cómo debíamos pensar nuestra ciudad y nuestro pueblo, bueno, además de ocuparnos, con cero presupuesto, de bromatología y de las luces”—, dice ella.

Para este nuevo conjunto, la creación de un Departamento Judicial, la instalación de Parques Industriales y la puesta en marcha de una universidad, le daría a Moreno una trama institucional importante.

—“En un distrito con tantos déficits estructurales como Moreno, darnos un planeamiento ordenador no era menor ni un tic tecnócrata. Era optimizar los escasos recursos sin perder el horizonte de sentido que nos había traído a la militancia política y al poder local. Aquí también adeudamos una sistematización de propósitos y logros de esos años, con mirada crítica, por supuesto. Espero que alguno de los más jóvenes, que fueron también protagonistas, recoja el guante y lo haga. No se trata solo de acciones de gobierno sino de reflejar un espíritu que animó y aún anima un proyecto político, claramente peronista y, por lo tanto, sustentado en valores y en la búsqueda del bien común. En estos tiempos, esto puede parecer retórico o peor aún, justificación de la ‘casta’. Pero existió, yo lo viví, lo vivo y estoy segura de que hay voluntades por ahí con ganas de transformar, con ganas de lo mismo”—, cuenta Patricia con un gran entusiasmo.

Para el año 1996 se había creado una Asociación Civil Pro Universidad de Moreno, en la que participaron miembros de la comunidad, docentes de escuelas secundarias y personas interesadas en avanzar con el objetivo. Se hicieron dos cosas importantes en ese período. La primera fue la firma de convenios con la Universidad de Luján y la Escuela Florencio Molina Campos, ubicada en la calle Mariano y Luciano de la Vega, para el dictado de clases de la carrera Licenciatura en Administración. La segunda se trató del desarrollo de un proyecto

de ley para la creación de una universidad que, para ese momento, Moreno y su gente ya estaba esperando.

Era 1997 y el Senado recibía por primera vez unos papeles que no solo guardaban encuestas y datos estadísticos, sino también un sueño: crear la Universidad Nacional de Moreno. Pero las cosas salieron mal: el proyecto no tuvo tratamiento, no hubo consenso político y, por ende, cayó.

Existía una necesidad para los y las jóvenes del conurbano porque, por ejemplo, estudiar en la reconocida y destacable UBA, implicaba para un morenense viajar 40 kilómetros; y no solo se trataba de una distancia geográfica, sino también de una distancia cultural, ya que pocos podían acceder a ella.

Otra gran necesidad era el poder pensar Moreno desde Moreno, visualizarse como conurbano y no “dependiente de”.

—“El pensar en las necesidades de desarrollo e innovación local es propio de una universidad propia”—, asegura Patricia, quien también fue senadora provincial desde 2001 hasta 2005.

Durante su período en la Honorable Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires no olvidó las urgencias que el municipio tenía: impulsó —y logró que se concretara— la Ley N°13.601 de Creación del Departamento Judicial Moreno-General Rodríguez, siendo que antes Moreno dependía del Departamento de Mercedes, a 100 kilómetros de distancia.

Paralelamente, se encargó de otros proyectos igual de importantes, como, por ejemplo, la Ley N°13.136 de Actividades Laborales de Autoempleo y Subsistencia. Esta dio lugar a un Registro ALAS, aún en funcionamiento, que otorgó algunos beneficios a sectores de la economía social. —“Impulsar una ley de fomento al sector obedeció al momento y a la trayectoria del Instituto Municipal de Desarrollo

Económico Local de Moreno, pionero en la generación de políticas activas al respecto”—, declara Patricia.

También estuvo involucrada en el desarrollo de la Ley N°13.298 de Promoción y Protección de los derechos de niños, niñas y adolescentes. —“Fui vocera más que autora, aunque así figuré. Fue bastante vapuleada la ley; su reglamentación e implementación no está dando cuenta de que la desigualdad y la fragmentación creciente, sigue dejando demasiados pibes arrasados y a la intemperie de cualquier protección”.

La germinación de la UNM

Volviendo a la universidad. Corría el año 2003, Néstor Kirchner había sido nombrado presidente de la Nación Argentina. Mariano West junto con Andrés Arregui, Intendente de Moreno, le pidieron el uso del ex Instituto de Asistencia Infantil Mercedes de Lasala y Riglos para el funcionamiento de un Centro Universitario. El sí no tardó en aparecer y, a través de un acto —donde Néstor estuvo presente— se firmó el comodato de uso del edificio; además se concretaron, también, convenios con la Facultad de Periodismo de la Universidad de la Plata para efectuar la carrera de Comunicación; con la Universidad Nacional de las Artes para realizar la carrera de Multimedial y con la Universidad de Luján y la de Sarmiento para hacer las materias introductorias.

Durante esos meses, comenzó a remodelarse el edificio con la idea de empezar a dar clases el siguiente año. Patricia no quiso dejar de mencionar que quienes trabajaron para la puesta en valor del Edificio Histórico fue gente del Plan Jefes y Jefas: una asistencia brindada por el Gobierno Nacional con el fin de consolidar la recuperación laboral que se vio devastada luego de la crisis del 2001. También contaron con financiamiento obtenido a través de un proyecto presentado al Ministerio de Acción Social de la Nación.

En el año 2004 el Centro Universitario estuvo listo para el dictado de clases, tal como se había diagramado.

—“Llegó a tener mil y pico de alumnos. Después vino el CBC de la UBA. Es metodológico esto, mientras vos vas con el propósito, hay que construirlo.

—¿Por qué se eligió Riglos?

—Siempre supimos que sería Riglos —dice Patricia—. Sus edificios y los terrenos aledaños, que eran parte de la donación original, debía ser el lugar donde asentar nuestra universidad. Tardara lo que tardara. Nunca se pensó que no se iba a hacer, pero tampoco se esperó de brazos cruzados. Me acuerdo en el ‘96 que se manejaban los censos anteriores, los porcentajes de estudiantes universitarios en Morón o en Tres de Febrero eran altísimos, comparados con los pocos estudiantes o graduados universitarios de Moreno. ¿Qué era?, ¿nos faltaban capacidades? No”.

La segunda petición para crear una universidad fue presentada en el año 2006 por Mariano West, quien había asumido como Diputado Nacional por la Provincia de Buenos Aires. Sin embargo, el pensamiento tecnocrático mostraría su enorme poder una vez más: el proyecto no tuvo tratamiento, no hubo consenso político y, por ende, cayó.

Era el año 2009, Mariano West, aún diputado Nacional, volvió a presentar la propuesta. —“La tercera es la vencida, dicen muchos”—. La noche del 2 de diciembre, Patricia se encontraba en su casa, mirando algo en internet, cuando de pronto irrumpió una llamada al teléfono. Tras ese dispositivo escuchó la voz un colega diciéndole: “Me avisaron recién, es ley”. —“Y efectivamente, la tercera fue la vencida”—.

La Ley 26.575 dio conformidad a la Universidad Nacional de Moreno —la UNM— y la creación fue en el marco de otras universidades a las que luego se llamó Universidades del Bicentenario.

—“Me gusta decir que más que producto de una ley, la nuestra es producto de una lucha. Seguramente si rastreamos en la historia de esas otras creaciones, encontraremos también grupos y comunidades con historias parecidas. Un anhelo construido por el desarrollo local que se hace posible cuando el contexto de un proyecto de país lo reconoce y lo levanta”—, cuenta ella, 15 años después de haberse aprobado.

En el año 2010 comenzó a dar clases dentro de la UNM en la carrera de Trabajo Social. La materia era, precisamente, Trabajo Social I. Para el año 2020, entrando en la pandemia, decidió dejar y dedicarse a nuevos proyectos. Sin embargo, nunca se alejó de la institución.

—“Disculpame, ¿podemos salir un ratito afuera?

—Sí, Patricia, por supuesto.

Ella agarra su bolso y sale, dejando su cuadernillo en el mismo lugar. Los 27°C que el Servicio Meteorológico pronosticaba, son reales. Hace calor; de todas formas, el viento actúa como salvador. Alrededor no hay sillas, solo un árbol viejo que sirve como una especie de respaldo, incomodísimo, para quien tiene en mano una notebook con preguntas en la pantalla y un celular con el que intenta grabar, a pesar del sonido exterior, la trayectoria de una mujer que dedicó —y aún dedica— su vida entera a la búsqueda del bien común.

—Estás incómoda vos.

—No tengo problema, ¿usted?

—No, no. Yo estoy acostumbrada porque para fumar siempre tengo que salir, así que...”.

Escenarios del mañana

—“Le hago una pregunta con respecto a la universidad, ¿cómo cree que debería ser su futuro?

—La respuesta es un libro —se ríe mientras enciende un cigarri-
llo—. No te lo puedo contar solita, pero, a ver... creo que tendrá que
cuidar al menos dos planos que, por supuesto, están relacionados.
Su cigarro está encendido, consumiéndose solo, mientras ella
reflexiona.

—Por un lado, la universidad debe mirarse y corregir, si es necesario,
al interior de cada carrera y departamento, tanto en sus proyectos
de investigación, innovación tecnológica y extensión, con la mirada
puesta en sus sentidos últimos. Cuidar, por tanto, la dirección estra-
tégica y su integración interna para que permita fortalecer grupos
y equipos que vayan alcanzando y ampliando metas. Esa comunidad
de personas y saberes, transversal a carreras y departamentos, son
la esencia de la universidad. Acá todos los docentes no pensamos
igual, somos diversos. No solamente porque venimos de distintas
disciplinas sino porque venimos de distintas trayectorias personales y
construcciones de historias diferentes, de militancias, o no, diversas.
Y esa diversidad la ha enriquecido. Creo que, aunque no se note, los
estudiantes, que hoy son graduados, también han ayudado a configu-
rar la personalidad de la universidad. Con un estilo que, obviamente,
es conurbano y, por ende, mestizo.

Hay un silencio. Una pausa.

—Lo digo con todo el cariño del mundo eh —deja mostrar su sonrisa
y lleva su mano al pecho—, a mí me gusta decir que es mestizo.

Hay otro silencio. Otra pausa.

—A mí lo blanco y negro no me gusta. Me gusta lo que reúne diversidad y puede ser una unidad.

Lo que expresa es una síntesis que deja al desnudo su mirada crítica ante un momento un tanto complejo. Mientras tanto, su cigarrillo se está extinguiendo por completo, y ella sigue ahí, de pie, tratando de completar su idea para finalizar el encuentro.

—Por otro lado, creo que nos debemos mucha reflexión, debate y trabajo académico. El cambio de Gobierno Nacional en 2023 fue, y es al mismo tiempo, la subida al escenario de un cambio epocal, de un nuevo paradigma que tenemos que acertar a comprender en sus alcances. Hay una voluntad que te dice: “es desfinanciar o te doy dinero, pero hacés lo que yo quiero”, sometiendo la autonomía universitaria.

‘El que nomina, domina’, afirmó en algún momento el célebre sociólogo Pierre Bourdieu, refiriéndose al poder que tiene aquel —o aquella— al poseer la capacidad de nombrar y de clasificar las cosas en la sociedad; ya que el lenguaje y las categorías que se utilizan para describir el mundo no son neutrales, sino que reflejan las relaciones de poder existentes en la sociedad.

—¿Recordás aquello de quien nomina, domina? —pregunta ella—. ¿Quiénes y cómo se construye la subjetividad hoy? Vacando o tergiversando el sentido de las categorías con que nos manejábamos, las que hoy no son operativas para pensar y construir la realidad. Pero, como tienen que ver con la posibilidad misma de la existencia de una sociedad democrática, tienen que ver con la universidad. Aquí hay toda una tarea para aportar a un presente y a un futuro no tan distópico. Desde nuestras convicciones y nuestras intuiciones más profundas, ocuparnos de esto es un imperativo ético”—, concluye.

La esperanza activa

Patricia alguna vez fue una joven que no lo tuvo todo, pero podría decirse que sí tuvo lo suficiente. No nació ni se crió en barrios pobres, no conoció la angustia de ver un plato vacío en su mesa, ni tampoco le tocó vivir dentro de una familia incapaz de darle lo que se le debe y tiene que dar a un niño o una niña en su infancia. Ella se desarrolló en un mundo de buenas costumbres, cuidados, viajes y amigos. Algo que debía —y debe— ser normal, pero que podía —y puede— ser considerado un privilegio inalcanzable e, incluso, perdido para quienes no atravesaron —o no atraviesan— las etapas de ese modo.

—“He contado cuando daba clase en la universidad que, en mis primeras entrevistas como trabajadora social, a mí en la vida no me había pasado nada. A mí. Había tenido una casa, una familia, una comida. No venía de un barrio con escasa infraestructura de servicios, no venía de una familia inestable. Y me tocó conocer situaciones duras de gente que tenía un año más que yo y que había sido abandonada, que había tenido tres hijos y no tenía manera de criarlos, que había contraído una enfermedad. Ahí aprendí a escuchar y también a darme cuenta de que no tenía todas las respuestas. Aprendí a transitar la complejidad.

—Es difícil.

—Es difícil, sí. Pero para ustedes debe ser más difícil. Ojalá la universidad los haya instrumentado para bancar y para poder mirar el contexto siempre. Poder tener los pies en la tierra, estar insertos en su lugar y su tiempo, pero a la vez, levantar la mirada y pensar estratégicamente cómo mirar. Teniendo también una esperanza activa y contagiosa. Esa actitud esperanzada de que algo más se puede hacer. Un mandato de que algo más hay que hacer. Y eso, para mí, es esperanza”.

Son las 12:50 hs. y el momento de la despedida está llegando.

Patricia se dirige al aula para recoger su cuadernillo y se traslada nuevamente a la entrada del Edificio Histórico, camina por el sendero de cemento que la lleva hasta las puertas que dan a la Avenida Mitre —sin nadie que la espere, sin auto siquiera, solo ella y sus dos piernas ligeras al andar.

—“¿Vas para Moreno?”

—Sí, esperaré el colectivo, ¿usted, Patricia?

—También, pero me voy caminando”.

El sol está muy fuerte —algo normal considerando que es pleno verano—. Patricia decide que caminar no es la mejor opción. Se acerca, entonces, a la parada de colectivos, esperando cualquier línea que la lleve al centro de Moreno para dar comienzo a su siguiente encuentro.



Tomás LÓPEZ MATEO: el piano y el pizarrón

Licenciado en Economía de la UNM y docente en diferentes asignaturas

Por Camila ESPÍNOLA



El 13 de marzo de 2013 no fue un día cualquiera. Fue una fecha que consagra un hito inolvidable: Jorge Bergoglio se convierte en el Papa Francisco. Son las siete de la tarde y en la Capilla Sixtina se escribe un capítulo histórico: el Sumo Pontífice es latinoamericano y, más precisamente, argentino. En la tierra de Maradona y Messi el estupor se vive con intensidad y frenesí. Creyentes y ateos se aglutinan con el mismo sentimiento de orgullo: es argentino y eso es inmutable. La noticia corre, el mundo se conmueve. En la Universidad Nacional de Moreno (UNM) alguien se hace eco y portavoz del suceso. Están en el Curso de Orientación y Preparación Universitaria (COPRUN) y un Tomás López Mateo, aún estudiante y de 24 años, se guarda ese recuerdo para la posteridad.

Los primeros acordes

Argentina, 1989. La hiperinflación arrasaba con los sueldos y esperanzas de un país que había comenzado a transitar sus primeros años desde el retorno de la democracia. Tomás López Mateo nació un 21 de marzo de ese mismo año en la localidad de Castelar, partido de Morón, pero vivió casi toda su vida en Moreno. Creció en la localidad de Francisco Álvarez y es el segundo hijo de Mercedes y Adrián. Su mamá estudió Ciencias de la Educación y la Licenciatura en Historia. Adrián empezó veterinaria pero no pudo terminar. Ambos eran empleados bancarios. Años más tarde, ella dejó su trabajo para dedicarse por completo a las tareas de cuidado del hogar. Manuel, el hermano mayor de Tomás, estudió y terminó Antropología en la

Universidad Nacional de La Plata y, luego, se recibió de comunicador social en la UNM.

Tomás comienza su recorrido educativo en la Escuela Alemana de Moreno. En la casa, sus padres le inculcan el amor por estudiar y conocer. Sabe que va a estudiar algo en el futuro y que también es eso lo que se espera de él. Aunque tiene una buena base para empezar a correr la maratón académica, entiende que la elección que está por tomar a sus 17 años va a generar algunas incomodidades en las expectativas de sus padres.

—Voy a estudiar música en el Conservatorio de Morón —les anuncia. No le resulta novedoso que Mercedes y Adrián tengan otros planes y que pretendan que haga una carrera universitaria y no un profesorado. Pero él está decidido: va a perseguir a “su primer amor”. Tomás toca el piano y es amante del tango y del rock, pero tiene otro interés musical más particular: le encanta la música clásica.

—“¿Quién estudia composición musical y música clásica, además?” —reflexiona ahora Tomás, a sus 35 años, con un recorrido más extenso y varios amores encontrados.

El segundo amor

Tomás es una persona que sigue atentamente las noticias. Desde 2009 conoce acerca de las discusiones en torno a la creación de una universidad en Moreno y su posterior inauguración el 14 de octubre de 2010. Le hubiese gustado estar presente ese día, pero no pudo.

Es un sábado a la mañana de 2012. Tomás está yendo en colectivo a cursar una materia técnica avanzada del Profesorado. Mientras recorrer el conurbano, se percata de algo que llama poderosamente su atención:

—“Hay un enorme cartel en una calle muy transitada, en la esquina de Victorica y el paso bajo nivel... es la publicidad de la UNM. Quizás es la primera gran publicidad... ahora creo que ya no está”— recuerda.

Para ese entonces son pocas carreras aún. Entre las primeras carreras ofrecidas está la Licenciatura en Economía. Tomás queda fascinado, se alegra mucho. Es algo raro para él y le parece muy difícil. Se imagina que ese mundo debe ser una locura, casi como “ser un astronauta”.

—“¡Qué bueno tener una carrera de economía acá en Moreno!”— piensa Tomás. Lo que todavía no sabe es que ese primer encuentro lo va a marcar para siempre.

Tomás ya trabaja como docente en escuelas primarias y secundarias. Sin embargo, hay una espina que no puede sacarse: quiere hacer una carrera universitaria.

—“Quería probarme a mí mismo, necesitaba saber si podía rendir en un ámbito universitario. Cuando intenté anotarme en 2012, la convocatoria ya había cerrado porque era febrero. Tuve que esperar un año para ingresar como estudiante a la UNM”— relata.

Su segunda carrera la realiza mientras trabaja. Es 2012 y gobierna Cristina Fernández de Kirchner. En muchos lugares se empieza a debatir sobre las políticas keynesianas. Es una discusión cotidiana, está en boca de todos. Así lo recuerda Tomás y eso lo inquieta. Otra razón más para ser economista: su incesante curiosidad por entender. Elige economía motivado por su participación política en una organización peronista, a la que va a pertenecer durante una década, y por su interés en entender cómo la economía condiciona e interviene en los ámbitos políticos y sociales.

—“La economía en realidad es economía política, tiene mucho que ver con la política. La mayoría de las personas que intervienen en ella

son abogados o economistas. Me interesa entender. Quiero sentarme a estudiar eso. Decido economía por la coyuntura nacional y personal, pero también porque siempre consideré que los factores económicos son los que más influyen en la sociedad. Hay otros aspectos, por supuesto, pero para mí la economía es la disciplina más determinante—reflexiona Tomás.

La vida del estudiante

El buffet de la UNM es un espacio de encuentro. Es una sala bulliosa con bancos y mesas grandes. Los estudiantes esparcen sus apuntes entre cafés, mates y medialunas. Tomás está sentado y nota la diferencia entre él y sus compañeros que no trabajan. La merienda se siente pesada después de tantas horas de cursada. No tiene la misma energía ya pasadas las ocho de la noche. Recuerda que era más fácil cuando hacía su primera carrera y no tenía que cumplir horarios laborales, dado que hasta los 23 sus papás pudieron apoyarlo económicamente.

—“No llegás al turno noche con todas las luces después de haber trabajado. Creo que eso es lo más difícil”— afirma.

La vida universitaria es intensa. Es fructífera e interesante, pero también es agotadora y condiciona muchos otros aspectos de la vida de las personas. Todo estudiante lo sabe y Tomás no es la excepción. Su vida social se ve notablemente afectada por el tiempo que demandan los parciales, las lecturas y los tiempos de cursada.

A Tomás también le gusta el fútbol, es fanático de Boca. Con el tiempo, los fines de semana de partidos futboleros se transformaron en largas horas de estudio. Estudiar, trabajar y militar implica un gran compromiso. Entre 2015 y 2016 también trabajó brevemente en el Municipio de Moreno y en el Ministerio de Economía.

—“Tenés que resignar un montón de cosas. Ese fue mi caso y es el de la mayoría. No todo el mundo está dispuesto. Eso depende del perfil y de las ambiciones de cada uno”— me dice.

Y Tomás es ambicioso. Mete materias libres, hace malabares para acercarse a las pretensiones del plan de estudios que considera que no es del todo real. Todavía se sorprende con la ingenuidad de los ingresantes que planifican recibirse en 5 años.

Es bueno en la universidad y las notas que le ponen sus docentes lo acompañan. Tiene facilidad para estudiar. Su recorrido es destacado. Está muy comprometido con su universidad. Milita en el centro de estudiantes, forma parte de proyectos de investigación de la UNM y comienza a ser auxiliar de cátedra de un docente que lo marca mucho: Pablo Tavilla.

La militancia estudiantil

La UNM tiene un pasillo que conecta el edificio histórico con los edificios Daract I y II. En ese rincón se encuentran pancartas de varios espacios políticos e importantes reivindicaciones. Una vez por año comienza una campaña muy activa para ganar el centro de estudiantes. En la entrada ubicada en Bartolomé Mitre al 1891, cientos de folletos se reparten a los estudiantes mientras ingresan a sus respectivas clases.

Todo esto que parece dado para los estudiantes del presente, tiene su génesis en 2012. Construir la política universitaria y sus rituales llevó tiempo y trabajo. Tomás fue un activo chef en la cocina política de la UNM.

Mucho antes de la existencia de los edificios Dorrego y Daract I y II, e incluso antes de ser alumno, Tomás empezó a participar del armado del primer centro de estudiantes de la historia de la UNM: en 2012, aún como alguien externo, y en 2013, ya como estudiante ingresante.

Esa etapa de su vida universitaria es un gran insumo de recuerdos y anécdotas.

—“En 2012 yo estaba convencido de que ya estaba anotado como futuro estudiante, me sentía parte. En 2013 empezamos con la militancia de ese primer centro de estudiantes. Eso forjó una comunidad que nos permitió estar involucrados en la vida política de la universidad. La UNM fue para mí dos cosas: un ámbito educativo donde iba a aprender y reflexionar, y también un espacio de militancia”— cuenta.

La lista 14 Unid@s fue una de las primeras listas de la UNM. Un sábado a la mañana, Tomás y sus compañeros tomaron varias decisiones elementales sobre la creación de ese espacio:

—“Recuerdo que estaba yendo con un amigo que estudiaba Comunicación Social a una pequeña casa en Paso del Rey, donde vivía una compañera. Ahí teníamos que decidir el nombre, si iba con arroba, el número de la lista y los colores. Era importante definirlos porque había que ir a comprar las cartulinas. Nos decidimos por el 14 porque es la fecha que fue inaugurada la UNM. Nos parecía imprescindible que tuviera relación con la UNM”— asevera.

La etapa de elecciones es un momento muy efusivo para quienes están en el epicentro del torbellino. A la lista 14 le solía ir bien en los resultados del escrutinio. Con el conteo ya finalizado, las urnas eran destrozadas para participar de un ritual de celebración que se conserva en la actualidad. Transformados los votos en papel picado, la puerta de la universidad se convertía en una fiesta, entre cantitos felices e hirientes de un puñado de estudiantes de distintas agrupaciones que coreaban sin aliento ni descanso.

—“Íbamos a un bar a pocas cuadras, “La Morena”, a festejar siempre que ganábamos. Creo que ese fue un lugar donde se formaron muchas amistades y se generó un gran compromiso con la universidad”— recuerda.

La hora de investigar

Los primeros años la participación política universitaria de Tomás fue muy activa, luego las exigencias de la carrera y otros aspectos de la vida hicieron lo suyo.

Su recorrido fue tan destacado como intenso y vertiginoso. Mientras trabajaba como docente, comenzó a recorrer el largo camino del investigador. No lo hizo solo: en la UNM se encontró con docentes que lo motivaron.

Alejandro Fiorito es un docente que lo acompañó en ese trayecto. Tomás integró un equipo de investigación con él como director y, en ese ámbito, hizo sus primeras publicaciones académicas. Le guarda un profundo respeto y agradece profundamente la generosidad de haberlo dejado participar cuando aún era estudiante en escritos y congresos. Algunos de esos eventos le tocaron de local, cuando decenas de docentes y estudiantes se reúnen en las aulas para la realización del Congreso de Economía Política Internacional (CEPI), que ya lleva cuatro ediciones y en las que Tomás participó activamente.

—“Siempre me gustó leer, escribir e investigar; así que quería meterme en ese mundo para tener una primera experiencia”— cuenta Tomás. En diciembre de 2019 se recibe. Dado el contexto de la pandemia Covid-19, la graduación se hace esperar más de lo previsto. La ceremonia que lo consagra licenciado en economía con diploma Cum Laude se lleva a cabo en diciembre de 2020. Para ese entonces, Tomás se encuentra con varios desafíos nuevos: la docencia universitaria y los estudios de posgrado.

El tercer amor

Es la primera clase de la nueva camada de estudiantes que cursan Estructura Económica Argentina y Mundial. En el aula hay algunos futuros contadores, administradores, economistas y comunicadores.

Hay dos docentes sentados. Comienza la clase. En el centro de la escena, un profesor de larga trayectoria cautiva a los estudiantes. Se desplaza por el aula con la seguridad de la experiencia.

—“¿Cuáles son los problemas económicos estructurales que tiene Argentina? —pregunta.

—¡La inflación! — responde un alumno.

—¿Y por qué? — insiste el docente.

— Por la emisión monetaria o por la restricción externa— esboza otro.

—Más por la segunda te diría yo...” — sugiere.

El primero que toma la palabra es Pablo Tavilla. A su lado está Tomás López Mateo que desde 2019 integra su cátedra, primero como auxiliar estudiante y, luego, como graduado.

—“Creo que Pablo fue muy importante en mi recorrido, así como fueron también otros. Recuerdo materias como Sistemas Económicos Comparados con Eduardo Crespo, un gran profesor y economista que hoy también tengo el gusto de que sea mi director de tesis doctoral. Él es una biblioteca andante, sabe muchísimo. Dudo que haya otra persona que tenga tantos conocimientos sobre su área”— destaca.

De sus docentes aprendió muchas cosas sobre las prácticas educativas. Algunos de esos aprendizajes incluyen identificar que hay estrategias que no van con su forma de dar clases. Su experiencia previa en colegios secundarios lo fortaleció. Para Tomás, la principal diferencia entre la docencia de grado y la enseñanza media es el compromiso que pueden tener los estudiantes. Un docente percibe cuando un alumno quiere estar en una clase o cuando está obligado a estarlo.

En las aulas encontró la expresión de su amor bicéfalo. El ejercicio docente es el hilo conductor que une su experiencia recogida en el profesorado de composición musical y su trayectoria en economía. Ahora sabe que tiene un tercer amor: enseñar.

A veces, en nombre del amor, se dicen muchas cosas sobre la vocación docente, generalmente en detrimento de obtener mejores salarios. Para Tomás, hace tiempo que el concepto de movilidad social ascendente es polémico y discutible. Es consciente de que hubo un pasado donde alcanzar un título te daba la posibilidad de escalar socialmente, pero considera que en la actualidad ese estímulo perdió fuerza con respecto a otras propuestas más atractivas para conseguir mayores ingresos.

La única abuela que llegó a conocer no pudo terminar la escuela primaria, asique también entiende que estar cursando un doctorado es un logro muy importante para su familia. Sin embargo, dado que sus padres fueron empleados bancarios, para él ser docente e investigador no implicó un movimiento en términos de clase social. No hace docencia por eso. Lo hace por razones mucho más profundas.

—“En el caso de mi familia, siempre se valoró la educación, pero sabemos que en este momento es muy difícil poder ascender de clase social simplemente a partir de un título universitario. Yo estoy muy cómodo laboralmente porque la universidad me llena a mí de otras partes: me llena el espíritu de expectativas de conocimiento. La curiosidad es muy importante y eso no te lo da la plata. Creo que una vez que ya tenemos las necesidades básicas cubiertas uno puede aspirar a algo más que simplemente acumular más riqueza. A mí la universidad me dio mucho más que un mejor ingreso”— me dice enérgico.

Los estudios de posgrado

—“Yo soy un producto del conurbano con sus cosas buenas y sus cosas malas. En particular, del sistema educativo del conurbano”—dice Tomás.

Y si hacemos un repaso por su *curriculum*, la afirmación es razonable: formado, primero, en Morón y Moreno, continuó sus estudios de posgrado en la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF) y la Universidad Nacional General Sarmiento (UNGS). En la UNTREF realizó una maestría en Economía y Negocios con Asia Pacífico y en la UNGS está realizando su doctorado en Economía. También da clases en la UNM, la Universidad Nacional del Oeste (UNO) y la Universidad Nacional de José C. Paz (UNPAZ).

En 2020, Tomás comenzó sus estudios en la Université Sorbonne Paris Nord, pero no pudo finalizar la cursada debido a las complicaciones que impuso la virtualidad obligatoria. Su idea inicial era viajar a París, pero la pandemia frustró sus planes. La diferencia horaria entre Argentina y Francia dificultó aún más la situación, ya que las clases se dictaban a las 4 de la mañana y se extendían durante ocho horas diarias, de lunes a viernes. Aunque no pudo completar esa experiencia, valora las herramientas adquiridas y el conocimiento más global que obtuvo en su disciplina.

Presente y futuro de la UNM

La UNM ya no es la misma que cuando se inauguró, allá por el año 2010. Cambió, creció. Tiene más carreras y más infraestructura. Es una universidad que, pese a las adversidades de la desfinanciación en educación, ciencia y obra pública, apuesta a seguir expandiéndose. Sus graduados no salen igual que como entraron. Tomás tampoco es el mismo.

—“Desde hace 15 años que existe la UNM y creo que vino a cambiar muchas vidas, lo pienso en función de la mía. Hay un recorrido de ese lugar que es muy importante. Tener una universidad en Moreno es una demanda de su comunidad y de los partidos aledaños. Se juegan muchas cosas ahí: las expectativas de las familias de los estudiantes y también del sector empresarial, que encuentra allí a futuros trabajadores para sus empresas”— sintetiza Tomás.

La UNM tiene un conflicto judicial hace dos años por la titularidad de un predio y la usurpación del mismo por parte del Municipio de Moreno. Esto afecta no solo a la UNM, sino principalmente a la Escuela Politécnica de la UNM (ESPUNM) y a la comunidad morenense. Este aspecto no es menor ni accesorio a la hora de pensar el presente y el futuro. La relación de un municipio con una universidad es fundamental. La política atraviesa esas cosas, más allá incluso de lo coyuntural.

—“También se juega parte de la visión que tiene la política. El municipio en tanto organismo político en el distrito de Moreno, a pesar de las tensiones actuales, tiene una relación con la universidad. Esa relación es permanente, al igual que en todas las demás universidades del conurbano. Es un recorrido del involucramiento con la comunidad”— argumenta.

Imaginar es importante: es la capacidad que tenemos para distinguir lo posible en una maraña infinita de posibilidades. Tomás espera un futuro próspero para la UNM.

—“La universidad es muy joven, solo tiene 15 años y una trayectoria por delante enorme. Se ha hecho un montón. Cuando yo arranqué era mucho más pequeña en términos de infraestructura, docentes y alumnos. Creo que aún le falta seguir creciendo, tiene que seguir consolidando el área de los posgrados. Tenemos especializaciones pero, por ejemplo, todavía falta tener doctorados. Ese es un recorrido que la UNM va a realizar de forma natural. Para los próxi-

mos años está proyectada la terminación del edificio Dorrego II, que el gobierno nacional paralizó apenas asumió. Hay otros asuntos edilicios también, como, por ejemplo, la construcción de una nueva biblioteca y un auditorio. Está la ESPUNM también, la universidad tiene un compromiso con ese proyecto. Ojalá se resuelva la disputa con el municipio a favor de la universidad. Hay proyectos para agrandar las carreras de grado. Seguramente eso ocurra, porque la comunidad tiene muchísimas demandas de educación superior. Creo que le falta muchísimo por seguir creciendo en términos de plantel docente, investigaciones académicas, libros, *papers*, congresos, productos académicos. Los próximos años van a ser muy interesantes para la universidad. Yo espero cuando me jubile ver una universidad mucho más grande y creo que va a ocurrir. Tengo la expectativa de que se convierta en una de las mejores universidades del conurbano.



Tiene toda la potencialidad para ser una institución de referencia, no solo en la zona oeste, como ya lo es. También espero que en la carrera de economía haya más estudiantes. Espero que se convierta, si no lo es ya, en una de las mejores carreras de economía del país por la diversidad de las escuelas de pensamiento que hay dentro de los programas y el plantel docente. Pienso que podemos colaborar mucho con el país en las próximas décadas, ojalá podamos contribuir a ese logro.

Hay un detalle que omití: Tomás López Mateo fue mi docente. Le dije antes de despedirme que fue un gusto que lo fuera y que le agradezco profundamente por haberme motivado a comprender cosas de economía que no entendía. También le dije que en mi cabeza él era un concepto entre Boca, China y peronismo. Se rió.

—“No sabía que mis estudiantes sabían esas cosas. Me gusta ese concepto”— me dijo.

Julio C. NEFFA: el cuerpo y el trabajo

Docente e investigador y Profesor Emérito de la UNM

Por Catalina N. MÁRQUEZ



“El trabajo es salud”, dice el famoso refrán. De eso no hay dudas, el trabajo dignifica.

Sin embargo, no todo es color de rosas. Si hay alguien que sabe y que le ha dedicado gran parte de su vida a estudiar el mundo laboral, es Julio.

Las circunstancias de la vida marcarían su futuro desde temprano y sellarían en él un interés por comprender de cerca la organización del trabajo y la salud de los trabajadores. Su padre, que pasaba sus horas pintando paredes para llevar el sustento al hogar, había venido a la Capital Federal para trabajar luego de la crisis de la década del `30. –“Mi familia siempre vivió en Entre Ríos, salvo cuando yo nací”.

En ese contexto y bajo el sol del pleno verano, un 28 de diciembre de 1936 nacía Julio César Neffa, el mayor de tres hermanos y fruto del matrimonio de Aldo y Blanca.

De Entre Ríos a Buenos Aires

Sus estudios primarios y secundarios los cursó en una escuela pública de Gualaguay, donde sus buenas notas lo llevaron a ser abanderado durante los últimos años. Fue durante la etapa de la secundaria cuando empezaría a surgir en él un interés especial por el mundo del trabajo y la economía. En sus tiempos libres ayudaba a su papá y trabajaba junto a él en las obras en construcción. Por la mañana, iba al colegio; y en las tardes, trabajaba como obrero pintor de puertas, paredes y ventanas.

Una vez que egresó de la escuela, en el `55, se mudó a Buenos Aires para anotarse en la carrera de Economía Política de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Al mismo tiempo, comenzó a trabajar en una imprenta muy reconocida de la época.

- “Amorrortu se llamaba. Allí aprendí a manejar una linotipo que grababa textos en plomo, que luego servían para hacer las impresiones”.

Mucho antes de la llegada de las impresoras y fotocopadoras, la linotipia era la máquina que había sido inventada en 1886 y había revolucionado la historia de la imprenta. Antes de su aparición, la composición tipográfica era un proceso lento y trabajoso, que se realizaba manualmente letra por letra. La llegada de esta tecnología permitía la utilización de letras móviles que, con un ingenioso dispositivo, funcionaban de forma similar a las máquinas de escribir.

En esa gran empresa editorial que era Amorrortu, Julio aprendió el oficio y fue ayudante de los linotipistas. Guarda de esos años, recuerda, aquellas conversaciones que tenía a diario con los distintos operarios, todos ellos socialistas o anarquistas. Todas esas charlas lo llevarían a empaparse de las inquietudes que tenían los trabajadores y sus luchas.

- “Llegué a ir a varias asambleas sindicales de protesta cuando el gobierno militar intervino los sindicatos y puso a militares al frente de los mismos”.

Aquella experiencia lo marcaría para toda la vida. La caída del gobierno de Juan Domingo Perón en manos de las Fuerzas Armadas lo llevaría, también, a asistir a diferentes marchas en defensa de la libertad de enseñanza.

La vida en la fábrica y en la universidad

En medio de esa crisis política, un joven Julio de 21 años se las ingeniaba para equilibrar su vida universitaria y laboral. Iba de la fábrica, donde trabajaba ocho horas, a la facultad. Como si fuera poco, allí también participaba de manera activa en el centro de estudiantes.

- “En la agrupación Estudiantes Humanistas”- recuerda. En esos años la vida universitaria se interrumpía con frecuencia por huelgas del personal no docente y las clases se daban muchas veces en aulas llenas de basura y de papeles usados. Participar en ese movimiento estudiantil lo acercó a algunos autores, sobre todo de la Filosofía, como por ejemplo Jacques Maritain, un filósofo francés muy importante que inspiraba a gran parte de los “humanistas” de la época.

A su vez, Julio se encontraba haciendo el Servicio Militar Obligatorio y, como se desempeñaba como linotipista, fue enviado a trabajar en las Industrias Gráficas Aeronáuticas, en la zona de Palermo. Allí se editaba el diario oficial para el personal de esa fuerza.

Después se le presentó la posibilidad de ir a estudiar a Uruguay durante tres años.

- “Como me interesaba la Sociología y la Economía hice gestiones, conseguí una invitación y fui a estudiar a Montevideo. Allí conocí a los integrantes de ‘Los Equipos del Bien Común’ y a quienes fueron mis maestros, Juan Pablo Terra y Dionisio Garmendia”.

Ese grupo, recuerda Julio, estaba inspirado en los trabajos de *Economie et Humanisme*, una asociación creada por el Padre Louis Lebreton, un economista y religioso católico francés, miembro de la Orden de Predicadores. Se trataba del ala más progresista de la Iglesia Católica de esa época. Este acercamiento con el pensamiento de Lebreton y de aquellos colegas lo motivaron a estudiar las dimensiones sociales de la economía y, en particular, el trabajo humano.

Mientras se hallaba en Uruguay debió interrumpir su carrera en la UBA para luego retomarla a su regreso, en 1961. En ese momento se encontraba sin trabajo y lo habían convocado para participar en una actividad de las 62 Organizaciones, el brazo peronista del movimiento sindical. Luego, y frente a la sucesiva creación de sindicatos que habían nacido a partir del derrocamiento de Perón, se creó desde la Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos (CLASC) el Instituto de Formación Social Sindical. Y ¿quién mejor para dirigirlo que Julio? Allí, él se encargaría de dictar cursos para los delegados sindicales y capacitación para los trabajadores. En ese entonces, gran parte de los secretarios generales de la época y de sindicatos de la Confederación General del Trabajo (CGT) habían realizado esas capacitaciones.

Contacto en Francia

Entre el '63 y el '65 terminó sus estudios de Licenciatura y se postuló a una beca del gobierno francés para continuar estudiando allá. A pesar de los kilómetros de distancia que separaban Francia de Argentina, Julio continuó siguiendo de cerca la formación sindical que él mismo había iniciado en nuestro país. Un subsidio por parte de una fundación alemana les había posibilitado crear legalmente un Instituto de Educación y Capacitación de los Trabajadores: se llamó ITEC y contaba con ocho educadores obreros que actuaban como delegados regionales en distintos puntos del país. Junto a ellos organizaban los cursos de formación sindical abiertos, destinados no solo a los argentinos sino a todo el mundo.

Durante su estancia como becario francés cursó en el Instituto de Estudio de Desarrollo Económico y Social (IEDES). Allí estuvo acompañado por Mercedes, su esposa, a quien había conocido cuando ella era dirigente del Centro de Estudiantes de Económicas de Buenos Aires e integrante, también, de la agrupación Humanista. En Francia conoció a Henri Bartoli, uno de los economistas del trabajo más conocidos de ese entonces. Luego de consultar en distin-

tas facultades, se inscribió para hacer el doctorado de Economía del Trabajo en la Universidad de París. Durante su estadía en Francia llegó Patricio, su primer hijo.

La tesis doctoral de Julio se centró en analizar las estrategias y luchas sociales de Argentina, donde hizo una revisión minuciosa sobre la historia nacional repasando, también, el rol que habían tenido los sindicatos. Durante su estancia en Francia, fue convocado para conocer por dentro el trabajo que venían realizando desde el Instituto Internacional de Estudios Laborales de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Recibió una beca para ir tres meses a Yugoslavia, donde se empapó de la experiencia de autogestión que se venía desarrollando allí.

Argentina, el Cordobazo y después

El país se encontraba envuelto en grandes revueltas sociales en distintos puntos del país que tendrían como desencadenante un acontecimiento que marcaría un hito en la historia argentina: la gran movilización popular en Córdoba, conocida como “el Cordobazo”.

Sumido en ese contexto, el plan de Julio era trabajar en el Instituto Di Tella. Sin embargo, por aquel entonces, había entrado en una crisis financiera, por lo cual varios de sus centros de investigación habían sido desactivados. Frente a eso, surgió la posibilidad de trabajar en el CONICET y en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). En la Facultad de Ciencias Económicas de esa universidad, Julio se ocupó de organizar el curso de ingreso y, luego, ganó por concurso la cátedra de “Política y Derecho Social”. A su vez, también le habían encomendado la dirección del Departamento de Ciencia Administrativa, carrera que se había creado de forma reciente.

En aquel tiempo eran muy pocos los investigadores y becarios de CONICET que se dedicaban a estudiar temas de Economía y Sociología. En el '71 vendría otro de los momentos que marcarían

el desarrollo profesional de Julio para siempre: la creación del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL) del CONICET.

“Quiero hacer un centro de investigación”, le había dicho Julio a Horacio Núñez Miñana, destacado académico y economista de la UNLP, desaparecido en 1985.

El trabajo como objeto de estudio en Argentina y en Venezuela

Ya con el visto bueno, aunque con escasos recursos económicos, se creó el CEIL; al inicio dependiente del Instituto de Investigaciones Administrativas de la Facultad de Ciencias Económicas de la UNLP y, luego, integrado definitivamente al sistema de institutos de CONICET. Entre sus miembros fundadores estaba Julio, quien junto a sus colegas llevaba adelante cursos e investigaciones sobre las políticas de empleo en Argentina y en la provincia de Buenos Aires. Su militancia y cercanía con los sindicatos de trabajadores seguía allí presente en cada paso que daba: dictaba cursos en diversos sindicatos, como el de los telefónicos, el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), la Asociación Bancaria, entre muchos otros.

En paralelo a su crecimiento profesional, la familia Neffa se iba agrandando. Para el '74 ya habían nacido sus otros tres hijos: Gustavo, Marcelo y Gabriela, la menor de cuatro hermanos y la única mujer. Por ese entonces, ya se encontraban viviendo en Gonnet cuando irrumpió el Golpe de Estado.

- “Me dejaron cesante y fue una situación de crisis porque a mi esposa, que dirigía un instituto en la provincia de Buenos Aires, también le sucedió lo mismo”- recuerda.

A finales de ese año, la OIT lo volvería a contactar para desarrollar una actividad en Venezuela para el mejoramiento de las condiciones de trabajo. Luego fue contratado para trabajar, con sede en Lima, como experto consultor en esas temáticas. Estas experiencias, como

así también su cercanía con el mundo de los sindicatos y los trabajadores, lo llevaron a tener conocimiento no solo de lo que sucedía en nuestro país, sino también sobre la región. Así fue el surgimiento en Julio de un interés especial por estudiar las condiciones y el medio ambiente de trabajo.

- “En ese momento, en Argentina, esta problemática no tenía mucha vigencia. Cuando hablamos de condiciones y medio ambiente de trabajo están los problemas de higiene y seguridad, pero hay otros temas que también tienen mucha importancia y que después son recuperados por el concepto de ‘Riesgos Psicosociales del Trabajo (RPST)’”.

Entonces, el concepto de condiciones y medioambiente de trabajo era muy reciente en Argentina, a pesar de que en los países centrales ya se venía abordando.

Para entender la problemática en la que se va a centrar Julio es conveniente retomar una de sus frases de cabecera: “Cuando una persona trabaja, es todo el ser humano el que trabaja y no solamente el cuerpo”.

Por muchos años, en el campo de los estudios laborales, el interés se encontraba focalizado en estudiar los efectos de las malas condiciones de trabajo sobre el cuerpo humano, es decir, poco se sabía sobre las consecuencias psíquicas y mentales, problemas como el estrés o la ansiedad eran dejados de lado o subestimados. En cambio, hablar de RPST refiere no solo a los que pueden tener un impacto físico, sino también psíquico, mental y social.

- “En Argentina sucede que la tasa de desempleo es baja, pero la mayor parte de la población económicamente activa no tiene un trabajo estable. Eso influye psíquica y mentalmente en el trabajador”.

¿Cómo estudiar al trabajo en democracia?

A su regreso al país en 1984, Julio fue designado asesor de la Secretaría de Ciencia y Técnica que conducía un famoso matemático, Manuel Sadovsky, y con el apoyo de la Embajada de Francia organizó numerosos seminarios intensivos de investigación a nivel de postgrado con los más famosos economistas, juristas y sociólogos del trabajo franceses. La Embajada pagaba los billetes de avión y los expertos eran alojados en hoteles de los sindicatos. Para cubrir los gastos de estadía los participantes hacían una contribución voluntaria. Fueron varias decenas de seminarios organizados que duraban una semana durante todas las mañanas.

Al año siguiente, con otros colegas del CEIL, Julio formuló el plan de estudios de la primera carrera de Licenciatura de Relaciones de Trabajo en Argentina, la que en 1985 pasó a formar parte de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y, luego, fue estímulo y ejemplo para ser creada en otras universidades. La misma se había inspirado en la experiencia francesa y en el Instituto Internacional de Estudios Laborales de la OIT, donde Julio se había desempeñado como profesor.

Producto de su vasta especialización y una vida dedicada a estudiar estas problemáticas, organizó numerosos congresos, seminarios y charlas en Argentina y en la región. Todo ello lo llevó a tener a cargo la creación y dirección, durante 20 años, de la Maestría en Ciencias Sociales del Trabajo en la UBA y a dirigir las de Gestión y Programación de las Relaciones de Trabajo en las Universidades del Nordeste y Lomas de Zamora.

El desembarco en Moreno

Recién allá por el año 2009 cruzaría su camino con la ciudad de Moreno. Por aquel entonces llevaba adelante una investigación en el Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación, donde

se encontraba trabajando también Hugo Andrade, quien años atrás había sido su becario.

- “Me enteré por Hugo que se había promulgado la ley para crear la Universidad Nacional de Moreno (UNM) y, cuando finalmente se creó, me ofrecí a dar una mano para la organización de las carreras del Departamento de Economía y Administración”.

En esos primeros inicios de la institución, Julio recuerda haberse concentrado principalmente en la diagramación de la Licenciatura en Relaciones del Trabajo. Las primeras camadas de estudiantes de la UNM lo tuvieron como docente en la materia titulada “Condiciones y medio ambiente de trabajo”. La materia contaba con un programa y una bibliografía seleccionada cuidadosamente por Julio. Desde el comienzo tenían en claro que la licenciatura debía tener una orientación pluralista y no pro patronal, ya que ponía una especial atención en los intereses de los trabajadores.

- “El pluralismo es algo muy propio de la UNM. No hay una sola teoría que domine, sino más bien hay una heterodoxia que permite la existencia del debate y la discusión”.

El hecho de haber estado desde los inicios en la Universidad le permitió ver de cerca su crecimiento. De aquellos primeros años recuerda que entre los estudiantes había muchos abuelos y abuelas que se acercaban a estudiar ya que no habían tenido antes esa oportunidad. Distintas generaciones podían ahora tener la posibilidad y el derecho de estudiar.

- “Le permitió acceder a la universidad a personas que habían quedado a mitad de camino. Y ahora, en la actualidad, la universidad ya forma parte del panorama de la ciudad”.

Según Julio, la existencia de la UNM en la ciudad de Moreno ha producido un cambio en la estructura social, ya que ahora son muchas

más las familias que pueden acceder y cursar sus estudios universitarios. Además, esa pluralidad que mencionaba antes, se refleja también en la amplia oferta de carreras que ofrece.

En su querida UNM participó y organizó una cantidad innumerable de congresos, seminarios, charlas y debates. Llevó adelante la dirección de diversos proyectos de investigación y continúa colaborando en la formación de becarios y docentes. Entre sus libros publicados podemos mencionar *Aportes para pensar la pospandemia Covid-2019* y *La participación de los trabajadores en la gestión de las empresas*, ambos publicados por UNM Editora.

Los papeles pueden decir que se jubiló en 2012, pero su pasión y compromiso académico por seguir formándose y formando a otros nunca se detuvo. La humildad a lo largo de los años nunca la perdió; y si hay algo que destacan sus colegas, es su amabilidad y consideración a la hora de trabajar. A pesar de que para muchos es un referente en materia de estudios laborales, nunca dejó de trabajar a la par de sus equipos y ser agradecido.

Ese entusiasmo por seguir investigando sigue más presente que nunca. Actualmente se encuentra colaborando en un proyecto de investigación dirigido por la doctora María Laura Henry, donde analizan los RPST en el sector de la salud. Quienes participan hacen un trabajo de hormiga y minucioso, donde visitan instituciones de salud, hospitales y clínicas para conocer las autopercepciones de quienes trabajan allí. Producto de este trabajo se publicó recientemente un libro, también editado por la UNM, titulado *El estudio de los riesgos psicosociales en el trabajo en una gran empresa industrial: marco teórico y diseño metodológico*.

Sin embargo, hay dos cosas que le quitan el sueño a Julio y le producen dolor. Por un lado, la usurpación del predio de la Escuela Secundaria Politécnica de la UNM (ESPUNM) por parte de la Municipalidad de Moreno le parece un hecho lamentable, ya que esto

impide la construcción y ampliación de las instalaciones. Y, por otro lado, el actual proceso de ajuste que ha paralizado la terminación de los nuevos edificios con aulas, dado que impide que la Universidad pueda seguir creciendo.

- “Para que haya más estudiantes y más carreras se necesitan nuevas instalaciones. El ajuste impide eso”.

Libros, investigaciones... y nietos

Pese a estas dos situaciones, para Julio la universidad puede seguir creciendo. Un ejemplo de ello lo ve en la cantidad de proyectos de investigación que tiene la UNM y que son hechos a pulmón. A su vez, los congresos que se hacen todos los años y los cursos de postgrado generan que esta casa de estudios se siga ampliando.

- “La UNM para mí es un ejemplo. Ha adquirido prestigio, está muy bien gestionada y organizada”.

Parte de ese prestigio se debe no solo a los cuerpos docentes y autoridades, sino también a quienes egresan de esta casa. Muchos de ellos eran estudiantes de primera generación universitaria y hoy en día son los primeros graduados en sus familias. La humildad que caracteriza a Julio hace que no se sienta en condiciones de aconsejar a los jóvenes estudiantes. Sin embargo, se toma el tiempo de compartir aquellas recomendaciones que lo ayudaron a dedicarse a la investigación.

- “Para ser investigador hay que dedicar mucho tiempo para completar la formación, ser capaz de trabajar en equipo, de compartir los conocimientos, y ser consciente de que se aprende a investigar investigando. Es un proceso lento, continuo, impulsado por una motivación o ideología”.

Las ganas por conocer y cambiar el mundo permanecen intactas en Julio, quien hasta el día de hoy continúa actualizándose constante-

mente sobre los nuevos aportes que hay en relación a sus temas de estudio. Así como su pasión, sus rutinas no han cambiado mucho en el último tiempo. “Sigo trabajando la misma cantidad de horas que cuando estaba en el CONICET”, cuenta. De lunes a sábados lleva a cabo sus tareas de investigación mientras que los domingos los dedica exclusivamente a su otra debilidad: sus nueve nietos. Ese es el día donde se reúne la familia y las risas nunca faltan.



A pesar de que su compañera de vida, Mercedes, partió en el 2011, atesora con mucho cariño su recuerdo y sus días más felices. El amor de sus hijos siempre lo acompañó y abrazó.

“Tengo cuatro personas a las que pedirles consejos”, afirma como padre orgulloso. Es que además de las risas, en esos almuerzos de domingo no deben faltar las charlas tampoco.

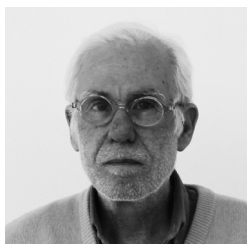
- “Uno es Ingeniero en Aeronáutica, otro es Economista, el tercero Ingeniero en Electrónica y mi hija es doctora en Comunicación Social”. Todos ellos formados por la educación pública, esa que tanto le ha dado a Julio.

En estos quince años que se cumplen de la UNM, su aporte a esta comunidad universitaria es inmenso. Su contribución a la producción de conocimiento, la enseñanza y la formación de jóvenes comprometidos en la resolución de problemáticas sociales ha hecho crecer aún más a esta universidad.

Oscar R. PÉREZ: una ingeniería para el territorio

Docente e investigador de la UNM de la carrera de Biotecnología

Por Ludmila A. LUDUEÑA



Casualidad, un principio un tanto discutible que expresa la combinación de ciertos hechos y circunstancias que dan fruto en un acontecimiento. Algo tan irrelevante como levantarse, salir a caminar y volver a buscar eso que dejaste arriba de la mesa puede derivar en el encuentro con alguien que quizás hace mucho no veías.

Sin embargo, muchas veces tomamos decisiones muy importantes que tienen que ver directamente con quién queremos ser y qué queremos hacer, un movimiento de ficha que podría cambiar todo el juego. Algo que nos dirige a un destino, sin caer en el cliché.

Todo cambia en cada decisión que tomamos. Pensar en esto podría acelerar nuestra ansiedad, dado que tomamos decisiones todo el tiempo, pero algunas pueden significar la construcción de un camino en donde no tenemos ni idea qué nos espera.

Una combinación de factores, como la ausencia de materias en un plan de estudios universitario, un golpe de Estado, un grupo de amigos, una idea, un encuentro y una reunión, podría decantar en la creación de una carrera universitaria. Bueno, quizás no de forma directa, pero sí en la formación y trayectoria profesional de Oscar Ramón Pérez, un biólogo que, a partir de una reunión con el rector de la Universidad Nacional de Moreno (UNM), comenzó, junto a Fernando Raibenberg, el armado de una carrera nueva en la zona.

La atracción por la química

Un 14 de marzo, 81 años después del nacimiento del físico alemán Albert Einstein, nacía a 11.435 km de distancia, más precisamente en un sanatorio municipal de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Oscar Ramón Pérez. Hijo de Oscar, ingeniero civil, y Susana, ama de casa. Su madre falleció cuando él tenía diez años, por lo que se crió con su padre y sus abuelos maternos en el barrio porteño de Núñez. Desde su adolescencia tuvo una formación en química, algo que siempre le gustó. El secundario lo hizo en la Escuela Técnica N° 27-Hipólito Yrigoyen, en Capital Federal, por lo que se tenía que tomar un colectivo en Libertador y General Paz hasta Lope de Vega, y ahí tomarse otro. Era una hora de viaje todos los días.

En tercer año de la secundaria, sus abuelos vendieron su casa, lo que hizo que su padre compre una en Martínez, la que necesitaba ser refaccionada. Ese año la técnica se volvió más lejana. Y tal como si fuera producto de la casualidad, al tiempo de mudarse Oscar, padre e hijo, se inauguró un ramal de la línea 21 de colectivos que iba por Panamericana hacia General Paz. En la escuela se dictaban materias por la mañana y, por la tarde, había talleres de electricidad, tornería y carpintería, por lo que el viaje de todos los días se volvió menos tortuoso.

- “A mí no me gustaba nada de eso. Yo sabía que había un laboratorio de química en tercer año, entonces me quedé por eso. Me gustaba la química. Mi padre fue a la escuela técnica, él era maestro mayor de obra y después estudió Ingeniería. Pero no es que me gustaba por él”. En los últimos dos años de la secundaria se fue a vivir a la casa de una tía materna en Liniers, debido a que su padre tenía que refaccionar la casa a la que se habían mudado. Así que la escuela pasó a quedarle a tan sólo unos minutos de distancia. Terminó la secundaria y se volvió a mudar con su padre, en Martínez. En esa casa vivió Oscar mientras hacía el ingreso en la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA) para iniciar su carrera en Ciencias Biológicas. Allí vivieron hasta 1982, cuando se mudaron a Morón, aún más lejos de Ciudad Universitaria.

De química a biología

En su época como estudiante universitario hacía changas de dibujo y planos de casas. Algo que le permitía hacer unos mangos mientras hacía una carrera de gran carga horaria que le dificultaba tener un trabajo formal con jornadas de ocho horas por día.

Oscar cursó la mitad de la carrera de Ciencias Biológicas en plena dictadura y, la otra mitad, en democracia. De hecho, gracias a esta última se cambió el plan de estudios instalado en aquellos años oscuros, en los que habían sacado y metido materias sin ningún criterio afín a la carrera. Un día el nuevo decano, que había estado exiliado durante la dictadura cívico militar, se acercó al cuerpo estudiantil y les dijo: “El plan de estudios vigente no es legal, este es el nuevo plan, ¿ustedes están de acuerdo?”. El centro estudiantil dio el sí y se aprobó el nuevo plan, en el que se implementaron algunas materias. Tal como si hubiera sido producto de la casualidad, Oscar se convirtió en uno de los primeros alumnos de Biotecnología en la vuelta de la democracia, un área que con el diario del lunes sabemos el valor que tuvo en su formación profesional.

En 1985 se recibió de licenciado en Ciencias Biológicas en una Argentina que se reencontraba con la democracia y que, en el marco del gobierno de Raúl Alfonsín, daba inicio al Juicio de las Juntas, un proceso judicial sobre nueve integrantes de las Juntas Militares.

El Conicet y el Malbrán

A seis meses de terminar su carrera universitaria, Oscar aplicó a una beca y participó en los primeros concursos realizados en la UBA, en el área de biología. Debido a un convenio con la universidad, comenzó a trabajar en la Fundación Campomar, actual Fundación Leloir, instituto de investigación bioquímica fundado por Jaime Campomar, un empresario de la industria textil, y dirigido por Luis Federico Leloir, científico que recibió el Premio Nobel de Química en 1970. Al año

y medio de trabajar en dicha institución, volvió a concursar en la UBA pero para un cargo con dedicación exclusiva. Así fue como empezó a trabajar en el área de virología en un centro del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

En 1992, un día como cualquier otro, llegó al laboratorio un pasante que fue a aprender sobre cultivo de células justo en el área que trabajaba Oscar. Este muchacho trabajaba en la actual Administración Nacional de Laboratorios e Institutos de Salud “Dr. Carlos G. Malbrán” (ANLIS Malbrán), un dato para nada menor, puesto que ahí él asumiría el cargo de Jefe de Servicio de Vacuna Antirrábica hasta el 2001, año en que el área quedaría acéfala.

- “Como los sueldos eran bajos yo le pregunté a este muchacho: ‘¿En el Malbrán no hay posibilidad de tener un lugar?’”.

Argentina atravesaba un período de hiperinflación. Justo dio la casualidad de que se estaba reformando la estructura del personal y los salarios prometían un posible crecimiento. Como los horarios no se superponían y económicamente le servía, Oscar decidió trabajar en ambos lugares a la vez, por lo que concursó para entrar en el Malbrán. Allí se abocó a investigar el virus de la fiebre aftosa desde 1992 hasta casi finales de siglo. En esos años se le ocurrió que ambas instituciones podrían trabajar en conjunto y fue por ello que le propuso a uno de los directores hacer un convenio de cooperación y le solicitó tiempo suficiente para poder llegar a trabajar en ambos lugares. Sin embargo, ante la falta de capital el convenio no se pudo dar. Oscar tuvo que elegir y decidió quedarse en el Malbrán, donde continuaría trabajando hasta el presente 2025, como jefe de área del Servicio de Vacuna Antirrábica.

Antiguamente, el Malbrán consistía en un área de producción; un área científica-técnica, que se encargaba de los diagnósticos; y un área de control, que controlaba lo que salía del área de producción. Esta institución dependía del Ministerio de Salud de la Nación, dentro

de lo que en ese entonces era la Secretaría de Política Sanitaria y Acción Social.

Año 1996, gobierno de Carlos Menem. Gran recuerdo para aquellos que aprovecharon el 1 a 1 para comprar tapados de piel, viajar a Disney y broncearse en playas conocidas; dolor de estómago para quienes vivieron en primera persona los ajustes económicos, las reformas laborales y los despidos masivos, para las personas que trabajaban en un Estado que se mutilaba y cuyas partes se regalaban a manos extranjeras. En ese marco, 50 personas que trabajaban en el Malbrán fueron despedidas, lo que desató furia, paros, protestas, movilizaciones y cortes de calles. El conflicto se extendió varios meses y tuvo gran relevancia en los medios de comunicación, dado que se ponía en juego la calidad de la investigación argentina, a la que el gobierno le daba la espalda y veía como un derroche innecesario de capital. Esto, sin dudas, afectó la producción y control de vacunas, y los ensayos de los bancos de sangre, por lo que el Ministerio de Salud tuvo que negociar para reincorporar gente.

En Estados Unidos, 13 años antes de aquella tensión social que se vivió en nuestro país, Kary Mullis, un químico, inventó la Reacción en Cadena de la Polimerasa (PCR), una técnica que sirve para copiar y amplificar una muestra de ADN. En pocas palabras, la PCR sirve para desarrollar diagnósticos de enfermedades, estudios genéticos, pruebas de paternidad o identificar personas en pruebas forenses. Increíblemente, la PCR sería el motivo para que se conozcan Oscar Pérez y Fernando Raibenberg, quienes casi 25 años más tarde armarían, de cero, el esqueleto de una carrera universitaria en nuestra UNM.

En aquel tiempo en que trabajaba en el instituto de investigaciones de CONICET, Oscar se reunía con dos biólogos que habían sido sus compañeros en la UBA. Uno de ellos era hijo del dueño de un centro de análisis clínicos bastante conocido, con dos sedes en el barrio de Pompeya. En esos años, el dueño se había enfermado, sus socios ya eran muy grandes y su hijo no quería saber nada con el

rubro. Un día como cualquier otro, a Oscar se le ocurrió una idea y se reunió con sus amigos.

- “¿Por qué no haces estudios genéticos?” le pregunté a mi amigo, que era hijo del dueño, y le dije ‘eso no lo hace nadie’. Yo se lo propuse en el ‘90, antes de entrar en el Malbrán, que fue cuando se empezaron a fabricar equipos con aplicación en diagnóstico clínico. Entonces yo le pregunté a mi amigo ‘¿por qué no montamos un laboratorio de diagnóstico molecular haciendo PCR?’ Busquemos a alguien que nos financie. Y ahí es que aparece Fernando. Ahí fue que lo conocí”.

El esqueleto de Biotecnología

Fernando Raibenberg se graduó, en 1992, de licenciado en Biología en la Universidad de Lausanne, en criollo, el Harvard suizo de la biología. Al volver al país tenía decidido invertir en un nuevo proyecto y así fue como, hablando con uno y con otro, conoció al hijo del dueño de los laboratorios de Pompeya y a Oscar. Fernando empezó a trabajar en el Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, con Marcela Álvarez, su compañera de la facultad antes de irse a Suiza y quien fue el valioso puente con la Universidad Nacional de Moreno. Gracias a Marcela, Oscar Perez y Raibenberg fueron llamados a una reunión con el rector Hugo Andrade, en el 2015.

Oscar y Fernando, actualmente uno consejero del claustro docente y el otro coordinador-vice decano de la Licenciatura en Biotecnología en la UNM, de un día para el otro se convirtieron en arquitectos de la carrera, con muchos obstáculos burocráticos y todo un mundo de gestión universitaria por conocer.

Ambos profesionales en el área de biología, ¿por qué se abrió Biotecnología y no Biología? ¿Por qué llegó la biotecnología al último cordón del conurbano? Primero tenemos que partir de lo básico, es decir, saber el qué y el para qué. La biotecnología es una disciplina

que trabaja con organismos vivos, células o ADN, con el propósito de resolver problemas vigentes en el entorno y en nuestras vidas, a través de la ciencia y tecnología. La medicina cuenta con la biotecnología, ya que gracias a ella se pueden generar productos biológicos, terapéuticos o desarrollar ensayos diagnósticos.

Y tal como me lo explicó Oscar, este conjunto de técnicas es tan antigua como la organización de los Homos Sapiens en comunidades, donde se desarrolló la agricultura, se cosecharon cereales que luego fueron fermentados, empezó la panificación y escaló a la producción de bebidas alcohólicas. Es como una especie de red donde todo nació entendiendo los principios básicos de algo que en su momento no tenía nombre pero que se formó como una disciplina gracias a los avances de la ciencia y la tecnología. Por ejemplo, la vacuna de la Hepatitis B no se podría haber logrado sin tecnología, ya que con ella se produjo el virus. Algo sumamente innovador, dado que desde comienzos del siglo XX la mayoría de las vacunas virales se obtenían a partir de los animales, y a lo largo de los años se comenzaron a tomar células de los organismos para hacerlas crecer y multiplicarse, a través de lo que se conoce como cultivo de células.

Biotechnología era acorde a las necesidades de la zona y competitiva, puesto que su oferta académica no se encontraba en el territorio. Fueron estos los motivos por los que Oscar y Fernando le propusieron a Hugo Andrade, en esa reunión, abrir esta carrera en la UNM. – “Si queremos hacer una carrera competitiva, tenemos que hacer una carrera de calidad, una calidad con la que ya cuentan las universidades de prestigio. Eso sí, estamos hablando de una carrera cara porque se requieren laboratorios para docencia y para investigación”, me acuerdo que le dijimos al rector y él nos dijo que lo iba a pensar. A los días nos llamó y nos dijo “ustedes armen el plan de estudios de la carrera y yo me encargo de conseguir lo necesario”.

La hora del laborarorio

El resplandeciente edificio de laboratorios que a todo aquel que pasa le llama la atención por el brillo de su frente vidriado, tiene toda una historia “behind the scenes” acerca de su planificación y posterior construcción. En una tarde, Pérez y Raibenberg se pusieron a hacer un plano y diseñar algo semejante a lo que algún día sería el segundo piso, área exclusivamente reservada para biotecnología. Faltaba pensar en la parte más complicada que era la inversión y compra de los equipos del laboratorio. Entonces fueron a hablar con un estudio de arquitectos para que diseñen eso que estaba dibujado en un papel.

La construcción del edificio se aprobó. Cambió el gobierno. Se cayó la licitación y, al tiempo, le dijeron a Andrade “vuelvan a licitar que hay presupuesto para construir”. Ya con la construcción aprobada, faltaba el equipamiento del laboratorio, el cual se logró a partir del primer “Equipar Ciencia”, un programa lanzado en el 2017 por el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de la Nación, con el propósito de brindar equipos de última tecnología a laboratorios y centros de investigación.

Fue todo de golpe. De un día para el otro, estos dos biólogos que ya se conocían desde hacía 25 años, por una combinación de diferentes factores tenían que iniciar algo que en menos de un año iba a comenzar a funcionar. Se pusieron en campaña y comenzaron a esbozar una especie de plan de estudios, algo de lo que ellos no tenían ni idea porque nunca habían estado tan cerca de lo que es la gestión universitaria. Andrade les entregó un documento de la creación de la universidad, es decir, los lineamientos básicos de cómo se había creado. Así fue como contaron con la ayuda de Adriana Sánchez, secretaria académica –quien de manera entusiasta les decía “ustedes pidan lo que necesiten que yo se los consigo”–, Milena Ceballos, Beatriz Arias y Adriana Speranza, quienes ya habían participado en la creación de las carreras de Arquitectura y Comunicación Social, entre otras.

- “Hicimos los programas de estudio y, en ese momento, la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU) tenía estándares para las carreras. Entonces, bueno, nosotros dijimos ‘en algún momento tendremos que acreditar, pero será cuando la carrera avance y ya tengamos una primera cohorte’. Entonces, confiados en eso, nos tiramos a la piletta. Empezamos a armar un esqueleto que era un ida y vuelta con toda la gente de Secretaría Académica y docentes”.

Durante todo el 2015 trabajaron en el plan de estudios de la nueva carrera y un día el rector los llamó para comunicarles que arrancaban a dictarla el año siguiente. Así empezaron a darle cuerpo a ese esqueleto y eso significaba encontrar gente que dictara las materias del programa. Había que conseguir y convocar docentes para que den las materias del primer año.

En ese marco de planificación, surgió la idea de poner una materia de primer año que sea Introducción a la Biotecnología, como para dar un pantallazo general a los estudiantes sobre la carrera. Básicamente, para que se entienda de qué venía la mano. En consecuencia, armaron el programa de la materia y bajaron libros sobre biotecnología.

Desde el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) empezaron a llegar docentes, quienes, a su vez, también les tiraban ideas para que la carrera tuviera un plus de originalidad respecto de lo que estaba rondando en la provincia de Buenos Aires. Quizás fue la suerte uno de los principales factores para crear este nuevo proyecto y llegar a gente que apostara en él; y efectivamente, desde el INTA recibieron mucho apoyo.

Una vez que pudieron programar todo el primer año con sus materias y docentes, comenzaron la búsqueda de profesores para segundo y tercer año. Cuando ya habían encaminado y terminado la planificación de los tres primeros años, los llamó CONEAU para notificarles que había que acreditar la carrera. Acreditar implicaba adecuarse

a los estándares que establecía la comisión, sí o sí, lo cual era un gran desafío, debido a que no había habido mucho tiempo y la carrera ni siquiera estaba terminada. Si bien había ciertos puntos que se podían pasar por alto o postergar, había requisitos de suma relevancia que debían cumplirse indiscutiblemente. A pesar de lograr la aprobación del Ministerio de Educación, aún quedaba lo más difícil... terminar de diagramar la carrera y conseguir gente que apostara a dictar materias en un cuarto o quinto año, para conseguir la acreditación de la comisión nacional.

Oscar y Fernando obtuvieron el apoyo de docentes que eran colegas de proyectos anteriores y de profesionales del INTA y el Malbrán que querían formar parte de una nueva carrera en una universidad joven, ubicada entre las últimas dos estaciones del tren Sarmiento.

Cambio de planes

En el 2018 había que cambiar el plan de estudios, algo bastante tedioso burocráticamente porque implicaba trabajo extra y un dolor de cabeza. Además, había un gran detalle que contemplar, que era acomodar la cursada de todos los estudiantes que ya estaban con el plan de estudios que había que mover. Charlaron con ellos y les ofrecieron cursar talleres complementarios en un plazo de dos años, para que así ningún estudiante viera perjudicada la regularidad de las materias. Todo esto se vivía con un ensordecedor “tic tac” de fondo, como si esa hubiese sido la banda sonora de la película que habían escrito, dirigido y protagonizado Oscar y Fernando en esos tres años.

- “Así acreditamos la carrera en el 2020. La primera cohorte se terminó en el 2020. El problema era que la carrera tuvimos que armarla rápido y aparte había cosas que nosotros las planteamos y dijimos ‘ponemos esto para empezar y después lo vamos viendo, lo mejoramos’. Nosotros pusimos una cantidad de materias y dijimos ‘este es nuestro cuerpo de materias, pero después vamos a poner materias optativas como para que complementen lo que hay. Total, va

avanzando la carrera y las vamos implementando’. La comisión nos dijo que no. Tenían razón pero, bueno, éramos pocos”.

El armado de la carrera se logró con estrés, trabajo, esfuerzo y la ayuda de Marcela Álvarez, Débora Garanzini y más docentes que estuvieron en su creación. Sin embargo, la gestión de la carrera la estaban haciendo los dos biólogos. Ambos concursaron en el segundo año; Fernando quedó como coordinador-vice decano con dedicación exclusiva y Oscar con una semiexclusiva, pero con una dedicación espiritual y mental de un 1000%.

Uno de los principales desafíos que destaca Oscar Pérez fue dar comienzo a una carrera universitaria y acreditarla, con todos los sacrificios y obstáculos que eso implica. A pesar de ello, este es un trabajo permanente, dado que al comenzar había que garantizar que la carrera efectivamente funcionara, que la universidad tuviera graduados todos los años y que formara profesionales que el día de mañana contaran con las herramientas necesarias para formar y encabezar buenos proyectos laborales. Algo que todo docente siempre quiere, que su trabajo de frutos en los logros del estudiante.

Investigar y producir

Otra de las metas que hay que alcanzar es la formación de un plantel de investigadores de la UNM que puedan explotar los laboratorios de manera *full time* y, a la vez, aumentar el portfolio de investigaciones de la universidad. Esto no sólo elevaría el prestigio de la carrera de Biotecnología en la Universidad Nacional de Moreno, sino que, además, permitiría a estudiantes del último año y graduados trabajar en el rubro sin tener que correr de un trabajo a otro para tener solidez económica.

- “Creo que este tipo de carreras tiene mucho impacto en lo que es el sistema productivo de un país, y es por ello que la universidad podría, por ejemplo, empezar a generar *startups* no solamente

en Biotecnología, también en carreras como Ingeniería, Diseño o Arquitectura. Creo que ahí podemos hacer una especie de interacción de carreras para crear pequeñas empresas de la Universidad, en las que trabajarían nuestros alumnos. No es algo inmediato, pero tenemos que ir pensándolo”.

Todas estas son metas para el crecimiento de la UNM y los propósitos principales de una universidad ubicada en Moreno, que posibilita la formación profesional a hijos e hijas de la clase trabajadora. Una universidad que algún tiempo atrás fue un orfanato y que, gracias a proyectos que fueron a puro esfuerzo y corazón, hoy cuenta con docentes de gran experticia, salones, bibliotecas y laboratorios que construyen los cimientos del futuro de miles de estudiantes del conurbano bonaerense.



Oscar Ramón Pérez, hijo de Oscar y Susana, fue uno de los constructores de una carrera que todavía no había llegado al territorio. Cada año, la Universidad Nacional de Moreno tiene graduados en Biotecnología con un plan de estudios que empezó en simples borradores, a las corridas, con miles de obstáculos burocráticos, cambios de carril y muchas reuniones entre Oscar y Fernando, quienes hasta el día de hoy siguen “craneando” ideas para que la carrera sea de calidad.

Todo esto pasó sin planearlo, tan sólo sucedió a partir de una cadena de acontecimientos; como si se tratara de la casualidad enhebrando todo para que hoy una universidad, ubicada en la Avenida Bartolomé Mitre, forme licenciados en Biotecnología.

Roxana R. PÉREZ: una vida construida por la educación pública

Docente de la carrera de Contador Público de la UNM

Por Sasha S. GERBER



- “Yo siempre digo que soy producto de lo público porque nací en el hospital público, estudié en la escuela pública, me recibí de la universidad pública”.

Roxana Pérez nació el sábado 30 de enero de 1965 en el Hospital Penna, en Parque Patricios. Estudió en el Instituto “Félix F. Bernasconi”, la primaria, y en la Escuela Normal Superior N° 11 “Dr. Ricardo Levene”, la secundaria. Luego, ingresó en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

Ella se considera una gran defensora de la educación pública y así lo demuestra su trayectoria. Cree que la salud y la educación pública ponen a la sociedad en un plano de equidad, para que las personas puedan soñar, alcanzar logros y conquistar deseos.

- “A mí me salvó porque al fallecer mi papá cuando tenía 14 años, fue todo un cimbronazo. Si no fuera por la educación pública hubiese sido muy difícil estudiar. Todo lo que yo hoy soy, se lo debo a la educación pública”.

El mandato del estudio

Desde chica, a Roxana y sus hermanas, Mariel y Silvina, su mamá, Juana, y su papá, Enrique, les inculcaron la importancia de estudiar y recibirse. En esa época, por los 80’, pululaba la famosa frase “Mi hijo el doctor”. Era bastante corriente la charla: “Si querés ser alguien en la vida, tenés que estudiar, sino vas a terminar como Fulanito”. Y

varias de esas frases marcan de alguna manera, para bien o para mal. Pobre Fulano, ya debía tener la oreja roja de tanto nombrarlo.

- “Yo fui la primera generación de universitarios de la familia; y las tres fuimos resultado de la salud y la educación pública.

-Debió ser un orgullo para la familia.

-Sí, uno inmenso”.

Así fue como las tres hermanas se recibieron. Vivían en un barrio donde la mayoría de las personas de su edad no iban a la universidad. Pero en su casa, no estudiar no era opción. Y ahora, como contadora pública recibida, trata de transmitirle esa motivación por la educación a sus tres sobrinos.

- “En esa época, que mi papá nos haya insistido tanto en estudiar, en un contexto en donde la normalidad era otra, es algo muy importante”.

Nunca se le ocurrió ser contadora, pero eso sí, la docencia estuvo siempre en su sangre. También quiso ser arqueóloga, para descubrir, investigar y de paso buscar algo interesante, como en las películas. Le gusta mucho la historia, eso fue gracias a las clases de su profesora de Historia Antigua. En su casa el panorama era otro, que de arqueóloga se iba a morir de hambre, que se iba a ir lejos a excavar cosas viejas, y ¿para qué? Mientras crecía se iba diluyendo esa idea, buscó otra profesión.

Estaban por comenzar las vacaciones de verano, entre llantos se despedía de sus compañeros y compañeras de cuarto grado ya que, si vivían lejos, no iban a poder verse por varias semanas. Entre abrazos una maestra le transmitió una idea poderosa.

- “La señorita Clara, me dijo: ‘Vos en tu vida podés ser lo que quieras ser’ y eso me marcó, me empoderó. Después, todo lo que hice, le puse esfuerzo, porque tenía esas palabras en el inconsciente”.

En 1982 se recibió de bachiller docente con orientación pedagógica. Y aún recuerda cómo, en sus años de estudiante, tuvo varias figuras importantes, docentes mujeres que la motivaron en diferentes ámbitos. Eso trata de transmitirlo hoy, en su aula. Incentivar a sus estudiantes para que elijan la profesión que les guste, que se conecten, que se vinculen con lo que están haciendo porque, tal vez, es lo que harán por el resto de su vida.

- “En ese momento, no te voy a decir que sentía pasión por los números”.

En realidad, un verano, a los 16 años, había salido a buscar trabajo y encontró un puesto de administrativa en una empresa mayorista de autopartes.

- “Me dieron para facturar con un talonario y yo no tenía ni idea de dónde estaba. Pero quería que me salga perfecto; entonces, como no me salía, hacía un bollito y las tiraba. Resulta que las facturas estaban todas numeradas, no se podían tirar, las que se anulaban había que guardarlas. Después me preguntaron ‘¿Dónde están las facturas entre la 10 y la 20?’, esas las había tirado”.

Aprendió a revolver tachos de basura para rescatar facturas, a hacer cuentas y depósitos. Entre números y calculadoras comenzó a sentirse un poco “contadora”. Al empezar la universidad, durante el curso de ingreso tuvo la idea de seguir la Licenciatura en Administración, pero la contabilidad llamó más su atención.

En su trayectoria académica conoció una gran cantidad de compañeros y compañeras, entre ellos a Sergio, con quien se reencontró en 2015 y son pareja desde entonces. En ese momento, ella era una

de las únicas que trabajaba y estudiaba, por eso la ayudaban en cada cursada, le pasaban resúmenes, realizaban síntesis, todo para facilitarle un poco más la carrera. Podemos decir que eso sigue igual, la calidad humana entre estudiantes nunca se perdió.

La perspectiva de género

- “También tengo una veta feminista”.

Roxana conoció a Nina Brugo en sus años de universidad. Nina es una abogada laboralista, militante política y feminista, al menos así la describen los sitios web. Para Roxana es mucho más que eso: con ella comenzó a cuestionarse, a debatir y a tratar de pensar -algo que no se hablaba en ese momento- de la perspectiva de género como un pensamiento horizontal. Fue su mentora del feminismo.

- “El tema del feminismo es desestabilizador, es bisagra, porque quienes abrazamos el movimiento nos tratamos de deconstruir todo el tiempo, analizarnos a nosotras mismas, porque tenemos incorporadas costumbres y naturalizadas cuestiones que uno dice, pero ¿cómo puede ser?”

Antes, y a veces hoy también, se les repetía una frase a las mujeres que Roxana tiene marcada: “Buscate un buen partido”, alguien que estudie, que tenga plata, que herede algo. Pero a ella le parece completamente desubicado e innecesario.

En su juventud, cuando alguien del grupo cumplía años, se juntaban en un bar llamado “Posters del tiempo” y se regalaban todo tipo de frases. “El amor que no es todo dolor, no es amor” es una de las que más recuerda; por lo fuerte, insensible. ¿Qué significado se le atribuía al amor?

En el día a día las cosas seguían avanzando, los varones estudiaban, trabajaban, ¿y las mujeres?

- “Ellos fueron conquistando todos los lugares de poder, de conducción, y nosotras nos quedamos con el plato de fideos colgando de las cabezas. Entonces se trata de esa rebeldía de decir ‘yo también puedo’”.

Era una época aún más difícil, los prejuicios y comentarios hirientes eran moneda corriente. Se convertía en casi una necesidad crear explicaciones para apaciguar las consultas o críticas. Las preguntas continuaban igual... “¿para cuándo, para cuándo?”

- “Yo elegí no ser madre, no lo sentía y estoy completa así. Tampoco necesito mi ‘media naranja’. Son un conjunto de frases que eran complejas, y que tal vez se llevan consigo instintivamente”.

Como toda docente (y mujer) que siente su vocación, Roxana cree que ser mujer es dar exámenes constantes. Hay que ser más atentas, más prolijas, prepararse el doble, ser sensibles, comprensivas, tener justificaciones. Todo por las dudas, una nunca sabe.

Cuando se encontró con Nina se pusieron manos a la obra. Después de todos estos años, su misión sigue en pie: más derechos y equidad para poder avanzar e igualdad de resultados para poder cumplirlos, porque bien se sabe que a veces, no siempre se llega.

Trabajaron sobre la Ley de Cupo Femenino que estableció la integración de las listas de candidatos y candidatas a legisladores y legisladoras nacionales con, al menos, un 30% de mujeres con posibilidad de ser electas. Roxana estuvo presente en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires el 6 de noviembre del año 1991, cuando se sancionó la Ley N° 24.012. Esta ley histórica fue la primera en el mundo en intentar revertir las barreras que obstaculizan la participación de las mujeres en la política.

Junto a Nina estaban en todas las luchas dando pelea, en congresos nacionales, asambleas y reuniones. Roxana sabe muy bien que

detrás de las miles de mujeres que hoy estudian o votan, hubo una inmensa pelea de otras que lo consiguieron, una lucha histórica. Por eso intenta contribuir, con algún granito de arena, en un legado que podría quedar para las futuras generaciones.

- “Vimos más de lo que creíamos que íbamos a ver; pero aún falta”.

La vida contable

Mientras tanto, en el ámbito laboral, ella comenzó a desarrollarse en un área liderada por hombres, y sus trabajos desafiaban esa lógica.

- “Me fui haciendo así, a los ponchazos, empezar a trabajar tan joven me dio mucha práctica y experiencia”.

Luego del trabajo en la empresa de autopartes, consiguió otro en una fábrica de maquinarias viales. Siempre en la contaduría, confeccionaba balances y hacía la liquidación de impuestos.

- “Era todo manual, me imagino.

- Sí, por ejemplo, en el ‘83, las listas de precios cambiaban todo el tiempo asique las hacíamos con lápiz, borrábamos, calculábamos el aumento y las volvíamos a escribir”.

Continuó su recorrido por diferentes rubros, como distribuidora de telas, Petropol, Grafa, Artex, entre otras empresas. Hasta que en el 2000 la convocaron para la actividad pública como contadora en la Dirección de Educación Vial y Licencias de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires; a los meses, la llamaron para crear el Ente Único Regulador de los Servicios Públicos de la Ciudad (EURSP).

- “Fue todo un desafío, estaba todo para hacer, y lo hicimos. Este 2025 el ente cumple 25 años, con errores y con virtudes sigue funcionando. Todavía seguimos bregando por más control y más derechos en la Ciudad de Buenos Aires”.

Aunque se desempeñó muy bien en sus trabajos, le faltaba algo. Ella siempre quiso ser docente, desde chica jugaba con sus hermanas a la escuelita, entre estudiantes imaginarios y polvo de tizas. Su primer acercamiento a la profesión fue realizando capacitaciones para formar al personal sobre el procedimiento administrativo, en el EURSP. Cree en la educación como una herramienta necesaria para todos los ámbitos. Esa actitud de enseñanza y la destreza oral, ya la tenía inculcada.

- “Cada vez que me viene a preguntar algo el director con el que trabajo me dice, ‘pero sintético por favor’, porque yo le hago toda una introducción y un plus de la cuestión técnica, pero me dice, ‘bueno, no, en un rengloncito’”.

También iba a recorrer escuelas para acercar a docentes, alumnos, alumnas y familias el Programa “Educación en el Consumo”. Como coordinadora, el objetivo era promover la reflexión sobre los derechos y responsabilidades de los consumidores. Así se dio cuenta que ya lo tenía incorporado, no tenía que pensarlo demasiado.

El tiempo de la contabilidad universitaria

En 2018, Alejandro Otero, vicedecano y coordinador de la carrera de Contador/a Público/a de la Universidad Nacional de Moreno (UNM), le propuso ser docente. Fue una respuesta inmediata, sin reparos.

- “Siempre lo escuché hablar de la universidad con pasión, porque parece que con toda la gente con la que me encuentro que trabaja en Moreno tiene eso, ¿no? Todos nos sentimos apasionados por la universidad, por lo que hacemos”.

Lo que empezó como una responsabilidad y gran desafío se convirtió en un enorme placer. El primer día fue a cubrir una suplencia hecha un manojo de nervios, preguntándose si estaría a la altura de la

situación, pero los estudiantes se lo hicieron fácil. Empezó a hablar y enseguida se adaptó, como si hubiese estado en Moreno toda la vida. Hay quienes desconocen que en el predio de la UNM funcionaba desde 1944 el Instituto de menores Mercedes de Lasala y Riglos y que, por los pasillos que hoy caminan cientos de personas al día, en el pasado caminaron otros niños y niñas con un montón de historias de vida diferentes. Ahora, el mismo lugar se resignifica constantemente con personas que estudian por su futuro y recorren ese mismo edificio, el Histórico.

– “Para mí es hermosa la universidad, tan luminosa, con tanto parque. Yo, cada vez que hablo con alguien, se lo digo. Su historia e infraestructura me hacen acordar bastante a Juvenilia, una novela de Miguel Cané. Me puedo imaginar algunas escenas, niños y niñas jugando, corriendo, viviendo en la escuela”.

Actualmente, Roxana enseña Contabilidad I, junto a Marcela Lameza, y da tutorías que nuclea a todos los estudiantes que cursan la materia, brindando las herramientas necesarias para facilitar respuestas a dudas y consultas que no pudieron ser respondidas en clase.

– “Con Marcela estamos muy aceitadas, porque construimos el curso y lo vamos perfeccionando permanentemente, nos complementamos”.

También dio clases de Contabilidad II, pero estar al frente de Contabilidad I es todo un desafío que Roxana elige con orgullo. Para ella es como primer grado, se les enseña a las personas un nuevo lenguaje, el de la contabilidad, a través de cuentas, números y conceptos. El reto es empezar de cero para comprenderlo.

Con el pasar del cuatrimestre, el vínculo entre la docente y los estudiantes se hace más estrecho. Por ejemplo, ella crea “puestos ficticios”, como la “asesora de reloj” (para evitar pasarse del horario de la clase y terminar a tiempo) o un estilo de “calculadora humana” (para resolver rápidamente las cuentas, mientras realizan ejercicios en el pizarrón).

-“Un grupo que había cursado Contabilidad I y II conmigo me decía: ‘Profe ¿por qué no va a Estados Contables? ¿Por qué no va a Auditoría?’ Y digo, bueno, ¿quieren que yo entre con ustedes de la mano en la primera materia y salga en la última? Como si estuviésemos en la secundaria”.

La docencia la enamora y siente que aporta, aunque sea un granito de arena, en el proceso de transformación de una gran cantidad de personas que pasan por la Universidad Nacional de Moreno.

-“¿Qué significa la educación para vos?

- Me parece que para mí la educación es un acto de amor, es un acto de coraje, es un acto de fe, y en este momento tan difícil que estamos transitando, me parece que es, como decía Paulo Freire, un acto revolucionario”.

Ese acto revolucionario es lo que motiva a Roxana a pararse al frente del aula porque, al fin y al cabo, esos estudiantes terminan transformando la sociedad. Por eso, en sus clases, siempre busca formas para que ellos también se enamoren de la contabilidad.

A través de su simple existencia, además de posibles actividades, congresos y proyectos, la universidad, y sobre todo la de Moreno, crea un vínculo con su comunidad a partir de la formación de profesionales que constantemente se relacionan con causas sociales y el territorio.

-“Moreno es un ejemplo para mí, es educación pública de calidad, y nos obliga permanentemente a formarnos como docentes. Todo el tiempo se va corriendo la vara”.

En 2024 se formó en Inteligencia Artificial y, este año, quién sabe qué otra innovación habrá que aprender. Ser docente le permitió afianzar conceptos que tenía presentes pero que nunca había puesto

en práctica: que la educación es poder, es transformadora, es pensamiento crítico.

-“Ahora de alguna manera me siento parte mínima, ínfima, de ese proceso de transformación”.

Roxana se acuerda que, en su niñez, las compañeras de escuela y vecinas que tenían su edad, quienes jugaban con ella en la calle o andaban en bicicleta, no siguieron la universidad. Tal vez ellas sí tuvieron que “hacer caso” a otros dictámenes de esa época. Por eso está tan agradecida con su familia, por empujarla y acompañarla en su camino académico, otras personas no tuvieron esa suerte.

Al elegir su trayectoria como estudiante se dio cuenta rápidamente que la contaduría era una carrera machista con una raíz capitalista. Hasta que, en sus días como docente, pudo comenzar a indagar este panorama.

A través del proyecto “La perspectiva de género en las Asignaturas de la carrera de Contadorx Públicx Nacional”, junto a Marcela decidieron investigar el tema de manera más profunda.

-“La universidad tiene un trabajo muy interesante hecho sobre el tema de género. Tiene sus protocolos de violencia, trabaja permanentemente sobre la concientización. Pero todavía hay algunas cuestiones que faltan en la universidad, en general, y en la Universidad de Moreno, en particular”.

Lo primero que notaron es que hay más alumnas que alumnos, pero se reciben más varones que mujeres.

-“Algunas estudiantes no pueden venir a todas las clases porque deben ir a buscar a sus bebés al jardín o, si alguien en su familia se enferma, deben dejar de estudiar y hacerse cargo de las tareas de cuidado”.

Inclusive, al repasar la bibliografía de las materias se dieron cuenta de que casi el 90% de los textos eran escritos por autores hombres. El lenguaje que utilizaban en las clases fue otro aspecto en el que se dirigió la investigación.

-“Hicimos un relevamiento entre docentes y la mayoría no presta atención a la forma en que dicta las clases. El lenguaje de los ejemplos se basa en el gerente, el socio, el CEO y la empleada administrativa. El mayor rango siempre está destinado hacia los varones”.

A partir de estos descubrimientos empezaron a ver qué podían aportar para modificar esas cuestiones. Por ejemplo, incluir bibliografía de autoras mujeres, tener estadísticas por género, cambiar el lenguaje de las clases, porque las mujeres también conducimos empresas y los hombres también son empleados administrativos.

-“A partir de eso, empezamos a incorporar otro lenguaje, inclusive ya lo tomaron otras profesoras y profesores. Ahora hablamos de las socias o jefas y en los exámenes comienzan a aparecer otros ejemplos, con la mujer en diferentes roles, no solo administrativas”.

La educación pública nos garantiza que las personas, independientemente de su condición socioeconómica, puedan acceder a formarse con calidad. Eso le permitió desarrollarse profesionalmente a Roxana. -“Las universidades como la de Moreno fomentan la diversidad cultural y la cohesión social, por eso hay que seguir defendiéndolas”. Ya fue a tantas marchas que no recuerda el número y, probablemente, no me sorprendería que vaya a las que aún no se hicieron.

-“A veces digo ‘chau, me tengo que ir a Moreno’ y me preguntan ‘¿te vas desde Capital hasta Moreno?’, porque tengo dos horas de viaje de ida y dos de vuelta. Yo les respondo que sí, y ahora más que nunca, porque dar clases en la universidad pública se podría decir que es un acto de rebeldía”.

Un balance y una proyección

Pensando en el futuro de la UNM, lo primero que se le viene a la cabeza es que pueda continuar creciendo en términos de infraestructura y terreno.

-“Después, creo que es un espacio para soñar, le abre las puertas a mucha gente y le muestra un camino, justamente para poder concretar esos sueños”.

Además, cumple un rol social no solo en el Partido de Moreno, sino también en sus alrededores, porque hay estudiantes de Luján, Mercedes, Merlo y más, que se toman un transporte (o varios) para llegar.

-“Aporta a un legado social que tenemos que proteger y que tenemos que fortalecer, porque son las bases para que la sociedad sea más justa, más solidaria y con más conciencia”.

Sin embargo, la realidad y el contexto pueden truncar esos sueños. En el entorno universitario ella nota que hay un problema, el de la deserción. Estudiantes que se inscriben, van a las clases, dan los exámenes, pero por ciertos motivos, económicos o personales, comienzan a faltar hasta dejar de cursar, sin poder culminar sus estudios y llegar al tan querido título.

-“Yo me preocupé y llegué a pensar que algo hacía mal en las clases, o la explicación o las charlas, o no les gusta la materia. Pero cuando hablé con otros colegas me di cuenta que era un problema general que afecta a todos, eso me dolió mucho”.

Por eso, su anhelo principal es que las personas que se inscriban se reciban y que, en el proceso, reflexionen. Apuntando a mejorar la introspección y la conexión con uno mismo, les insiste a sus estudiantes que se pregunten si verdaderamente les gusta su carrera, por qué la eligen, por qué van a seguir, y que, si quieren cambiarse o descubrir otras ramas, también lo hagan. El objetivo es intentar que

vean el lado bueno de su profesión. Si hay algún estudiante que decide ir por otra carrera que diga “yo me cambié porque tuve una profesora que me hizo reflexionar acerca de la profesión que había elegido”.

Es importante notar que toda huella, pequeña o grande, vale como legado.

–“Me gustaría que mis estudiantes me recuerden como una buena docente. Quisiera que luego de todos sus años de carrera estén tomando un café en su trabajo y que, de pronto, si se acuerdan de alguna clase, digan ‘yo con esa profesora aprendí’”.

Capaz la recuerdan así, con su flequillo característico, su risa, sus fotocopias, sus chistes, sus reflexiones que van de acá para allá. Una defensora y motivadora innata. Una contadora seria. Una docente comprometida.



Leonardo RABINOVICH: el sociólogo de las reinversiones

Docente de la carrera de Licenciatura en Comunicación Social de la UNM

Por L. Alejandro CÁNEPA



Una cafetería en el barrio porteño de Caballito, mucho calor y el ruido del tráfico de una avenida. Sentado dentro del local, con camisa blanca y azul a cuadros y anteojos de marco negro, hay un hombre. Pasa desapercibido entre el público del local, formado por otros adultos enfrascados en sus celulares, algunos tecleando

en notebooks, parejas que charlan mientras toman café y alguna mujer que mira hacia la ventana con una mano apoyada sobre el mentón. Ese hombre sentado tiene mucho para contar: sus trabajos como sociólogo, su rol como funcionario en la UBA en plena primavera camporista, su experiencia docente y, fundamentalmente, su rol desde los comienzos en la creación de la Universidad Nacional de Moreno. El resto de la gente que lo rodea no sabe nada de esa historia. Él, Leonardo Rabinovich, empieza a desarrollar su historia.

–“Me formé en la UBA como sociólogo. Trabajé en grandes corporaciones. Y luego hice tareas de investigación en el área de salud mental en el Policlínico de Lanús, que fue el primer hospital general que incorporó el tema de la salud mental y fundó un departamento dedicado a eso. Estuve trabajando unos tres años, yo tenía 30 y marcó mi vida esa experiencia”.

De su paso por la carrera de Sociología recuerda haber tenido como compañeros a Roberto Jacoby, letrista del grupo Virus y artista plástico, y a Enrique Fogwill, quien luego haría una enorme carrera como escritor, sin dejar el mundo de la publicidad.

La primavera camporista, golpe y viaje a Estados Unidos

La llegada de Héctor Cámpora a la presidencia de la Nación, el 25 de mayo de 1973, luego de haber ganado las elecciones del 11 de marzo de ese año, encabezando la fórmula del Frente Justicialista de Liberación Nacional, lo encontró a Rabinovich con mucha participación, tanto en la campaña electoral como en los meses posteriores.

–“Ernesto Villanueva es convocado como secretario general de la UBA, me llama porque me conocía y me hice cargo de la Secretaría Académica y Estudiantil de la UBA, un monstruo grande que pisa fuerte... con Eudeba, con facultades, investigadores... nosotros asumimos la conducción. Ahí conocí gente muy interesante, como Arturo Jaureteche a cargo de Eudeba, y pude conocer a visitantes ilustres, como el presidente de Panamá, Omar Torrijos, el canciller de Argelia o el sacerdote Ismael Quiles. La UBA tenía la intención de desarrollar su área de Tercer Mundo.

El gobierno de Cámpora resultó fugaz. En julio renunció como presidente junto a su vice, Vicente Solano Lima, y asumió el gobierno el presidente de la Cámara de Diputados, Raúl Lastiri. Argentina ingresaba en épocas especialmente turbulentas. En marzo de 1974 Solano Lima va a ser designado interventor de la UBA y Rabinovich trabajará un tiempo en esa gestión. Finalmente dejará la UBA.

–“Me voy ahí. Vienen divisiones políticas de todo tipo, exilios... no en mi caso, yo me quedé en Argentina. Hubo alguna alternativa que podría haber provocado que me fuera, pero me quedé a pesar de que estaba en alguna lista represiva. Recién me había casado, mi esposa estaba embarazada de mi primera hija. Era un periodo de muchísima falta de trabajo y de incertidumbre personal, hasta que pude reconstruir mi vida laboral en empresas privadas, en áreas de investigación de mercado”.

En ese mundo de la publicidad, dice, comienza a irle bien. De una empresa para la que trabajaba lo envían a Estados Unidos a perfeccionarse. Ya en Argentina estaba la última dictadura militar y, en el país del norte, Rabinovich frecuentó a estadounidenses y europeos que sabían lo que pasaba con el terrorismo de Estado implantado por el Proceso de Reorganización Nacional.

Retorno al país y reingreso a la vida universitaria

Regresa de Estados Unidos en 1983, año de recuperación de la democracia. Vuelven a contactarlo distintas personas para colaborar en la campaña de Antonio Cafiero para la gobernación.

-“Eso me trajo de vuelta una serie de contactos, yo no había vuelto a la universidad como institución, aunque hacía algunas tareas”.

En los 90 siguió con el dictado de seminarios y fue jurado de concursos. Años después se sumó a la gestión pública a instancias de Norberto Ivancich, que había sido dirigente estudiantil en los '70. El espacio fue un programa, “Carta Compromiso”, bajo el paraguas del Banco Mundial, instrumentado por la Secretaría de la Función Pública, ya en los primeros años de la presidencia de Néstor Kirchner.

El público se renueva en la cafetería de Caballito. Se van unas parejas, llegan otras. Algunos hombres solos cierran sus notebooks, pagan y se van, los reemplazan otros. El tiempo fluye, Rabinovich lo ocupa con su memoria y sus palabras.

Hacia comienzos de este siglo, cuenta, empieza a mutar, dejando la actividad privada y volcándose a la universidad. Ingresa a dar clases al CBC y abandona el mundo de la publicidad.

-“Me reencontré con lo que era mi verdadera vocación y sentimiento. En la carrera de Ciencias de la Comunicación había una orientación en Publicidad y tenían el problema de que quienes dicta-

ban las materias no eran graduados universitarios, eran personas de grandes trayectorias. Yo era una rara avis, un graduado universitario con 20 años en publicidad, me agarraron con las dos manos. Estuve interino, gano el concurso y estuve ahí con muchísima satisfacción. Estuve también en la Secretaría de Gestión”.

Un asado fundacional

En 2010 lo contacta Hugo Cormick, otro compañero de los ’70, como Villanueva, como Marafioti, como Ivancich. Se estaba desarrollando la Universidad Nacional de Moreno, que en 2011 tendría su primer ciclo lectivo. El rector, Hugo Andrade, le había encargado a Cormick armar el Departamento de Administración, y este arma un pequeño staff de colaboradores, al que suma a Rabinovich.

–“Ese es un momento luminoso al llegar la convocatoria de Cormick. Era una experiencia inédita, que era crear una universidad, desde mi parte. A fines de diciembre de 2010 se hace un asado en el predio de la UNM de la gente que había sido convocada en esa etapa. Habría treinta o cuarenta personas. Ahí conozco a los demás, me vuelvo a reencontrar con otros amigos y comienzo a trabajar como docente a partir de 2011. Empecé en Instituciones y Organizaciones, IOPA, en Administración, y me doy cuenta que eso me apasiona. Mi conocimiento de la zona oeste llegaba hasta Castelar (risas), donde tenía parientes, y conocía Luján como turista, a Moreno no lo conocía. Ese primer shock de “morenismo” fue convocante, en un momento en la vida de un tipo que estaba en cierto modo terminando una trayectoria y empezando algo nuevo.

En esa primera etapa, que coincidía con el esplendor del kirchnerismo y una priorización de las universidades públicas, a Rabinovich le encargaron hacerse cargo del área de Comunicación Institucional de la UNM. Diseñar la primera página web de la universidad, su revista, luego crear la radio, construir una identidad compartida, todo tenía que ensamblarse. Y comenzó a representar a la UNM en la comisión de medios del Consejo Interuniversitario Nacional (CIN).

La hora de la comunicación

La radio siempre había tenido un espacio relevante en su vida. En una infancia sin computadoras ni celulares, el medio por excelencia era la radio.

-“Me crié en Bahía Blanca, inviernos largos, fríos y ventosos, había que meterse en la cocina y hacer la tarea con la radio de fondo”, recuerda.

Junto a Fabián Mazzoni armaron la programación de la radio de la UNM. Antes, Rabinovich hizo un relevamiento de los medios que ya funcionaban en Moreno, para que la nueva emisora tuviera su propio perfil, su voz única.

Esta tarea se complementaba con dar a conocer a la universidad en general. Por caso, se realizó un video institucional que se pasaba en el cine de Moreno y se sistematizaron visitas a colegios secundarios. -“Es difícil evaluar cuanto de eso nos promocionó, pero hizo un aporte, seguro. Ahí trabajábamos todos, no docentes de áreas distintas salíamos en equipos a “barrer” Moreno y dar a conocer la UNM. Esos fueron los años fundacionales”.

Después de esa etapa, la universidad siguió en crecimiento y tuvo otra escala. Desde la carrera de Comunicación, Roberto Marafioti, por entonces vicedecano-coordinador, lo convocó a Rabinovich para dar Opinión Pública.

-“Ese es otro momento estelar porque por fin llegué a la docencia al territorio propio. Y entrar en esa materia, en ese momento particular y del mundo, fue un nuevo reciclaje. Fue entrar en el mundo de las comunicaciones de hoy día. Me acuerdo que en 2015 incluimos el tema de las fake news. Estos últimos años sumamos a los filósofos que reflexionan sobre las redes sociales, los algoritmos y la IA, corremos en la búsqueda de bibliografía todos los años”.

Otra experiencia que rescata se da desde 2013, cuando comenzó a dictar talleres sobre derechos del consumidor. Y con Hugo Cormick desarrollaron, además, talleres para pymes de la zona sobre cómo hacer un plan de negocios, por ejemplo.

En base a su recorrido de todos estos años en Moreno rescata diferentes historias:

-“¿Qué significa en un hogar donde no hay un capital cultural existente, esto contado por muchos chicos, ver a un hijo leyendo un libro, estudiando en tu casa?”, dice y asegura que se está de esta forma introduciendo capital cultural en los hogares.

Cree que la huella que deja la UNM va a ser muy profunda y que no se llega a visibilizar todavía. Afirma que por qué un país tiene que beneficiarse de la materia gris de 50 mil personas si puede hacerlo con la de 500 mil.

Dilemas de la época

El contexto actual, crítico para las universidades públicas, es una de las preocupaciones de Rabinovich, pero, sin embargo, mantiene esperanzas.

-“Este es un momento difícil pero la UNM está armada, lo va a superar. Se nos tendrán que ocurrir cosas para vadear este contexto, pero lo vamos a hacer. Los chicos tienen que tomar conciencia”.

Él agrega una diferencia fundamental con sus años de estudiante, comparado con los actuales. Se formó como sociólogo bajo dictaduras, se forjó en luchas y resistencias. Los estudiantes actuales, por más degradada que pueda estar la vida democrática, no vivieron bajo gobiernos militares. Rabinovich dice que los más jóvenes tendrán que encontrar sus maneras para defender sus proyectos de vida colectivos.

Su percepción sobre los estudiantes que cursan Comunicación ha cambiado con los años, porque han cambiado las costumbres, los consumos y los hábitos. Cree que los de ahora tienen una práctica con la tecnología que los de hace diez años no tenían y que, en ese sentido, el nivel es mejor. Reconoce que ahora está el dilema de la IA y los algoritmos, y él pide que se tomen como herramientas de trabajo, no como “el trabajo” en sí.

-“Claro, que no sustituyan el pensamiento propio.

-Exactamente. Proponemos tareas para romper eso y los pibes están entendiendo. Nadie quiere transformarse solo en un traductor de ChatGPT”.

La vida digitalizada

Rabinovich se interesa en la reflexión sobre las culturas digitales.

-“La pandemia nos dio un adelanto de los estragos que puede producir la virtualidad en la formación. Los resultados fueron malos. Los chicos que recogimos en la UNM luego de haber tenido virtualidad tuvieron muchos problemas. Aprendimos que la gestión presencial, el debate, el trabajo continuo en clase y fuera del aula es fundamental. Y que la virtualidad es una herramienta más”.

En épocas donde crecen los desórdenes en salud mental, se conjetura sobre si existe una adicción a las pantallas; y emergen problemas como la ludopatía, la pérdida de la capacidad de concentración y el consumo fragmentado de noticias, él cree que hay mucho para pensar al respecto.

-“El aislamiento que promueve el mundo virtual y el déficit de interacción que promueve es un peligro que tenemos que combatir y los estudiantes tienen que ser conscientes. Muchos de los trabajos que presentan los alumnos tienen que ver con los estragos de la comunicación en la vida cotidiana”, advierte.

Sueños y realidades

Más allá de los problemas, Rabinovich rescata a la UNM como una utopía y recuerda el documental “Cazadores de utopías”, que retrata a distintas personas de la militancia de los ’70, como él. Dice directamente que viene de una época de “fabricantes de utopías”.

–“Los sectores más oligárquicos de Moreno dicen de la UNM que ‘es una universidad para negros’, y ciertos populismos, que es de élite. Y no somos ni una cosa ni la otra. Somos una universidad con sus virtudes y defectos que ha construido una realidad diferente y que genera para Moreno una deriva virtuosa, no tengo dudas”, dice.

Ahora, él está en una etapa donde está “bajando unos cambios” por tema de edad. Sigue vinculado a la radio, tiene programas junto a Marcelo Monzón y Pablo Tavilla, y continúa en Opinión Pública, junto a Cecilia Díaz.



- “La cátedra me da a mí una actualización constante. Así sé quién es Taylor Swift, por ejemplo (risas), o el mundo de las plataformas o de los streamings. Podría ser un viejito que está en la plaza, pero en realidad estoy detrás de mis alumnos. Esa es una utopía realizada, la utopía posible de la UNM. Es una realidad espectacular”.

A futuro, considera fundamental ampliar la oferta académica de la UNM. Sumar carreras como Psicología, por ejemplo, y ver, en el campo de las tecnológicas, qué desafíos plantea el territorio. También cree que hay que sumar una veta artística, que tendría mucha repercusión en Moreno. E inclusive aventura con la posibilidad de crear una escuela de cine. ¿Por qué no? A fin de cuentas, al cine se le dice la “fábrica de sueños”.

Lucía ROMERO: con Paulo Freire en el bolso

Ex Coordinadora-Vicedecana del Área de Educación de la UNM

Por Pablo A. ABELENDA



Cuando se habla de la vocación de una persona, se hace referencia a un deseo o inclinación por cierta carrera, profesión o actividad. Generalmente representa una suerte de expresión de la personalidad del individuo en cuestión, sobre todo en lo que refiere al mundo del trabajo y del estudio, pero también a intereses personales, gustos o aptitudes. Esta no surge de la noche a la mañana, no aparece como por arte de magia entre los pensamientos; sino que se va cultivando a través del tiempo mediante diferentes aprendizajes y experiencias que, de a poco, maduran ese deseo o esa preferencia a la que llamamos vocación.

Si se puede señalar un momento cero en la relación entre Lucía Romero y la docencia, ese es a sus 15 años, siendo todavía una adolescente con toda la vida por delante y muchas decisiones por tomar. Pero ella tenía claro que su vocación era (y es) enseñar, la tarea docente, explicarle a los demás algo y ver en sus caras que lograron entenderle. Fue en ese momento de su vida que tomó una decisión que la iba a acompañar durante toda su carrera profesional, que fue seguir la orientación docente del bachillerato de la escuela de monjas a la que iba, ubicada en Haedo.

Una historia que comienza en España

Pero para que ella pueda ir a ese colegio de monjas, hubo varios años antes (no se sabe bien cuántos) una pareja de españoles que llegaron desde diferentes pueblos de una región llamada La Rioja,

nombre que heredó la provincia argentina. De un pueblito un poco más ganadero él, de otro un poco más agricultor ella, pero ambos compartían las necesidades y miserias de una Europa post segunda guerra mundial, en general, y de una España bajo el gobierno de Franco, en particular. Fue así como entonces decidieron cruzar el charco y asentarse en lo que, en esa época, era un lugar alejado de la Capital Federal, un lugar muy diferente a la zona de casas bajas y chalets clasemedieros que conocemos hoy como Haedo.

Todavía no existía el conocido cine de la localidad. En ese entonces, solo era una estación del ferrocarril Sarmiento que tenía la particularidad, como ahora, de ser un punto de conexión entre diferentes ramales. En su momento hacia Caseros, hoy hacia Temperley. Pero algo que la caracterizó desde sus inicios, fue la presencia de los grandes talleres que se extienden a los lados de las vías y hacen que la extensa avenida Rivadavia se despegue de su dibujo paralelo al trazado ferroviario.

No hay precisiones sobre los motivos por los cuales esta pareja de españoles decidió quedarse en ese lugar de la zona oeste de la provincia de Buenos Aires, pero así fue. Se asentaron, pudieron trabajar, que era lo que vinieron a buscar, y formaron una familia de la que Lucía fue la única hija.

- “Era una costumbre que vayas a una privada. Para ellos era un orgullo, pues soy hija única, poder pagar una privada. Así que fui a la escuela de monjas de Haedo que este año cumple 95 años.

- ¿Sigue funcionando la escuela?

- Sigue funcionando, y fueron mis hijas también. Así que mi educación no fue pública, fue privada. Pública fue en la universidad”.

Una vocación temprana

La elección del bachillerato con orientación docente fue la confirmación de un sentir que se venía gestando desde mucho antes. Porque la vocación, como usted recordará, no brota como un poroto de la noche a la mañana. Se cultiva, se madura y se confirma. Y esa maduración había comenzado antes del año 1973, cuando Lucía participaba de unas tareas de formación a cargo de la parroquia del colegio al que asistía. Además, en los campamentos que la institución organizaba, formaba parte de la organización y preparación de los temas para las clases de formación.

Esa ligazón con la enseñanza incluso se ve manifestada en la aventura de Lucía dando clases de inglés. No saber mucho sobre las precisiones del verbo *to be* o de listas de aquellos que son regulares o irregulares no fueron impedimento para, a través de la docencia, ganar una plata extra. Porque no se pasaban necesidades, pero tampoco es que el dinero sobraba.

Toda esa experiencia, todos esos acercamientos al trabajo docente fueron, de a poco, puliendo el complejo arte de dar clases para niños y, sobre todo, adolescentes. Lo que inconscientemente también provocó un fuerte interés por la psicología. Pero no la psicología en la que uno se imagina sentado en un diván, con un terapeuta haciendo anotaciones con la mirada clavada en la libreta, sino que su interés radicaba en la psicología del aprendizaje

- “Después, también en el secundario, yo tenía una materia llamada Fundamentos de la Educación que daban una parte del aprendizaje desde lo psicológico, desde las teorías del aprendizaje, y eso me interesaba. Pero el ‘75 era muy confuso porque, digamos, un adolescente de 17 años siempre está en otro lado. Además, no terminábamos de entender muy bien lo que pasaba”.

Un libro de Paulo Freire en la mochila

Y eso que pasaba era el preludio de lo que sería la dictadura cívico-militar más oscura y sangrienta de la historia argentina. En marzo de 1976 dio inicio formalmente este proceso, que en el camino cerró la Facultad de Psicología de la UBA, cosa que hizo tambalear las aspiraciones profesionales de Lucía porque, claro, como iba a sentirse uno motivado para estudiar una disciplina que el gobierno explícitamente consideraba una amenaza. Ella, con su metro sesenta y pico, su pelo rubio apenas rozándole las clavículas, brillante, y su rosario rodeándole el cuello, de golpe se detiene por unos segundos. Sus ojos se empiezan a ver cristalinos, hasta casi que uno podía ver su propio reflejo. Su voz se pone un poco más grave, como quien quiere empujar algo con la garganta a la vez que quiere seguir contando lo que está diciendo.

- “Yo perdí algunos amigos más grandes que yo. Perdí dos. Secuestrados y matados por el gobierno militar. Y eso era como un temor fuerte”.

Pero por esas cosas que tiene el destino, esto significó que ella pueda terminar inscribiéndose en el Profesorado del Sagrado Corazón, en el barrio porteño de Almagro, institución también de administración religiosa. Su formación docente estuvo claramente marcada por el fantasma del gobierno militar acechando desde cerca. Porque este no era un Profesorado de Matemáticas, ni de Química, cuestiones a las que la cúpula del Proceso le asignaban un valor mucho mayor. Este era un Profesorado en Ciencias de la Educación. Había que arreglárselas para que no te lleven detenido solamente por tener un libro de un autor determinado en la mochila.

- “Fue una época con limitaciones bibliográficas la del Profesorado, porque pedían que se quemaran libros, y eso pasó en el secundario. Pero en el Profesorado escondieron”.

Quizás en el momento no se era totalmente consciente de las consecuencias de tener un libro del psicopedagogo brasileiro Paulo Freire en la mochila; pero, de todas maneras y por las dudas, motivada por la recomendación de sus docentes, Lucía llevaba sus libros forrados para que ese apellido (sinónimo de comunismo y de subversivo para los militares) estuviera camuflado bajo otro nombre que sirviera de engaño. De esta manera ella podía adelantar algo de las lecturas en los 40 minutos de viaje que tenía desde su trabajo en Haedo hasta Almagro. Trabajo que hacía en la escuela de la cual había egresado, pero, esta vez, lejos de la docencia. Una muy casera experiencia dando una mano en las cuestiones contables del almacén de su padre, le ayudaron para conseguir un pequeño puesto como secretaria administrativa. Primera y única vez fuera del ámbito de la enseñanza.

Lucía no era esa alumna que sacaba constantemente dieces y a la que todo le salía de taquito a la primera. Menos en un ámbito en el que la mayoría de sus compañeras y compañeros ya tenían una formación docente previa. En el segundo año del Profesorado, de 45 estudiantes que habían arrancado el año anterior, quedaban solo 14; y de esos 14, 12 tenían estudios docentes previos; las dos restantes eran Lucía y una compañera. Esa diferencia de formación y trayectoria inhibía su participación en las clases y representaba una dificultad extra para ella. Pero de nuevo, la vocación por la enseñanza se madura, se trabaja y se pule con el paso de los años y de las experiencias. Y es así como entonces pudo cambiar la opinión de docentes que “no daban dos guitas” por su labor en el aula.

- “Cuando llega mi cuarto año, la profesora de práctica era la que habíamos tenido los 4 años. Entonces me dice: ‘Romero, ¿con qué te sentís cómoda? ¿Con Filosofía o con Psicología?’

- Psicología.

- Bueno, vas a dar Filosofía en quinto año’.

Pasé la prueba bien y el día de la práctica final, no antes, el día mismo de la práctica final me dice:

-“Te tengo que decir algo honestamente, Lucía. Yo por vos no daba dos guitas como docente. Pero tengo que reconocer que vas a ser una muy buena docente””.

Con el orgullo de haber superado todos los obstáculos que significaban la censura bibliográfica, la distancia del viaje y la diferencia de nivel entre ella y sus compañeros, en el año 1979 consiguió el título de profesora en Ciencias de la Educación.

Una pionera experiencia en educación virtual

Un poco por esa necesidad de estar actualizada dentro del campo profesional al que se pertenece, y otro poco por exigencia del trabajo, casi 20 años después de obtener el primer título, Lucía fue por el segundo: la Licenciatura en Educación Superior asomaba en el horizonte. Su trabajo en el Profesorado de Educación Física de la Universidad Nacional de La Matanza, en las materias pedagógicas, sumado a la coordinación de los ciclos de complementación docente en la Universidad del Salvador, empezaban a requerir un título de grado para no quedar afuera. Es entonces cuando surge la oportunidad de realizar la licenciatura de forma virtual, en la Universidad Nacional de Quilmes, durante el año 2000.

Sí, una carrera completamente virtual, en un partido del conurbano bonaerense que nada tiene que ver con la huella del tren Sarmiento. Una virtualidad que poco tuvo que ver con la que se vivió en tiempos del COVID-19.

Las razones que justifican esa elección estuvieron ligadas a la posibilidad de realizar a distancia la Licenciatura, pudiendo combinarla con el trabajo en la Universidad Nacional de La Matanza y en la Universidad del Salvador. A pesar de ser realizada en la Universidad

Nacional de Quilmes, no era necesario el traslado hasta la zona sur, salvo para rendir los exámenes correspondientes. Pero más allá de ser casi pioneros en lo que refiere a la virtualidad, la experiencia de haber cursado de esta manera fue muy positiva y enriquecedora.

- “Era virtual el campus. Puro campus.

- ¿Te conectabas tipo foro?

- Tipo foro, nada más. El foro es igual que el campus de la uni, como era que se llamaba, ¿murder?

- ¿Moodle?

- Moodle sí, sí”.

A pesar de haber 20 años de diferencia entre el 2000 y el 2020, la manera de cursar, salvo por el hecho de la incorporación del concepto de videollamada o de clase virtual, la dinámica era muy similar. Se podía descargar la narrativa de la clase, el hilo conductor, las pautas para la lectura; la lectura en sí misma, es decir, la bibliografía; y, luego, la participación en el campus a modo de foro. Todo muy pandemia.

Quizás hubo una pequeña cuota de subestimación a la modalidad de cursada porque, claro, después de haber metido todas las materias del profesorado en los años que el programa indica, dedicarle 8 horas semanales a la cursada virtual parecía pan comido. Pero los problemas comenzaron a aparecer a medida que se acercaba el primer parcial. La fecha del examen presionaba cada vez con más fuerza y la cantidad de horas disponibles no alcanzaba para estudiar todo el contenido requerido para aprobar. Y fue ahí cuando la docencia se hizo presente para Lucía, pero esta vez, del otro lado del escritorio.

- “Lucía, tu trabajo es excelente. Me encantan tus apreciaciones sobre el tema, pero no usaste la bibliografía propuesta. Reprobado. Rehacer”.

¿Cuántas veces esa frase se habrá usado en las aulas para corregir estudiantes? Pero, esta vez, tocaba recibir la devolución y aprender de los errores. Para el próximo examen, el tiempo no será un impedimento y la bibliografía será utilizada como la consigna lo pide.

El Riglos, otra vez protagonista

Moreno, la localidad de Moreno, estaba presente en la vida de Lucía desde el mismo momento en el que ella decidió formarse con el bachillerato docente. No solamente porque uno de sus tíos vivía en ese municipio, sino también porque ella participaba en tareas de trabajo social con otros adolescentes. Las actividades consistían en ir de visita al Instituto Mercedes de Lasala y Riglos, el que por entonces era un orfanato, los primeros domingos de cada mes a jugar al fútbol con los niños que pertenecían al llamado pabellón 5 años. Esa palabra, con una carga semántica un poco desagradable, suena raro leerla al lado o cerca de “niños”. Pero efectivamente lo era: pasillos largos con puertas a ambos lados que daban a las habitaciones de techo y ventanas altas, ventanas que solo podían ser abiertas por la parte superior, claro, porque como se iba a permitir que se escape de allí un niño.

Corría el año 2010 y en el marco de la celebración de los 200 años del primer gobierno patrio en Argentina es inaugurada la Universidad Nacional de Moreno. Lucía fue convocada para comenzar a coordinar el ciclo de Licenciatura en Educación Secundaria al año siguiente. En 2011 comenzó solamente dando una materia y, luego de concursar ese mismo año para coordinar el ciclo, a partir del año 2012 tomó la dirección.

Ahora, ya no se toma la Lujanera desde Haedo los primeros domingos de cada mes para jugar con un grupo de pequeños sin padres ni madres, sino que lo hace para llegar al mismo edificio, que supo albergar la angustiante esperanza de esos niños esperando ser adoptados, pero que ahora guarda la motivación y deseo de miles de jóvenes que sueñan algún día con ser profesionales.

De golpe, o no tanto porque pasaron más de 30 años, el espíritu del edificio cambió por completo. Digo el espíritu porque ediliciamente sigue teniendo partes que son exactamente iguales hoy que en 1975, pero recorrer esos lugares, comenzar a habitar este espacio resignificado, sobre todo en los primeros años de la universidad, fue muy emocionante para quienes, como Lucía, conocían la historia del lugar.

- “Entonces, yo llego a donde ahora está el bar de la cooperativa, no el de Roberto, sino de las chicas. Llego así y mi imagen eran todos los pibes. Me acuerdo de un santiagueño que tenía los cachetes rojos. Me acuerdo que una de las cuidadoras me dice: ‘Ese, ese tiene cara de triste porque es producto de una violación’”.

No solamente se mezclaban las imágenes entre el presente y el pasado del edificio, generando una extraña sensación de felicidad nostálgica, de una triste alegría por la transformación del lugar que cambió niños sin hogar por jóvenes con títulos universitarios. La estructura del espacio parecía no querer desprenderse de su pasado, como si le fuera extraño el olor a fotocopia que ahora circulaba por los pasillos.

- “¿Te imaginás, después, cuando empecé a dar clase a la noche?, que con la actual coordinadora de Educación decíamos ‘qué olor a sopa del Riglos que hay acá’, porque las aulas tenían como ese olor estructural, que lo habíamos vivido”.

Durante el año 2010 hubo un suceso que emocionó a la comunidad educativa, en particular, y a la comunidad de Moreno, en general. Año en el que Cristina Fernández de Kirchner era presidenta. En aquel octubre, una semana antes del fallecimiento a causa de un paro cardíaco de Néstor Kirchner, ambos estuvieron presentes en el edificio para firmar definitivamente la cesión de los derechos de propiedad sobre el terreno. Un hecho que hermanaba al gobierno nacional y municipal en esos días y que hoy los tiene en conflicto por el terreno de la Escuela Politécnica de la Universidad Nacional de Moreno que está siendo ocupado.

- “Y fue muy impactante porque estar ahí, ver que eso era para el pueblo de Moreno y, después, que a la semana, el día del censo, Néstor fallece, fue una de las cosas en el orden de lo político-organizativo muy fuerte. De hecho, hasta hoy sigue siendo fuerte el tema de la cesión del terreno”.

Los días y las clases fueron pasando y, de a poco, esa conmoción inicial que generaba circular por el edificio y haber vivido el fallecimiento de Néstor Kirchner se fueron haciendo compañeras de Lucía. Sin nunca dejar de tener presente la historia del lugar, pero tampoco el propósito por el cual ella estaba ahí: coordinar el ciclo de Licenciatura en Educación Secundaria. Ella había tenido una experiencia previa coordinando un ciclo similar, pero a distancia, de la Universidad del Salvador. No completamente virtual, a distancia, lo que implicaba dar clases cada 15 días de forma presencial y, luego, manejarse con entregas de trabajos prácticos. Coordinar una carrera totalmente presencial en una universidad del conurbano aparecía como un nuevo desafío en su horizonte.

El desafío de formar profesoras y profesores

La formación docente continua fue, desde el momento cero, el objetivo principal de la Licenciatura coordinada por ella. Esa vocación por aprender maneras de enseñar y por la profesión en sí, empapó las ideas que fueron moldeando este ciclo de complementación, porque vale la pena aclarar, este lo pueden cursar aquellos que ya son profesores, ya sea de literatura, matemática o geografía, pero docentes recibidos.

Lograr que aquellos que cursan la carrera puedan modificar sus prácticas docentes dentro de las aulas, mediante el uso de la bibliografía vista en clase, es eso que estaba en la mira de Lucía desde el momento que asumió la responsabilidad de llevar adelante la formación de quienes forman a los jóvenes de las escuelas, en su mayoría, morenenses. La multidisciplinariedad que permite debatir un texto dentro de un aula con docentes provenientes de diferentes ámbitos

enriquece mucho más el análisis final porque las diferentes miradas pueden complementarse entre sí. Pero siempre teniendo presente cual es la intención final de todo esto: modificar las prácticas dentro del aula buscando una mayor profundización en el aprendizaje de los estudiantes.

– “Otra cosa muy importante que fue un objetivo desde la creación de la universidad, no solo de este ciclo, fue la relación con el territorio. Nosotros, digo nosotros todo el equipo de educación y la universidad a través nuestro, siempre intentó la reunión con directores, con supervisores. Juana Ferreyro, que actualmente es la coordinadora-vicedecana de Educación, trabajó mucho en eso y trabajamos en unas jornadas docentes que se vienen haciendo hace muchos años, donde el espacio y la formación docente y donde la relación de la universidad con el territorio era una prioridad siempre”.

A partir del año 2017 ella pasó a coordinar el área de Educación del departamento de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Moreno, lo que sumaba a sus responsabilidades el ciclo de Licenciatura en Educación Inicial, es decir, el complemento profesional de lo que se conocía como “maestra jardinera”. Otro desafío que implica ejecutar diferentes estrategias porque están dirigidas para docentes que enseñan a niños, por un lado, y a adolescentes y preadolescentes por el otro.

Ella contará las diferencias que existen entre una pedagogía y la otra a partir de que el tipo de institución que habita el docente de secundario es diferente porque suele tener varios cargos, lo que implica trabajar en diferentes horarios y diferentes escuelas, situación que dificulta generar un sentido de pertenencia más sólido; cosa que no sucede con las “profes” de inicial, quienes suelen pasar todo su turno en el mismo colegio o jardín de infantes. Además, relacionado a lo que se mencionaba antes, los profesores del secundario vienen con formaciones diferentes en lo que refiere a las disciplinas específicas; en cambio, en las de inicial, es mucho más parecida.

El hecho de armar los distintos planteles docentes también fue algo complicado. Como las dos licenciaturas son cortas, 13 materias una y 17 la otra, los profesores suelen tener a cargo dos materias repartidas una en cada cuatrimestre. También hubo que armar el equipo a cargo del área, es decir, decano y vicedecano del área de educación. Pero más allá de las complicaciones que esto pudo traer en un principio, el resultado fue totalmente satisfactorio.

-“Se trabajó mucho y yo creo que bien, digamos, con todas las vicisitudes que tiene el gobierno universitario, pero bueno, la cuestión era armar los equipos”.

Compromiso con el territorio. Otra máxima del área de educación pregonada por Lucía. Porque la universidad tiene que devolverle algo a la comunidad en la que funciona, y más si estamos hablando de la formación de las futuras generaciones.

- “Pensar en profesores de Moreno y maestros de Moreno que cursan en la universidad, quienes tienen que devolverle al territorio la riqueza de apropiación para mejorar la enseñanza, es decir, a la larga, las dos carreras se crean como la posibilidad de mejorar en las intervenciones, por empezar en lo local, y después en todo el territorio donde vos ejerzas. Donde vas, tiene que notarse”.

Otra etapa: reflexiones

Lucía hoy ya está jubilada de los distintos cargos que supo ocupar dentro de la Universidad Nacional de Moreno. Aunque la vocación docente siempre está presente en su personalidad, hoy ya no tiene que pensar en planes de estudio, armado de equipos docentes y directivos. Ese tono amable que se combina con una gestualidad cálida, con una pequeña sonrisa que deja apenas entrever la dentadura y que nunca desaparece de su rostro, hacen que uno no tenga miedo de hacerle preguntas y de repreguntarle cosas que uno cree no haber entendido. Toda una vida ligada a la enseñanza, formando a

aquellos que luego preparan para la vida a los jóvenes, hoy tiene un impasse. Pero esto no es motivo para no pensar en cómo podría ser la Universidad Nacional de Moreno en el futuro; y para cranear ideas que sigan teniendo como objetivo la profundización del aprendizaje dentro del aula, junto al desarrollo de un compromiso aún mayor con los estudiantes y el territorio que habitan profesionalmente.

Una propuesta tiene que ver con la revisión de los planes de estudio de ambas carreras que ya tienen más de 10 años. Los tiempos cambian, las generaciones cambian, las maneras de aprender cambian, por lo tanto, tiene sentido pensar en que el contenido que se da y la manera en la que se da, también cambien. Algunas horas más de carga pedagógica es una opción; formar a los docentes para estar más preparados a la hora de afrontar situaciones de violencia (lamentablemente cada vez más recurrentes) puede ser otra, sobre todo para el nivel inicial.

- “Con todo lo que está pasando, esta cuestión de lo institucional-escolar, de la agresión a los maestros, de algunas denuncias no ciertas, otras sí, pero muchísimas no ciertas, no está siendo apetecible estar dos años formándote para quedarte en el mismo lugar, porque en el caso de Secundario avanzás a dar clase en la universidad, pero en Inicial hay cuestiones que cuesta mucho. La maestra sigue sin entrar en las formalidades de la Ley de Educación Superior, que es considerada igual para los dos terciarios”.

La otra, en cambio, un poco más ambiciosa, es la de pensar la creación de un profesorado universitario. Esto resolvería el problema de la inserción laboral en el área de educación para los propios profesionales de la universidad y seguiría agrandando la oferta académica de la institución, siempre en pos de pensar en soluciones que beneficien tanto a los estudiantes como a la comunidad de Moreno.

- “Por ahora, lo que pensamos es en el Profesorado porque también lo necesitan nuestros propios egresados para trabajar en educación. El de comunicación, el arquitecto, el abogado, el contador, si quieren ir a enseñar a la escuela secundaria o a los mismos profesorado, también, porque te piden la habilitación de profesor, no de licenciado”.



En 2025, la UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO celebra el 15° aniversario de su creación mediante diversas producciones y publicaciones conmemorativas que reflejan un recorrido institucional que la Universidad desea evocar y dejar testimonio para las futuras generaciones, en un intento de consolidar esta comunidad y enriquecer su identidad.

Con *Crónicas Universitarias Morenenses*, recordamos el 15° aniversario del 14 de octubre de 2010, cuando fue inaugurada oficialmente la UNM, a partir de los testimonios de algunos de los miembros de esta comunidad universitaria que cimentaron parte de su construcción institucional y su identidad.

El objetivo del trabajo es retratar las vivencias de la comunidad universitaria, enlazando lo personal y lo comunitario, en procura de revelar el impacto que produce la Universidad en nuestras vidas y en nuestro territorio.

